

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



«Conservar el depósito de la fe es la misión que el Señor confió a su Iglesia y que ella realiza en todo tiempo»

A los 10 años
del Catecismo de
la Iglesia católica

Los verdaderos
amigos del
Corazón de
Jesús

Pro canonización
del padre
Ramière, S.I.

Los cristianos
y la Constitución
de Europa



«Que la luz de la verdadera fe libre a la humanidad de la ignorancia y de la esclavitud del pecado.»

Sumario

A los diez años del Catecismo de la Iglesia católica. <i>Ignacio M^a Azcoaga Bengoechea</i>	3
Constitución Apostólica <i>Fidei depositum</i> para la publicación del Catecismo de la Iglesia católica, redactado después del Concilio Ecuménico Vaticano II	7
El Catecismo de la Iglesia católica, don inestimable al servicio de la fe <i>Juan Antonio Mateo, Pbro.</i>	10
La doctrina escatológica del Vaticano II en el Catecismo de la Iglesia católica	12
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús. <i>José Javier Echave-Sustaeta</i>	14
Pro canonización del padre Ramière, S.I. <i>Evaristo Palomar Maldonado</i>	18
El culto a la Divina Misericordia en el mensaje de sor Faustina Kowalska <i>Marcin Kazmierczak</i>	21
Los cristianos y la Constitución europea <i>Anselmo A. Navarrete, OSB</i>	25
El misterio del hombre (Parábola de la frontera) <i>Eduard Vivas i Llorens, Pbro.</i>	29
A la luz de la Carta Apostólica «Rosarium Virginis Mariae». El padre Pío de Pietrelcina y el santo Rosario <i>P. Berardo María</i>	32
¡Amén, Jesús! <i>José Ignacio Munilla</i>	33
Un recuerdo inolvidable del padre Emilio Anel, S.I. <i>Francisco Canals Vidal</i>	34
Pequeñas lecciones de Historia Francisco de Sales y Vicente de Paúl <i>Gerardo Manresa Presas</i>	35
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	36
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	38
Orientaciones bibliográficas <i>Jorge Martínez Lucena</i>	40
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	42
De otras fuentes. La gran mentira	44

Edita:
Fundación Ramon Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^o
Tel. y Fax 93 317 47 33
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@eic.ictnet.es

RAZÓN DEL NÚMERO

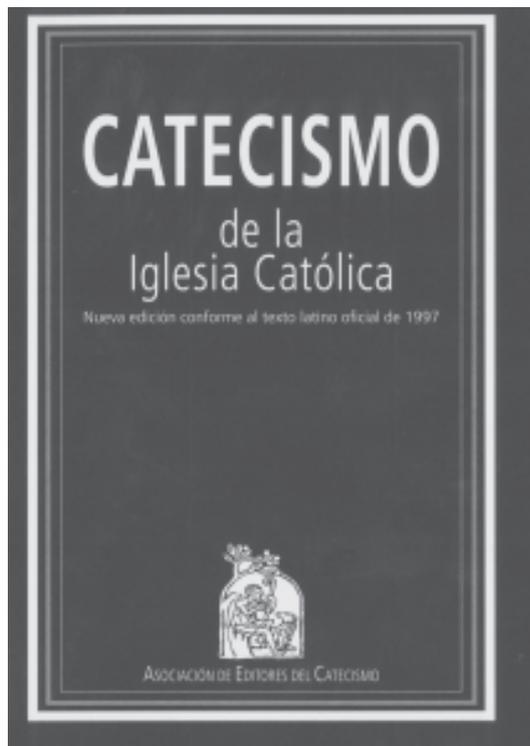
La doctrina católica

ESTE número de CRISTIANDAD conmemora el décimo aniversario de la publicación del Catecismo de la Iglesia católica –que se cumplió el pasado mes de octubre–, que ha de ser considerado el acontecimiento eclesial de mayor importancia desde la terminación del Concilio Vaticano II. El Concilio y el Catecismo no son dos hechos inconexos. En verdad, el Catecismo es el fruto más genuino y fecundo del último concilio ecuménico cuyo fin fue, como dijo el beato Juan XXIII, «custodiar y explicar mejor el precioso depósito de la doctrina católica». Fue muy amplia la participación episcopal en su elaboración –que se prolongó por seis años– y ha sido muy amplia su aceptación. Sus fuentes originarias son la Escritura y la Tradición, los Padres y el Magisterio de la Iglesia. En multitud de textos se denota la expresa inspiración de santo Tomás. La publicación del Catecismo de la Iglesia Católica al proponernos la verdadera fe –de modo tan sintético y a la vez rico– «nos libra de la ignorancia y de la esclavitud del pecado», como dice Juan Pablo II en su carta de promulgación. «CRISTIANDAD es la revista que el padre Ramière hubiera querido». Tal decía el que fue inspirador de esta revista, el padre Ramón Orlandis, S.I. Nos honramos en hacer pública la convicción de la conveniencia de su beatificación y canonización. Al P. Ramière se debe la enorme difusión de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en la segunda mitad del siglo XIX, principalmente a través del Apostolado de la Oración y de su revista *El Mensajero del Corazón de Jesús*. A él se debe, en particular, la «idea-fuerza» de la soberanía social del Sagrado Corazón de Jesús como la única bandera verdaderamente católica frente al liberalismo laicista y descristianizador. En el padre Ramière puede encontrarse la doctrina del cuerpo místico de Cristo doctrinalmente fundada y prácticamente vivida, así como la función específica de los seglares en el mundo, al consagrar su vida y su actividad a difundir el Reino de Cristo en las estructuras humanas, tal como lo ha propuesto el Concilio Vaticano II.

Otro tema de actualidad merece ser abordado a propósito de la Nota doctrinal de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe sobre la conducta de los católicos en la vida pública y en relación con la elaboración de una futura constitución europea. Una cosa es que en el mundo haya diversidad de opiniones políticas –de las cuales unas son legítimas y otras han de ser toleradas– y otra que no haya verdades firmes que el católico debe mantener en el campo político como únicas defendibles. La defensa del pluralismo ético no puede ser el fundamento del régimen político llamado democracia. Si la democracia consiste en la aceptación del relativismo ético la democracia es intrínsecamente inaceptable para todo aquél que acepta la ley de Dios. Por el contrario, de modo concreto, la Iglesia enseña una vez más que existe una moral natural de carácter universal que ha de ser reconocida por todos los hombres y todas las comunidades.

A los DIEZ años del Catecismo de la Iglesia católica

IGNACIO M^a AZCOAGA BENGOCHEA



Católica el 25 de junio de 1992, el 11 de octubre de 1992 aprobó la publicación del texto por medio de la Constitución Apostólica *Fidei depositum*, y la presentación de la obra tuvo lugar durante los días 7, 8 y 9 de diciembre de 1992.

Los actos que tuvieron lugar para la presentación del Catecismo estuvieron llenos de gestos con la intención de reforzar el carácter eclesial y universal de la obra. Así, el 7-12-1992 el Papa entregó el Catecismo a cinco obispos, uno de cada continente, a un matrimonio, a dos jóvenes y a dos niños pertenecientes a pueblos diversos. El 8 de diciembre de 1992, tuvo lugar una solemne eucaristía en Santa María la Mayor para dar gracias a Dios por el Catecismo de la Iglesia Católica, en cuyo acto Juan Pablo II dijo que el Catecismo era el fruto más maduro y completo de la enseñanza conciliar. El día 9 Ratzinger presentó el Catecismo de la Iglesia Católica a los periodistas como una obra realizada por los obispos de forma colegial. Finalmente, el 15 de agosto de 1997 se aprobó y promulgó la edición típica latina del mismo, que se convertía en el texto definitivo del Catecismo de la Iglesia Católica.

Han transcurrido diez años desde que se publicó el Catecismo de la Iglesia Católica y con estas líneas se pretende agradecer a la Iglesia el haber proporcionado un instrumento de la fe en «tiempos de confusión» que sirve para confirmar en la fe a todos los fieles cristianos.

Origen y proceso de elaboración

EL Catecismo es un compendio de la fe católica y su elaboración fue solicitada por los obispos reunidos en la Asamblea extraordinaria del Sínodo de 1985. La propuesta de redactar un catecismo o compendio de toda la doctrina católica referente a la fe y la moral que sirviera como referencia para los catecismos locales fue aprobada prácticamente por unanimidad (votantes 155, placet 146), lo que constituye un 94% a favor.

El Santo Padre creó una comisión pontificia para el Catecismo de la Iglesia universal, presidida por el cardenal Ratzinger. La obra resultante ha sido calificada de trabajo episcopal colegial, por el modo en que fue concebida, por cómo fue elaborada y por la participación en una de las fases de elaboración de todo el episcopado católico.

El Papa aprobó el texto del Catecismo de la Iglesia

Destinatarios, materia y contenido

Los destinatarios del Catecismo de la Iglesia Católica, en palabras del Papa, son los obispos, los fieles cristianos, los responsables de las tareas ecuménicas y todo hombre de buena voluntad. Se ofreció a los pastores de la Iglesia, solicitándoles que lo acogieran con espíritu de comunión para que lo usaran en cumplimiento de su misión de anunciar la fe, y para que sirviera de texto de referencia seguro y auténtico para la enseñanza de la doctrina católica y sobre todo para la elaboración de catecismos locales. Fue ofrecido a todos los fieles cristianos para que les ayude a conocer más a fondo las riquezas inagotables de la salvación. También se ofreció a los responsables que están comprometidos con la labor ecuménica, para que dialoguen sobre la base de un conocimiento objetivo del contenido auténtico de la fe católica. Finalmente, el Catecismo se entrega a todo hombre de buena voluntad que pida a la Iglesia razón de la esperanza que hay en Ella y que desee conocer lo que cree la Iglesia católica.

En cuanto al contenido y a la distribución de la materia, el Catecismo contiene de un modo orgánico la doctrina de la sagrada Escritura, de la Tradición viva de la Iglesia, del Magisterio auténtico, así como de la herencia espiritual de los Padres, y de los santos y san-

tas de la Iglesia, para dar a conocer mejor los misterios cristianos y afianzar la fe del pueblo de Dios.

El Catecismo nos recuerda el Papa que contiene cosas «nuevas» y cosas «antiguas». «Por una parte, toma la estructura “antigua”, tradicional, ya utilizada por el catecismo de san Pío V, distribuyendo el contenido en cuatro partes: *Credo; sagrada Liturgia*, con los sacramentos en primer lugar; *el obrar cristiano*, expuesto a partir del Decálogo; y, por último, la *oración cristiana*. Con todo, al mismo tiempo, el contenido se expresa a menudo de un modo “nuevo”, para responder a los interrogantes de nuestra época».

Además, el Papa nos muestra la estructura y jerarquía del Catecismo, cuando dice que «las cuatro partes están relacionadas entre sí: el misterio cristiano es el objeto de la fe (primera parte); ese misterio es celebrado y comunicado en las acciones litúrgicas (segunda parte); está presente para iluminar y sostener a los hijos de Dios en su obrar (tercera parte); inspira nuestra oración, cuya expresión principal es el “Padre nuestro”, y constituye el objeto de nuestra súplica, nuestra alabanza y nuestra intercesión (cuarta parte)».

Finalmente, el Papa manifiesta su valor doctrinal, cuando nos dice que «leyendo el *Catecismo de la Iglesia católica*, podemos apreciar la admirable unidad del misterio de Dios y de su voluntad salvífica, así como el puesto central que ocupa Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, enviado por el Padre, hecho hombre en el seno de la bienaventurada Virgen María por obra del Espíritu Santo, para ser nuestro Salvador. Muerto y resucitado, está siempre presente en su Iglesia, de manera especial en los sacramentos. Él es la verdadera fuente de la fe, el modelo del obrar cristiano y el Maestro de nuestra oración».

Cabe formular la cuestión de si hay un hilo conductor a lo largo de todo el Catecismo. La respuesta es afirmativa. En efecto, el hilo conductor que sostiene toda la trama del Catecismo y que fundamenta la secuencia de la exposición es la verdad de la Santísima Trinidad, misterio de los misterios.

De forma resumida, puede expresarse diciendo que el Padre envía a su Hijo y a su Espíritu para salvar al hombre en la Iglesia. Este principio ordena la profesión de la fe según el símbolo niceno-constantinopolitano; luego, la celebración del misterio cristiano, que es siempre acción de las divinas Personas; en tercer lugar, la vida en Cristo para obedecer al Padre en el amor del Espíritu y por último la oración

cristiana, por la que los hijos de Dios, injertados en Cristo por obra del Espíritu Santo, bendicen y adoran al Padre.

Además del misterio trinitario, hay un segundo fundamento, al que deben referirse, en su jerarquía las demás verdades de la fe: el misterio de Cristo. Si puede decirse que el Catecismo es trinitario, con igual verdad se puede decir que es también cristocéntrico.

En el centro de la catequesis encontramos esencialmente una Persona, la de Jesús de Nazaret, Unigénito del Padre. Hay que decir que en la catequesis lo que se enseña es a Cristo, el Verbo encarnado, el Hijo de Dios y todo lo demás en referencia a él. Los misterios de la vida de Cristo son los fundamentos de lo que en adelante, por los misterios de su Iglesia, Cristo dispensa en los sacramentos, por que «lo que era visible en nuestro Salvador ha pasado a sus misterios». Los sacramentos de Cristo prolongan los misterios de su vida y nos hacen comulgar con ella. Son las fuerzas que brotan de su cuerpo, que es la Iglesia. No es, por tanto, sorprendente que el texto acerca de la Iglesia se sitúe en la misma línea. La fe y los sacramentos se presentan en su articulación orgánica a partir del doble fundamento trinitario y cristológico.

La vida cristiana nace como respuesta libre del hombre a los dones y llamadas de Dios, respuesta que hacen presente la fe y los sacramentos de la fe. La primera sección de la tercera parte, la moral fundamental, está construida en la perspectiva de actuar del hombre y del actuar de Dios. Primero, vocación del hombre a la bienaventuranza. Segundo, mecanismo del actuar libre del hombre: la libertad misma, sin la cual no hay responsabilidad, ni actos buenos y malos, la conciencia moral, el juicio de la razón sobre nuestros actos; las virtudes humanas; las virtudes teologales, infundidas por Dios, y los pecados.

Valor del texto del Catecismo de la Iglesia Católica

DICE el Papa que el Catecismo de la Iglesia Católica «es una exposición de la fe de la Iglesia y de la doctrina católica, comprobada o iluminada por la sagrada Escritura, la Tradición apostólica y el Magisterio de la Iglesia». Lo califica de «un instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial, y una regla segura para la enseñanza de la fe».



A los diez años de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica, se ha celebrado un congreso de catequética inaugurado en Roma el 8 de octubre de 2002. En él, se ha puesto de manifiesto que el Catecismo de la Iglesia Católica ha adquirido una gran difusión, ya que está traducido a más de 60 idiomas, y se han publicado millones y millones de ejemplares. No obstante, se ha constatado que no se ha hecho llegar de forma suficiente a los fieles, sobre todo en lo que se refiere a la elaboración de catecismos locales que tengan como referencia el texto del Catecismo.

A lo largo de las diferentes jornadas, las relaciones versaron sobre los siguientes temas: «Actualidad doctrinal del Catecismo de la Iglesia católica diez años después de su publicación», «El Catecismo de la Iglesia católica en la formación teológica», «El Directorio general para la catequesis y los directorios locales: relación y responsabilidad de las iglesias locales», «El concepto teológico del Catecismo de la Iglesia católica», «El papel de la familia en la catequesis y la catequesis de adultos para una acogida plena del Catecismo de la Iglesia católica», «Catequesis y evangelización: perspectivas futuras y directrices para la misión

ad gentes». Se presentaron comunicaciones sobre la recepción y las perspectivas del Catecismo de la Iglesia católica en las diversas iglesias particulares. Asimismo, hubo comunicaciones que trataron sobre la aplicación del Catecismo de la Iglesia católica y del Directorio general para la catequesis en las iglesias particulares, proyectos y propuestas para el futuro.

El cardenal Ratzinger recordó «el muro de escepticismo» con el que el anuncio de la publicación del Catecismo fue recibido por algunos sectores contestatarios del Magisterio de la Iglesia, añadiendo que pese a ello ha sido y sigue siendo un documento esencial en la formación teológica y en la catequesis. Señaló, además, que se decepcionará con el Catecismo «quien busque en el Catecismo un nuevo sistema teológico o nuevas hipótesis sorprendentes. Este tipo de actualidad no es la preocupación del Catecismo». Finalmente, recordó que «el Catecismo ofrece, recurriendo a la sagrada Escritura y a la riqueza global de la tradición en sus múltiples formas e inspirándose en el Concilio Vaticano II, una visión orgánica de la totalidad de la fe católica, que es bella precisamente en cuanto totalidad, una belleza en la que reluce el esplendor de la verdad».

MENSAJE FINAL DEL CONGRESO CATEQUETICO INTERNACIONAL

Los congresistas elaboraron un mensaje final, el 11 de octubre de 2002, en el que, entre otras cosas, se señaló lo siguiente:

«El Catecismo de la Iglesia católica y el Directorio general para la catequesis han tenido, sobre todo en las iglesias jóvenes, una acogida por lo general positiva y han puesto en marcha un proceso de nueva atención a la catequesis y de renovado compromiso en favor de la nueva evangelización».

«El Catecismo de la Iglesia católica es «texto de referencia para una catequesis renovada» (*Fidei depositum*, 1) y punto de referencia necesario para los catecismos de las iglesias locales, así como Catecismo en cuanto tal «de útil lectura para todos los demás fieles cristianos» (Catecismo de la Iglesia católica, núm. 12), pues expresa la unidad de la fe, su lenguaje común y la catolicidad de la Iglesia».

«El Catecismo de la Iglesia católica manifiesta plenamente su valor en cuanto sinfonía de la fe en las diferentes formas de la exposición de la fe católica: evangelización, catequesis, predicación, enseñanza de la religión, formación de la comunidad, formación de los agentes pastorales, compromiso ecuménico y diálogo interreligioso».

Al referirse a las funciones del Catecismo, se hicieron las siguientes manifestaciones

Afirma la precedencia en la acogida del dato de la fe antes de la sistematización teológica.

Sostiene la visión común de la fe, por ser única y universal, antes de la presentación y de la elaboración local.

Garantiza la unidad de la visión de la fe y de sus lenguajes dentro del proceso de inculturación.

Sostiene la formación de los candidatos al sacerdocio antes del estudio teológico y al concluir el mismo, y también orienta la formación permanente de los presbíteros.

Favorece la formación teológica en los centros pastorales, en los noviciados y en los institutos de ciencias religiosas.

Constituye una referencia segura de la doctrina de la fe en las facultades teológicas.

Por otra parte, entre las líneas de actuación, es de destacar la que dice que «esta asamblea desea vivamente que se ponga en marcha, con paciencia pero también con firme decisión, el imponente trabajo que es preciso realizar, de acuerdo con la Sede Apostólica, para preparar catecismos nacionales destinados a la catequesis. Se trata de instrumentos inestimables para la catequesis llamada a llevar la fuerza del Evangelio al corazón de la cultura y de las culturas (cf. Directorio general para la catequesis, núm. 131)».

DISCURSO DE JUAN PABLO II A LOS PARTICIPANTES AL CONGRESO CATEQUÍSTICO INTERNACIONAL

El papa Juan Pablo II dirigió un discurso a los congresistas del que se pueden destacar los siguientes aspectos:

El Catecismo de la Iglesia Católica, don privilegiado

«4. Para este tercer milenio, recién iniciado, el Señor nos ha regalado un instrumento particular para el anuncio de su palabra: el Catecismo de la Iglesia católica, que aprobé hace diez años. En cuanto exposición completa e íntegra de la verdad católica, de la doctrina *tam de fide quam de moribus* válida siempre y para todos, con sus contenidos esenciales y fundamentales permite conocer y profundizar, de modo positivo y sereno, lo que la Iglesia católica cree, celebra, vive y ora.»

Instrumento de comunión

«5. No conviene olvidar tampoco su índole de texto magisterial colegial. En efecto, el texto sugerido por el Sínodo episcopal de 1985, redactado por obispos como fruto de la consulta a todo el Episcopado, aprobado por mí en la versión original de 1992 y promulgado en la edición típica latina de 1997, destinado ante todo a los obispos como maestros responsables de la catequesis y de la evangelización, está destinado a convertirse cada vez más en el instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial, con el grado de auto-

ridad, autenticidad y veracidad propio del Magisterio ordinario pontificio.»

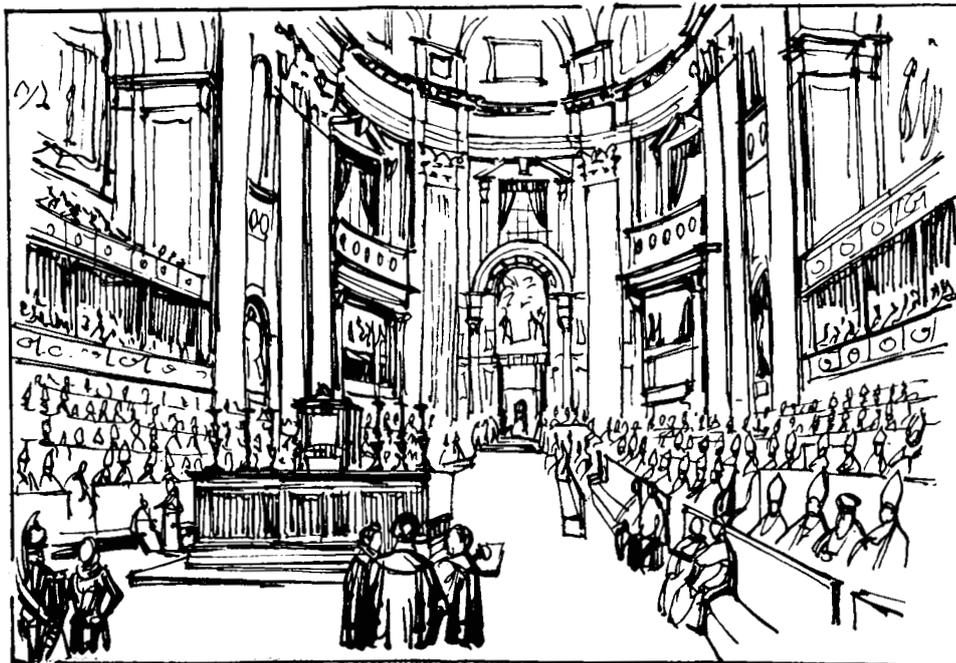
Punto de referencia seguro y auténtico

«6. El Catecismo está llamado a desempeñar un papel particular en la elaboración de los catecismos locales, para los cuales se propone como «punto de referencia» seguro y auténtico en la delicada misión de mediación en el ámbito local del único y perenne depósito de la fe.»

Para realizar este objetivo, desde hace cinco años también está a disposición la edición renovada del Directorio general para la catequesis. El nuevo texto, en cuanto revisión del Directorio de 1971 solicitado por el concilio Vaticano II, constituye un documento importante para orientar y estimular la renovación catequética, siempre indispensable para toda la Iglesia.

Promover una catequesis íntegra y sistemática

«7. Deseo que vuestros trabajos contribuyan a dar ulterior relieve a la prioridad pastoral que es una catequesis clara, motivada, íntegra y sistemática y, cuando sea necesario, también apologética. Una catequesis que pueda grabarse en la mente y en el corazón, para que alimente la oración, imprima un estilo a la vida y oriente la conducta de los fieles.»



Constitución Apostólica *Fidei depositum* para la publicación del Catecismo de la Iglesia católica, redactado después del Concilio Ecuménico Vaticano II

A los Venerables Hermanos Cardenales, Arzobispos, Obispos, Presbiteros, Diaconos y a todos los miembros del Pueblo de Dios

JUAN PABLO II, OBISPO, SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS
PARA PERPETUA MEMORIA

1. Introducción

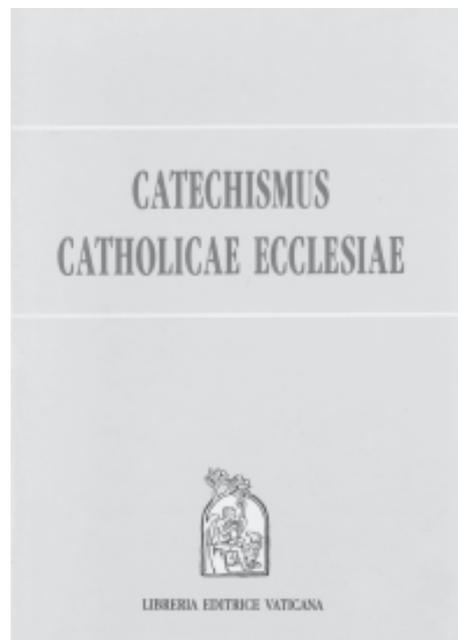
Guardar el depósito de la fe es la misión que el Señor confió a su Iglesia y que ella realiza en todo tiempo. El concilio ecuménico Vaticano II, inaugurado solemnemente hace treinta años por nuestro predecesor Juan XXIII, de feliz memoria, tenía como intención y finalidad poner de manifiesto la misión apostólica y pastoral de la Iglesia, a fin de que el resplandor de la verdad evangélica llevara a todos los hombres a buscar y aceptar el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento (cf. Ef 3, 19).

A ese Concilio el papa Juan XXIII había asignado como tarea principal custodiar y explicar mejor el precioso depósito de la doctrina católica, para hacerlo más accesible a los fieles y a todos los hombres de buena voluntad. Por consiguiente, el Concilio no tenía como misión primaria condenar los errores de la época, sino que debía ante todo esforzarse serenamente por mostrar la fuerza y la belleza de la doctrina de la fe. «Iluminada por la luz de este Concilio –decía el Papa–, la Iglesia crecerá con riquezas espirituales y, sacando de él nueva energía y nuevas fuerzas, mirará intrépida al futuro... A nosotros nos corresponde dedicarnos con empeño, y sin temor, a la obra que exige nuestra época, prosiguiendo así el camino que la Iglesia ha recorrido desde hace casi veinte siglos».¹

Con la ayuda de Dios, los padres conciliares, en cuatro años de trabajo, pudieron elaborar y ofrecer a toda la Iglesia un notable conjunto de exposiciones doctrinales y directrices pastorales. Pastores y fieles encuentran en él orientaciones para llevar a cabo aquella «renovación de pensamientos y actividades, de costumbres y virtudes morales, de gozo y esperanza, que era un deseo ardiente del Concilio».²

1. Juan XXIII, Discurso de apertura del concilio ecuménico Vaticano II, 11 de octubre de 1962: AAS 54 (1962), pp. 788-791.

2. Pablo VI, Discurso de clausura del concilio ecuménico Vaticano II, 8 de diciembre de 1965: AAS 58 (1966), pp. 7-8.



Después de su conclusión, el Concilio no ha cesado de inspirar la vida de la Iglesia. En 1985 quise señalar: «Para mí, que tuve la gracia especial de participar y colaborar activamente en su desenvolvimiento, el Vaticano II ha sido siempre, y es de modo particular en estos años de mi pontificado, el punto de referencia constante de toda mi acción pastoral, con el compromiso responsable de traducir sus directrices en aplicación concreta y fiel, a nivel de cada Iglesia y de toda la Iglesia. Hay que acudir incesantemente a esa fuente».³

Con esa intención, el 25 de enero de 1985 convoqué una asamblea extraordinaria del Sínodo de los obispos, con ocasión del vigésimo aniversario de la clausura del Concilio. Objetivo de esa asamblea era dar gracias y celebrar los frutos espirituales del concilio Vaticano II, profundizar su enseñanza para lograr una mayor adhesión a la misma y difundir su conocimiento y aplicación.

En esa circunstancia, los padres sinodales afirmaron: «Son numerosos los que han expresado el deseo de que se elabore un catecismo o compendio de toda la doctrina católica, tanto en materia de fe como de mo-

3. Juan Pablo II, Homilía del 25 de enero de 1985, cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 3 de febrero de 1985, p. 12.

ral, para que sirva casi como punto de referencia para los catecismos o compendios que se preparan en las diversas regiones. La presentación de la doctrina debe ser bíblica y litúrgica, y ha de ofrecer una doctrina sana y adaptada a la vida actual de los cristianos». ⁴ Después de la clausura del Sínodo, hice mío ese deseo, al considerar que respondía «realmente a las necesidades de la Iglesia universal y de las iglesias particulares». ⁵

Por ello, damos gracias de todo corazón al Señor este día en que podemos ofrecer a toda la Iglesia, con el título de *Catecismo de la Iglesia católica*, este «texto de referencia» para una catequesis renovada en las fuentes vivas de la fe.

Tras la renovación de la Liturgia y la nueva codificación del Derecho canónico de la Iglesia latina y de los cánones de las Iglesias orientales católicas, este Catecismo contribuirá en gran medida a la obra de renovación de toda la vida eclesial, que quiso y comenzó el concilio Vaticano II.

2. Itinerario y espíritu de la redacción del texto

El Catecismo de la Iglesia católica es fruto de una amplísima cooperación: ha sido elaborado en seis años de intenso trabajo, llevado a cabo con gran apertura de espíritu y con celo ardiente.

El año 1986 confié a una Comisión de doce cardenales y obispos, presidida por el cardenal Joseph Ratzinger, el encargo de preparar un proyecto del catecismo solicitado por los padres del Sínodo. Un Comité de siete obispos diocesanos, expertos en teología y catequesis, colaboró con la Comisión en ese trabajo.

La Comisión, encargada de dar las directrices y vigilar el desarrollo de los trabajos, siguió atentamente todas las etapas de la elaboración de las nueve redacciones sucesivas del texto.

El Comité de redacción, por su parte, asumió la responsabilidad de escribir el texto, aportar las modificaciones solicitadas por la Comisión y examinar las observaciones de numerosos teólogos, de exegetas, de expertos en catequesis, de institutos y, sobre todo, de los obispos del mundo entero, con el fin de mejorar el texto. El Comité fue una fuente de fructuosos intercambios de opiniones y de enriquecimiento de ideas para asegurar la unidad y homogeneidad del texto.

El proyecto fue sometido a una vasta consulta de todos los obispos católicos, de sus Conferencias

episcopales o de sus Sínodos, así como de los institutos de teología y catequética.

En su conjunto, ha tenido una aceptación muy favorable por parte del Episcopado. Se puede afirmar que este Catecismo es el fruto de una colaboración de todo el Episcopado de la Iglesia católica, que acogió con generosidad mi invitación a asumir su parte de responsabilidad en esta iniciativa que atañe de cerca a la vida eclesial. Esa respuesta suscita en mí un sentimiento profundo de alegría, pues la coincidencia de tantos votos manifiesta de verdad una cierta «sinfonía» de la fe. La elaboración de este Catecismo muestra, además, la naturaleza colegial del Episcopado: atestigua la catolicidad de la Iglesia.

3. Distribución de la materia

Un catecismo debe presentar con fidelidad y de modo orgánico la doctrina de la sagrada Escritura, de la Tradición viva de la Iglesia, del Magisterio auténtico, así como de la herencia espiritual de los Padres, y de los santos y santas de la Iglesia, para dar a conocer mejor los misterios cristianos y afianzar la fe del pueblo de Dios. Asimismo, debe tener en cuenta las declaraciones doctrinales que en el decurso de los tiempos el Espíritu Santo ha inspirado a la Iglesia. Y es preciso que ayude también a iluminar con la luz de la fe las situaciones nuevas y los problemas que en otras épocas no se habían planteado aún.

Así pues, el Catecismo ha de presentar lo nuevo y lo viejo (cf. Mt 13, 52), dado que la fe es siempre la misma y, a la vez, es fuente de luces siempre nuevas.

Para responder a esa doble exigencia, el *Catecismo de la Iglesia católica*, por una parte, toma la estructura «antigua», tradicional, ya utilizada por el catecismo de san Pío V, distribuyendo el contenido en cuatro partes: Credo; sagrada Liturgia, con los sacramentos en primer lugar; el obrar cristiano, expuesto a partir del Decálogo; y, por último, la oración cristiana. Con todo, al mismo tiempo, el contenido se expresa a menudo de un modo «nuevo», para responder a los interrogantes de nuestra época.

Las cuatro partes están relacionadas entre sí: el misterio cristiano es el objeto de la fe (primera parte); ese misterio es celebrado y comunicado en las acciones litúrgicas (segunda parte); está presente para iluminar y sostener a los hijos de Dios en su obrar (tercera parte); inspira nuestra oración, cuya expresión principal es el «Padre nuestro», y constituye el objeto de nuestra súplica, nuestra alabanza y nuestra intercesión (cuarta parte).

La liturgia es en sí misma oración; la confesión de la fe encuentra su lugar propio en la celebración del culto. La gracia, fruto de los sacramentos, es la condición insustituible del obrar cristiano, del mismo modo que la participación en la liturgia de la Iglesia exige la fe. Si la fe carece de obras, es fe muerta (cf. St 2, 14-26) y no puede producir frutos de vida eterna.

4. Relación final del Sínodo extraordinario, 7 de diciembre de 1985, II, B, a, n. 4; *Enchiridion Vaticanum*, vol. 9, p. 1.758, n. 1.797.

5. Juan Pablo II, Discurso en la sesión de clausura de la II Asamblea general extraordinaria del Sínodo de los obispos, 7 de diciembre de 1985; AAS 78 (1986), p. 435; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 15 de diciembre de 1985, p. 11.

Leyendo el *Catecismo de la Iglesia católica*, podemos apreciar la admirable unidad del misterio de Dios y de su voluntad salvífica, así como el puesto central que ocupa Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, enviado por el Padre, hecho hombre en el seno de la bienaventurada Virgen María por obra del Espíritu Santo, para ser nuestro Salvador. Muerto y resucitado, está siempre presente en su Iglesia, de manera especial en los sacramentos. Él es la verdadera fuente de la fe, el modelo del obrar cristiano y el Maestro de nuestra oración.

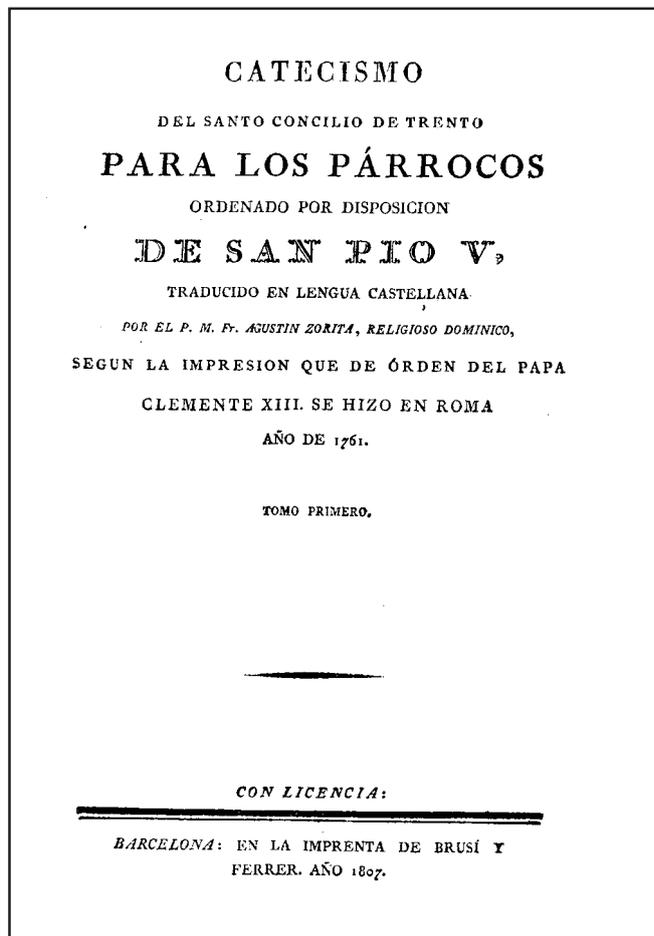
4. Valor doctrinal del texto

El *Catecismo de la Iglesia católica*, que aprobé el día 25 del pasado mes de junio y que hoy dispongo publicar en virtud de mi autoridad apostólica, es una exposición de la fe de la Iglesia y de la doctrina católica, comprobada o iluminada por la sagrada Escritura, la Tradición apostólica y el Magisterio de la Iglesia. Yo lo considero un instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial, y una regla segura para la enseñanza de la fe. Ojalá sirva para la renovación a la que el Espíritu Santo incesantemente invita a la Iglesia de Dios, cuerpo de Cristo, peregrina hacia la luz sin sombras del Reino.

La aprobación y la publicación del *Catecismo de la Iglesia católica* constituyen un servicio que el Sucesor de Pedro quiere prestar a la santa Iglesia católica y a las Iglesias particulares que están en paz y comunión con la Sede Apostólica de Roma: es decir, el que quiere mantener y confirmar la fe de todos los discípulos de Jesús (cf. Lc 22, 32), así como fomentar la unidad en la misma fe apostólica. En consecuencia, a los pastores de la Iglesia, les invito que acojan este Catecismo con espíritu de fe y usen asiduamente en el cumplimiento

de su misión de anunciar la fe y de invitar a la vida evangélica. Este Catecismo se les entrega para que les sirva como texto de referencia seguro y auténtico para la enseñanza de la doctrina católica, y sobre todo para la elaboración de los catecismos locales. Se ofrece, también, a todos los fieles que quieran conocer más a fondo las riquezas inagotables de la salvación (cf. Jn 8, 32). Quiere proporcionar una ayuda a los trabajos ecuménicos animados por el santo deseo de promover la unidad de todos los cristianos, mostrando con esmero el contenido y la coherencia admirable de la fe católica. El *Catecismo de la Iglesia católica* se ofrece, por último, a todo hombre que nos pida razón de la esperanza que hay en nosotros (cf. 1 Pe 3, 15) y que desee conocer lo que cree la Iglesia católica.

Este Catecismo no está destinado a sustituir los catecismos locales aprobados por las autoridades eclesiales, los obispos diocesanos o las Conferencias episcopales, sobre todo si han recibido la aprobación de la Sede Apostólica. Está destinado a favorecer y



Portada de una edición española del Catecismo de san Pío V.

ayudar la redacción de los nuevos catecismos de cada nación, teniendo en cuenta las diversas situaciones y culturas, pero conservando con esmero la unidad de la fe y la fidelidad a la doctrina católica.

5. Conclusión

Al concluir este documento, que presenta el *Catecismo de la Iglesia católica*, pido a la santísima Virgen María, Madre del Verbo encarnado y Madre de la Iglesia, que sostenga con su poderosa intercesión el trabajo catequístico de toda la Iglesia en todos sus niveles, en este tiempo en que está llamada a realizar un nuevo esfuerzo de evangelización. Ojalá que la luz de la fe verdadera libere a los hombres de la ignorancia y de la esclavitud del pecado, para conducirlos a la única libertad digna de este nombre (cf. Jn 8, 32), es decir, a la vida en Jesucristo, bajo la guía del Espíritu Santo, aquí en la tierra y en el reino de los cielos, en la plenitud de la felicidad de la contemplación de Dios cara a cara (cf. 1 Co 13, 12; 2 Co 5, 6-8).

Dado en Roma, el día 11 de octubre de 1992, trigésimo aniversario de la apertura del concilio ecuménico Vaticano II, décimo cuarto año de pontificado.

El Catecismo de la Iglesia Católica, don inestimable al servicio de la Fe

JUAN ANTONIO MATEO, PBRO.

EN numerosos debates se plantea cuál ha de ser la función más importante de la Iglesia. En la Constitución Apostólica *Fidei Depositum*, con la que Juan Pablo II promulgó el *Catecismo de la Iglesia Católica*, hallamos una respuesta clara y contundente: «Guardar el depósito de la fe, ésta es la misión que el Señor ha confiado a la Iglesia, misión que Ella cumple siempre». Esta custodia del depósito de la fe ha de ser entendida como una custodia activa, no como quien guarda un precioso tesoro en una caja fuerte y lo oculta de la vista de todos. No es así como la Iglesia custodia el depósito de la fe. La Iglesia custodia la fe por medio del apostolado, de la evangelización, respondiendo al mismo mandato de nuestro Salvador: yendo por el mundo entero anunciando el único Evangelio Salvador. Evidentemente, este anuncio que forma parte constitutiva del ser mismo de la Iglesia presupone por parte de la Iglesia la posesión plena de la verdad revelada y la solicitud constante para que esta verdad que es Jesucristo mismo se mantenga en toda su integridad hasta el fin de los tiempos. Para esto, la Iglesia recibe constantemente el don del Espíritu Santo que actúa principalmente la custodia íntegra de la verdad divina por medio del sagrado Magisterio de los Pastores. Este Magisterio propone continuamente a lo largo de la historia el mismo Evangelio de siempre, pero con la debida atención para que sea entendido por los interlocutores de cada cultura y generación. En este precioso servicio del Magisterio a todo el Pueblo de Dios hay que destacar momentos importantes, junto al Magisterio ordinario del Romano Pontífice y con él, del Colegio episcopal, como son la celebración de los concilios ecuménicos.

Toda esta actividad asistida por el Espíritu Santo tiene como finalidad custodiar la verdadera fe católica y apostólica, poner al alcance de todos el auténtico dogma de la fe. En esta tarea hay momentos, la mayoría, de exposición positiva y pacífica de la doctrina cristiana, y otros en los que el acento recae en la condena de un determinado error. Conviene tener en cuenta que la herejía es como un cáncer corrosivo y destructor en la Iglesia y que es expresión de un organismo saludable la condena y erradicación de las herejías del seno del Pueblo de Dios. Hay que decir que, incluso cuando sólo se expone positivamente la fuerza y la belleza de la doctrina de la fe, indirectamente los errores ya son condenados, pues donde se hace la luz, se ponen en evidencia las tinieblas y los errores.

Después del Concilio Vaticano II, como suele acontecer después de muchos concilios, se vivió (y todavía

se vive) una fuerte crisis de fe dentro de la Iglesia. La confusión se apoderó de muchas mentes y los fundamentos de la fe se zarandearon con violencia. Todos recordamos las enérgicas intervenciones del papa Pablo VI para poner nuevamente las cosas en su sitio. La historia admirará este pontífice que vivió en propia carne los desgarros de la fe de la Iglesia. Quedará como un monumento la solemne profesión de fe con la que concluía, en 1968, el año de la fe.

Gracias a Dios, las aguas van volviendo a sus cauces, pero sería ingenuo pensar que la crisis está concluida.

En la misma constitución *Fidei Depositum*, el Papa recuerda como en 1985, con motivo de la sesión extraordinaria del Sínodo de los Obispos con ocasión de los veinte años de clausura del Concilio, los padres sinodales expresaron su deseo de que se redactara un catecismo o compendio de toda la doctrina católica, tanto de la fe como de las costumbres, y que ofreciera una doctrina segura y al mismo tiempo adaptada a la vida actual de los cristianos. Esta petición de los padres que Juan Pablo II hizo inmediatamente suya (con la convicción que respondía completamente a una verdadera necesidad de la Iglesia universal y de las iglesias particulares) pone en evidencia que la crisis de la fe había sembrado la perplejidad y el desconcierto en numerosos sectores del Pueblo de Dios.

En efecto, durante casi tres décadas, por medio de teólogos irresponsables, catequistas lanzados y pastores poco competentes, la confusión en la fe se había extendido por la Iglesia como una tremenda y emponzoñadora marea negra. Un testimonio elocuente y competente de todo esto lo podemos encontrar en la magnífica obra *Rapporto sulla fede* donde el periodista y apologeta Vittorio Messori entrevistaba largamente al cardenal Joseph Ratzinger, a quien la historia también tributará homenaje por su valioso y valiente servicio a la fe de la Iglesia.

El panorama de aquellos años (que todavía en algunos sectores se resiste a morir) todos lo conocemos: experimentos con la sagrada Liturgia, abandono de la oración, exterminio de la confesión, negación de verdades fundamentales de la fe (divinidad de Cristo, virginidad de María, presencia real en la Eucaristía...). Lamentablemente, a este nefasto ambiente llegó a contribuir algún catecismo publicado con el beneplácito de la mayoría del episcopado de un país...

El *Catecismo de la Iglesia católica*, era pues una obra anunciada y esperada y habrá de convertirse en un valioso instrumento al servicio de la fe con una

importantísima contribución a la obra de renovación eclesial querida y aplicada por el Concilio Vaticano II, según expresión feliz del propio Santo Padre.

El Catecismo, sobre todo en su primera parte dogmática, presenta la fe de la Iglesia. Sobre su valor doctrinal dice Juan Pablo II: «El Catecismo de la Iglesia católica es una exposición de la fe de la Iglesia y de la doctrina católica, testificadas o iluminadas por la Sagrada Escritura, la Tradición apostólica y el magisterio eclesiástico. Lo reconozco como un instrumento válido y autorizado al servicio de la comunión eclesial y como norma segura para la enseñanza de la fe. La aprobación y la publicación del Catecismo de la Iglesia católica constituyen un servicio que el sucesor de Pedro quiere ofrecer a la santa Iglesia católica, a todas las iglesias particulares en paz y comunión con la Sede apostólica de Roma: el servicio de sostener y de confirmar la fe de todos los discípulos del Señor Jesús, como también de reforzar los lazos de la unidad en la misma fe apostólica» (Const. *Fidei Depositum*).

El Papa pide a los pastores y fieles de toda la Iglesia recibir el Catecismo con espíritu de comunión y utilizarlo (como texto de referencia seguro y auténtico para la enseñanza de la doctrina católica) asiduamente en la misión de anunciar la fe y de llamar a la vida evangélica. Es interesante notar que esta misión fundamental de la Iglesia es confiada por el Papa a todos los «christifideles», pastores y laicos, evidentemente cada uno en la modalidad de su servicio específico.

Es evidente, pues, que será un signo cierto de catolicidad y comunión con Pedro, la solícita recepción de esta obra, el Catecismo de la Iglesia católica, que podemos considerar un don inestimable al servicio de la fe de la Iglesia. Conviene hacer una gran difusión del mismo y realizar todos los esfuerzos necesarios para que todos los fieles puedan descubrir la ri-

queza del Catecismo. En este sentido, Juan Pablo II, con ocasión de la aprobación y promulgación de la edición típica latina del Catecismo, exhortaba a sus hermanos en el episcopado a intensificar su compromiso para una mayor difusión del texto y, sobre todo, para la positiva acogida del mismo como un don privilegiado para que las comunidades puedan redescubrir la inagotable riqueza de la fe (Const. *Laetamur magnopere*). El Papa concluía esta constitución apos-

tólica expresando un profundo deseo de su corazón de buen pastor: «Ojalá el Catecismo sea conocido y compartido por todos para que se refuerce y se extienda por el mundo entero la unidad en la fe que tiene su modelo y principio supremo en la unidad trinitaria».

Siempre, y particularmente hoy, es necesario que los pastores sepan con certeza lo que han de predicar y los fieles sepan con seguridad lo que han de creer. El contenido de la fe, el dogma, es en sí mismo elemento constitutivo de la experiencia de salvación como muy bien rezaba el símbolo *Quicumque*. En una cultura donde predomina el subjetivismo individualista y la opción hedonista fruto de un ateísmo práctico es seguida por muchos, el Catecismo será un buen instrumento y antídoto para no caer en la tentación de hacerse una fe y una moral a la carta.

El dogma de la fe brilla esplendorosamente en las páginas del Catecismo, particularmente, en su primera parte que expone todos los artículos de la fe. Pastores y fieles lo tenemos a nuestra disposición. También hallarán en él una sólida base los teólogos que quieran profundizar en el conocimiento de la fe y les proporcionará un camino seguro para evitar extravíos. Finalmente, toda persona de buena voluntad que quiera conocer una exposición razonada y sumamente autorizada de lo que cree la Iglesia católica, la hallarán sin duda en el Catecismo.



La doctrina escatológica del Vaticano II en el Catecismo de la Iglesia católica

F.C.V.

Hablando ante el papa Pablo VI, en marzo de 1976, el entonces cardenal arzobispo de Cracovia, Karol Wojtyła, en unos ejercicios espirituales después publicados bajo el título de *Signo de contradicción*, afirmaba que «**nos encontramos hoy en los umbrales de una nueva escatología**».¹

En aquella misma ocasión expresó en qué puntos el Concilio Vaticano II aportaba un nuevo desarrollo y perspectiva, que venía a perfeccionar los temas hasta ahora tratados usualmente en relación a los «novísimos».

«El Concilio habla de la índole escatológico de la Iglesia peregrinante y de su unión con la Iglesia celestial (*Lumen gentium* 48-51). Esta escatología de la Iglesia es, por tanto sui generis».

«Por esto se le añaden otros temas y otras connotaciones, que no encontramos en la escatología tradicional del hombre. En los tratados de *De novissimis* o en los catecismos, el tema escatológico se reducía ante todo a las siguientes verdades: la muerte, el juicio, el cielo, el infierno, el purgatorio; en cambio, en la escatología conciliar de la Iglesia y del mundo predomina la verdad de la renovación de todas las cosas en Cristo (cf. Ef 1,10), de los nuevos cielos y de la nueva tierra (cf. Is 65,17; Ap 21,1), anticipada en cierto modo en el misterio pascual de Jesucristo (cf. 1 Cor 5,7). Es esta verdad sobre el carácter de la Iglesia la que prepara el mundo a la renovación ya iniciada en Cristo (cf. Col 3,10; Ap 21,2-5). Con la Encarnación del Verbo eterno el mundo y la humanidad llevan en sí el germen de la plenitud de los tiempos (cf. Ef 1,10). He aquí la concepción esencial de la escatología conciliar.

«La plenitud de los tiempos ha llegado, pues, a nosotros (cf. 1 Cor 10,11), y la renovación del mundo está irrevocablemente decretada y en cierta manera se anticipa realmente en este siglo» (*Lumen gentium*, núm. 48).²

En el desarrollo y crecimiento de la doctrina católica y de su mismo núcleo dogmático, esta «evolución homogénea» implica siempre el mantenimiento, «en el mismo significado y en la misma sentencia» de lo que anteriormente fue enseñado «siempre por todos y en todos los lugares». Los temas tradicionales de los cate-



1. Karol Wojtyła: *Signo de contradicción* (Madrid, BAC, 1979), p. 33.

2. *Ibid.* pp. 196-197.

cismos y de los tratados teológicos sobre la escatología del hombre, son fielmente reafirmados en el Catecismo aprobado y publicado el 11 de octubre de 1992 por Juan Pablo II.

Pero aquel crecimiento a que aludía el Concilio Vaticano I³ hace posible también que, en coherencia con lo ya antes declarado y propuesto, temas todavía no plenamente expuestos o explicitados en anteriores épocas, sean con posterioridad asumidos y anunciados por la Iglesia ante todos los fieles, de modo que vengan a

3. «Crezca, pues, la inteligencia, ciencia y sabiduría, ya sea de cada uno ya sea de toda la Iglesia universal... pero sólo en su propio género, es decir, en el mismo dogma, en el mismo sentido, y en la misma sentencia» (Concilio Vaticano I. Constitución sobre la fe católica, cap. 4, DS 3020).

ser ya desde entonces patrimonio doctrinal común y universal.

Parece que esto ha comenzado a producirse, en cuanto a la «nueva escatología» en cuyos umbrales estábamos, y que con el nuevo Catecismo habrá recibido un nuevo impulso e iluminación.

Para comenzar una reflexión sobre el progreso doctrinal que indudablemente será el resultado de las aportaciones escatológicas contenidas en el nuevo catecismo, atendamos a sus afirmaciones en algunos puntos que podríamos llamar, en cierto sentido, más renovadoras, y que habrán de tener abundante fecundidad en la vida de la Iglesia y en la iluminación de la conciencia del pueblo cristiano.⁴

4. *Catecismo de la Iglesia católica*, primera parte, capítulo 2º, artículo 7º, I-II.



671. El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, sin embargo, no está todavía acabado «con gran poder y gloria» (Lc 21,27; cf. Mt 25,31) con el advenimiento del Rey a la tierra... por esta razón los cristianos piden, sobre todo en la Eucaristía (cf. 1 Cor 11,26) que se apresure el retorno de Cristo (cf. 2 Pe 3,11-12) cuando suplican: «Ven, Señor Jesús» (cf. 1 Cor 16,22; Ap 22,17.20)».

674. La venida del Mesías glorioso en un momento determinado de la historia (cf. Rom 11,31) se vincula al reconocimiento del Mesías por «todo Israel» (Rom, 11,26; Mt. 23,39)... San Pedro dice a los judíos de Jerusalén después de Pentecostés: «Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación y envíe al Cristo que os había sido destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de que Dios habló por boca de sus profetas» (Hch 3,19-21)... La entrada de «la plenitud de los judíos» (Rm. 11,12) en la salvación mesiánica... hará al pue-

blo de Dios «llegar a la plenitud de Cristo» (Ef 4,13).

675. Antes del Advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes (cf. Lc 18,8; Mt 24,12). La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra (cf. Lc 21,12; Jn 15,19-20) desvelará el «Misterio de iniquidad» bajo la forma de una impostura religiosa... la impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un seudomesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías...

677. ... el Reino no se realizará mediante un triunfo histórico de la Iglesia (cf. Ap 13,8) en forma de un proceso creciente, sino por una victoria de Dios... que hará descender desde el cielo a su esposa (cf. Ap 21,2-4). El triunfo de Dios sobre la rebelión del mal tomará la forma de juicio final (cf. Ap 20,12) después de la última sacudida cósmica de este mundo que pasa (cf. 2 Pe 3,12-13).

Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

ME dijo que se había escogido un cierto número de verdaderos amigos, el padre La Colombière... fue el primero... Jesús le ha otorgado un gran poder, encargándole, por así decirlo, de lo concerniente a esta devoción» (carta 132 de santa Margarita María al padre Croiset).

«*Cuando me vi en su presencia, creí encontrarme ante el apóstol san Juan vuelto a la tierra para encender el fuego del amor al Sagrado Corazón*» (padre Wall, mártir de la persecución inglesa, hablando de san Claudio).

El Corazón de Jesús se escogió a san Claudio como su primer «*siervo fiel y amigo perfecto*» para un encargo muy especial en la historia de la salvación de la humanidad: autentificar que era el propio Hijo de Dios quien, en las revelaciones de Paray-le-Monial a santa Margarita María, quería manifestar su incontenible deseo de que los hombres conocieran la inmensidad de su amor misericordioso por ellos, y se movieran a corresponderle. Para prepararle a tan alta misión le llevó a la Compañía de Jesús y le fue modelando desde muy joven con la virtud de la prudencia y los dones de piedad, ciencia y sabiduría. Llegado el momento —«Yo, el Señor, en su tiempo aceleraré estas cosas» (Is 60,22)—, envió a Claudio a Paray-le-Monial con la misión que entonces él desconocía de confirmar a su elegida Margarita María, y de autentificar el origen divino de la devoción ante sus superiores, y ante quienes debían aprobarla. Cumplidos estos encargos, y llamado a reposar ya en el Corazón de Jesús, siguió desde el cielo con su trabajo, realizando desde allí otra parte de su tarea, la de iniciar la difusión y popularización de la devoción mediante sus escritos. Por ello pudo decir el papa Pío XI el 7 de junio de 1929 en el decreto de su beatificación que «*el padre Claudio la Colombière se mostró digno de tan gran oficio y cargo*».

El padre Claudio no es el profeta que trasmite el mensaje de Dios, sino el notario que da fe de su veracidad. Así lo reconoce hablando de la hermana Margarita María: «El buen Dios no se me descubre a mí como a ella, bendito sea Dios eternamente, que se digna ilustrarnos a nosotros, pobres ciegos, por medio de las luces que da a las personas que se comunican más íntimamente con Él... Estoy convencido de que Dios se comunica a ella de un modo especialísimo».

El 27 de diciembre de 1673, fiesta de san Juan Evangelista, en el monasterio de la Visitación de la villa de Paray-le-Monial, y en la primera de las cuatro grandes revelaciones, el Corazón de Jesús revelaba a Margarita María de Alacoque: «*Mi divino Corazón está tan apasionado de amor a los hombres, y hacia tí en particular, que no pudiendo contener en él las*

llamas de su ardiente caridad, es menester que las derrame valiéndose de tí, y se manifieste a ellos para enriquecerlos con los preciosos dones que te estoy descubriendo...». La hermana Margarita María, tras vencer su inicial resistencia, va a comunicárselo a su superiora, la madre De Saumaise, quien se ve sumida en gran desconcierto, y pide en vano consejo a diversos clérigos, que, ineptos, «sacudieron la cabeza, miraron a la hermana Margarita como a una visionaria, y dieron la orden de obligarla a comer sopa». La noticia trascendiendo por toda la comarca y llega hasta la cercana Lyon.

«Es a causa de un alma especial que tiene necesidad de su dirección»

ERA el padre La Chaise ilustrado provincial de los jesuitas de Lyon, y poco antes de trasladarse a París para atender a su nuevo cargo de confesor de Luis XIV, para salir de dudas sobre las contradictorias noticias que desde Paray le enviaban los jesuitas confesores del convento de la Visitación, debió de pensar en el agudo y discreto joven Claudio, antiguo alumno del Colegio de nobles, preceptor de los hijos del ministro de Hacienda del rey, estudiante jesuita tan brillante que el general de la Compañía, padre Oliva, había dicho a La Chaise no le diese ningún empleo, pues se lo reservaba para su servicio directo en Roma. Algo importante pasaría cuando con estos antecedentes, a los trece días de su tercera probación, y con ella de su plena profesión como jesuita, le envía a un sorprendente destino: el de superior de la pequeña residencia de tres o cuatro religiosos, ocupados en enseñar las primeras letras a los párvulos de la ignorada villa de Paray-le-Monial, pero cuya misión era también la de dirigir espiritualmente y ser confesor extraordinario de las religiosas visitandinas del contiguo convento en que tenían lugar las novedosas y discutidas revelaciones. Muchos se maravillaban de que un hombre de tales méritos fuera destinado a lugar tan insignificante: «Es a causa de un alma especial que tiene necesidad de su dirección», dice el padre Forest, S.I., profesor del colegio.

«El Espíritu de Dios es quien le guía»

Tan atribulada se hallaba Margarita María porque nadie daba crédito a lo que le revelaba el Corazón de Jesús, que Éste tuvo que consolarla con el anuncio de la inmediata llegada de su «siervo fiel y perfecto amigo, que te enseñará a conocerme y a abandonarte a Mí», y al que debía descubrirle el fondo de su alma. El padre Claudio la Colombière llegaba a Paray el 15 de

febrero de 1675, y al presentarse en el convento a los pocos días, Margarita oyó interiormente «*Este es el que te envió*». No quiso decirle nada en la primera confesión, pero el padre Claudio le invitó a otra conversación sobre su alma.

Por fin, la hermana Margarita, reprendida por Jesús, que «quería que yo le descubriese los tesoros de este Corazón, a fin de que publicase y diese a conocer su valor y utilidad, para lo cual quería que fuéramos como hermano y hermana, igualmente partícipes de los bienes espirituales» (Autobiografía), le da cuenta de todo. El padre Claudio, tras oírla, le dice: «Nada tiene usted que temer, el espíritu de Dios es quien le guía, siga sus movimientos, sea la víctima del Sagrado Corazón». «Y –dice la Santa– me aseguró en el camino difícil en que me hallaba, camino todo sembrado de cruces y espinas... y me dijo que me abandonara absolutamente a Su beneplácito... lo cual dio una paz inalterable a mi alma». (Carta 122, de 15 de septiembre de 1689 al padre Croiset). Trató luego el padre Claudio con la superiora madre De Saumaise y la tranquilizó, diciéndole de la hermana Margarita María: «es una alma de elección». «*Estoy persuadido de que Dios se comunica a ella de una manera muy particular*», le confirmaba desde Londres (carta 32 del padre La Colombière a la madre De Saumaise).

El 16 de junio de 1675, Jesús le pide a Margarita la fiesta a su Corazón: «Estando ante el Santísimo Sacramento un día de su octava, recibí gracias excesivas de su amor, y sentí el deseo de corresponderle con amor por su amor. Y Él me dijo: “Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y que no recibe en reconocimiento de la mayor parte sino ingratitud, ya por sus irreverencias y sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este Sacramento de amor. Pero lo que me es aún mucho más sensible es que son corazones que me están consagrados los que así me tratan. *Por eso te pido que se dedique el primer viernes después de la octava del Santísimo Sacramento a una fiesta particular para honrar mi Corazón*, comulgando ese día y reparando su honor con un acto público de desagravio, a fin de expiar las injurias que ha recibido durante el tiempo que he estado expuesto en los altares».

«Mi siervo fiel y perfecto amigo... te enseñará a abandonarte a Mí»

En su *Retiro espiritual*, el padre La Colombière refiere cómo la tímida Margarita María le puso por escrito esta revelación, que él transcribe, y en la que cuenta como, viéndose ella inútil e impotente para realizar este encargo, fue a quejarse ante el Señor de que la hubiera elegido para algo superior a sus fuerzas, teniendo tantas y tan grandes almas capaces de ejecutar sus designios.

Le respondió Jesús :«*¿No sabes que me sirvo de los sujetos más débiles para confundir a los fuertes, y que*

de ordinario son los pequeños y pobres de espíritu de quienes me valgo para que no se atribuyan nada a sí mismos?». Margarita acata, pero pide ayuda: «Dadme, pues, el medio de hacer lo que me mandáis». A lo que el Señor le contesta: «Dirígete a mi siervo N. [el padre La Colombière no quiere darse a conocer] y dile de mi parte que haga cuanto pueda para establecer esta devoción y complacer así a mi Corazón divino; que no se desanime a causa de las dificultades que se le presenten y que no le han de faltar; pero debe saber que es omnipotente aquel que desconfía enteramente de sí mismo para confiar únicamente en Mí» (relato de la Gran Revelación de 16 de junio de 1675 en el «Retiro espiritual» del padre La Colombière).

«No se comprende, decían, cómo un hombre del talento del padre La Colombière se ha dejado engañar por las vanas imaginaciones de una joven melancólica»

CUATRO días después, el 21 de junio, viernes siguiente a la octava del Corpus, Margarita María y el padre Claudio se consagran al Corazón de Jesús. «Se consagró enteramente a este Corazón, y no suspiraba más que por hacerle amar, honrar y glorificar. Tengo para mí que esto fue lo que le elevó a tan alta perfección en tan poco tiempo» (carta 53 a la madre De Soudeilles).

Comenzaron las murmuraciones: «El Padre tuvo que sufrir mucho por mi causa. Decían que yo pretendía engañarlo con mis ilusiones; pero estos dichos le preocupaban muy poco... No se comprende, decían, cómo un hombre del talento del padre La Colombière se ha dejado engañar por las vanas imaginaciones de una joven melancólica» (F. J. Belda).

Al año y medio de su estancia, en septiembre de 1676, el padre La Chaise, estimando concluida la misión que le confiara en Paray, y siendo ya confesor y provisor de cargos eclesiásticos de Luis XIV, envía a Claudio la Colombière a Londres, en plena persecución contra los católicos, como predicador de la duquesa de York, Beatriz de Este, quien, como princesa real, según las capitulaciones matrimoniales, tenía derecho a un capellán católico en su palacio de Saint James. Tan desolada quedó Margarita María por la marcha de su confidente y director espiritual, que, muy dolida, fue a quejarse de su desamparo al Corazón de Jesús, de quien oyó: «*¿No te basto Yo, que soy tu principio y tu fin?*».

«Reconozco que Dios quiere servirse de mi debilidad para dar cumplimiento a sus deseos en orden a propagar la devoción a su Corazón»

EL 13 de octubre de 1676 llegó el padre Claudio al palacio de Saint James, residencia de los duques de York, y la capilla en que oficiaba y predicaba se convirtió en el único lugar en que los

católicos ingleses podían reunirse y oír misa. Allí comenzaría su misión: «¡Que no pueda, oh Dios mío, estar yo en todas partes, y publicar lo que vos esperáis de vuestros servidores y amigos!». «Reconozco que Dios quiere servirse de mi debilidad para dar cumplimiento a sus deseos en orden a propagar la devoción a su Corazón», de la que en su retiro de ejercicios de Londres de enero de 1677 escribe: «Ya la he inspirado a muchas personas en Inglaterra y he escrito a Francia, a uno de mis amigos, rogándole que dé a conocer su valor en el sitio donde se encuentra. Esta devoción será allí muy útil, y el gran número de almas escogidas que hay en esa comunidad me hace creer que el practicarla en dicha santa casa, será muy agradable a Dios».

San Claudio, por precaución, no nos dice a qué comunidad de Francia se refiere, pero al decir que ha escrito a uno de sus amigos, el docto padre Igartua, S.I., deduce que ha de ser una comunidad de jesuitas, y ¿cuál, sino, la del colegio de la Trinidad de Lyon, donde ha vivido la mayor parte de su vida anterior a Paray? Allí se hallaban los jóvenes novicios que, luego, a su retorno tras su expulsión, oírían de su propia voz lo que ya antes a alguno le habría anticipado por escrito desde Londres.

El tercer miércoles de cuaresma de 1677 el padre La Colombière invita a sus oyentes del palacio de Saint James a penetrar en el Corazón de Jesús, a tomar sus sentimientos, a imitar su silencio, su resignación, su amor por los enemigos. Describe sus dolores íntimos. No basta con lanzar una ojeada a su cuerpo desgarrado y atravesado por los clavos, hay que entrar en sus llagas, en su Corazón, océano de aflicción, abismo de confusión. «*Es a este Corazón afligido al que quiero dar toda mi ternura y ocuparme en mitigar sus dolorosas heridas. Sobre todo, quiero llorar con él tantos sufrimientos que serán inútiles, la desgracia de tantas almas rescatadas a tan alto precio y que se perderán para siempre.*»

«Cuando me vi en su presencia, creí encontrarme ante el apóstol san Juan vuelto a la tierra para encender el fuego del amor al Sagrado Corazón.»

DURANTE casi tres años Claudio la Colombière predica y comunica confidencialmente a sus dirigidos cómo hallar la fuerza con que afrontar la persecución en la confianza en el Sagrado Corazón de Jesús; y en uno de éstos sus sermones se contiene el famoso acto de confianza.

El mártir franciscano padre Wall acudió clandestinamente a la residencia del padre La Colombière y le dijo: «Vengo a buscar junto a usted la fortaleza y el consejo del Sagrado Corazón de Jesús; todo el país sabe que es usted su apóstol». El franciscano, que pocos meses después daría su sangre por la fe, cuenta: «*Cuando me vi en su presencia, creí encontrarme ante el apóstol san Juan vuelto a la tierra para encender*

el fuego del amor al Sagrado Corazón... su actitud me parecía la del discípulo amado al pie de la cruz, cuando la lanza traspasó el costado de su Señor y descubrió el sagrario de su ardiente amor». Tuvieron un largo coloquio y a su fin el padre Wall celebró misa ante la imagen del Corazón de Jesús que el padre La Colombière tenía en su oratorio privado.

Arruinada su salud por sus sacrificios y mortificaciones, le atacó la tuberculosis, que le provocó frecuentes vómitos de sangre. A finales de 1678 sería detenido, acusado de participar en el imaginario complot papista «*popish plot*» y encarcelado entre delincuentes en la lóbrega prisión de Kings Bench. Fue obligado a presenciar cómo eran ahorcados otros compañeros suyos jesuitas que hoy le acompañan en los altares como mártires, gracia que Claudio deseaba recibir: «¡Si se me concediese esta gracia que los sacerdotes ingleses están cosechando ahora en esta isla de las cruces!», pero, por su condición diplomática de capellán de la familia real, fue sólo expulsado de Inglaterra. Retorna a Francia minado por la tisis, y el antes joven brillante y prometedor jesuita es ahora ignorado y tenido por fracasado, sin destino ni provecho.

«El padre La Colombière que, como sabéis, es un santo, me dijo que, según todos los visos, lo que le pasaba a la hermana era de Dios» (M. Greyfié)

A su paso hacia Lyon paró en Dijon, donde se entrevistó con su confidente la madre De Saumaise, superiora de Margarita María durante los años de las grandes apariciones, con quien mantiene regular correspondencia: «Recuerde lo que se me ha recomendado respecto al viernes que sigue a la octava del Santísimo Sacramento. Estoy seguro que usted no lo olvidará» (carta desde Lyon de 26 de mayo de 1679), y al pasar por Paray puede hablar con Margarita María y cumplir de nuevo y hasta el fin su oficio de dar fe de la autenticidad de sus carismas, esta vez ante su nueva y reacia superiora, la madre Petronila Rosalía Greyfié, de quien dice el padre Hamón que «la había escogido el Señor para poner a prueba, todavía más, a la santa». La madre Greyfié escribe: «Para salir de la confusión en que me hallaba, hablé con el padre La Colombière, que, como sabéis, es un santo, el cual me dijo que, según todos los visos, lo que le pasaba a la hermana era de Dios.»

«El padre La Colombière sigue siempre muy mal... le cuesta mucho trabajo hablar; tal vez lo haga así nuestro Señor para tener más gusto y tiempo de hablar a su corazón» (carta de santa Margarita a la madre De Saumaise, 1682)

En Lyon pasó dos años, de 1679 a 1681, practicando el inmenso sacrificio de «*no hacer nada*» (carta 43). Sus superiores, para entretenerle, le encargaron

la dirección espiritual de un grupito de novicios jesuitas, a los que, como Elías a Eliseo, entregaría su capa y su carisma de anunciadores de los nuevos tiempos de misericordia que nos trae la devoción del Corazón de Jesús. Poco pensarían quienes se la dieron que tan pobre encomienda era el cauce escogido por el Corazón de Jesús para dar continuidad a sus proyectos. Cumplida su misión, el 15 de febrero de 1682, a los 41 años, víctima de la tuberculosis contraída en los duros inviernos de Londres, moría Claudio la Colombière en Paray-le-Monial, a donde le habían enviado a reponerse, pues, aunque pretendían llevarle a morir a Lyon, Margarita María pudo enviarle a tiempo un billete diciéndole que se quedase, porque Jesús le había dicho que quería el sacrificio de su vida en la ciudad de su Corazón, Paray-le-Monial.

Sólo habían transcurrido siete años desde que en 1675 el padre Claudio oyó de labios de santa Margarita hablar por primera vez del Corazón de Jesús, hasta que en 1682 le llamó a descansar dentro de Él, pero su divino encargo de ser el notario que da fe de la autenticidad sobrenatural de los hechos que conoce, transcribe y transmite, no terminó con su tránsito al cielo, sino que lo siguió cumpliendo eficazmente desde allí, y su apostolado, de hecho, sólo tras su muerte resultó providencialmente fecundo. Ni las predicaciones de Londres, ni las cartas a sus dirigidos, ni las confianzas del colegio de la Trinidad, conquistando a algunos jóvenes novicios, pueden compararse al impulso que alcanzó la difusión de la devoción con la edición de su libro del Retiro Espiritual.

«Confieso haber recibido del padre La Colombière grandes socorros, siéndome aún más favorable que cuando estaba acá en la tierra»

A los dos años de su muerte, en 1684, se publicaron en Lyon sus sermones y el Diario de sus Ejercicios Espirituales, en los que escribió: «Reconozco que Dios quería que le sirviera procurando el cumplimiento de sus deseos en lo referente a la devoción que ha inspirado a una persona a quien se comunica muy confiadamente y para la que ha querido servirse de mi debilidad...», y prosigue: «Habiéndose Dios manifestado a la persona que hay razón para creer que es según su Corazón, por las grandes gracias que le ha dispensado, ella me las explicó y yo la obligué a poner por escrito lo que me había dicho, y yo lo copié en el Diario de mis Ejercicios, por cuanto Dios quiere servirse de mis débiles cuidados en la ejecución de este designio». A continuación, sigue la relación de la gran aparición, a la que añadía Claudio un ofrecimiento y consagración al Sagrado Corazón.

El *Retiro* fue muy leído por la fama de santidad de su autor. El pasaje acerca de Margarita María, y la transcripción de la revelación, hicieron valer públicamente en favor de la nueva devoción lo que hasta entonces sólo se había dicho en privado. A partir de su

publicación todos los libros editados sobre el Sagrado Corazón incluirían el texto del *Retiro* del padre Claudio como autoridad de máxima solvencia, por lo que la devoción así avalada pasó a ser conocida no sólo en los conventos de la Visitación, sino también por muchos otros devotos. El terreno se hallaba preparado, y el apostolado directo de santa Margarita podía ya despegar sin más cautelas. «La superiora de Semur (la antigua y exigente superiora de Paray, madre Greyfié), que tiene una devoción admirable a este sagrado Corazón, ha hecho pintar un cuadro para la comunidad, le han erigido un altar y le tributan muchos cultos con grande fruto, habiendo abrazado tal devoción al oír leer el Retiro del R. P. La Colombière» (carta 45 a la madre De Saumaise, 20 de marzo de 1686).

«Conviene dirigirse a su fiel amigo, el buen padre La Colombière, al cual Jesús ha otorgado un gran poder, encargándole, por así decirlo, de lo concerniente a esta devoción»

DE la continuidad de la misión del padre Claudio desde el cielo pudo decir Margarita María: «Confidencialmente os confieso haber recibido de él grandes socorros, siéndome aún más favorable que cuando estaba acá en la tierra». —Y añadía—: «Conviene dirigirse a su fiel amigo, el buen padre La Colombière, al cual Jesús ha otorgado un gran poder, encargándole, por así decirlo, de lo concerniente a esta devoción... del Sagrado Corazón, que le ha hecho muy poderoso en el cielo, y le ha elevado en la gloria más que todo lo restante que hubiera podido hacer durante todo el curso de su vida» (carta 132 al padre Croiset, 15 de septiembre de 1689).

«¿No habría medio de conseguir que la Santa Sede apostólica aprobara la misa en honor del Divino Corazón?... Este es un punto muy importante, pero tengo esperanzas de que se consiga. No sé de quien se querrá servir para ello; pues ya muchos han visto frustrados sus intentos», se lamentaba Margarita María, no imaginándose que Jesús iba a servirse de su frustrada hermana en la Visitación de Nuestra Señora, María Beatriz de Módena, cautivada para la devoción por el «verdadero amigo del Corazón de Jesús» y confesor de ambas, san Claudio La Colombière. Esta desgraciada reina de Inglaterra, probada en la fidelidad a la Iglesia y en la adversidad del mundo, no conoció personalmente a Margarita María, pero, captada para la devoción por la palabra de su capellán predicador, a instancias de la madre De Saumaise y del padre Croiset, ante la negativa de otro monarca de más fama ante los hombres, que no ante Dios, sería quien pondría su firma al pie de la primera petición dirigida al papa para que se instituyese en la Iglesia la fiesta que pedía el Corazón de Jesús. Pero la historia de esta también «verdadera amiga», que parecería novelesca de no estar documentada en los libros, será ya objeto del próximo artículo.

Pro canonización del Padre Ramière, S.I.

EVARISTO PALOMAR MALDONADO

Evaristo Palomar Maldonado, profesor numerario de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense, es doctor por la Universidad Pontificia de Comillas, y obtuvo dicho grado presentando una tesis doctoral sobre el pensamiento sociológico y político del padre Enrique Ramière, S.I., el fundador del Apostolado de la Oración, el insigne apóstol del ideal del Reinado de Cristo en el mundo. Evaristo Palomar se ha sentido fundamentalmente impulsado a propugnar la idea de la oportunidad de que se procediese a promover la causa de beatificación y canonización de aquel santo jesuita y apóstol eminente del ideal de Cristo Rey, cuya vastísima tarea como escritor y periodista está indudablemente en el origen del movimiento que condujo en la Iglesia a la consagración del universo por León XIII al Sagrado Corazón de Jesús y a la institución en la liturgia por Pío XI de la solemnidad de Cristo Rey. En este sentido, propuso a la Asamblea de Schola Cordis Iesu del pasado 28 de diciembre de 2002 un acuerdo, que fue adoptado unánimemente, y cuya argumentación y motivación nos ha parecido oportuno dar a conocer a nuestros lectores.

EXPRESÁNDOME en un ámbito de confianza, como es el de la presente reunión de Schola Cordis Iesu, diré que el contenido y el sentido de la presente propuesta arranca de conversaciones mantenidas este verano pasado con el doctor Francisco Canals Vidal acerca de la íntima convicción de la santidad del padre Enrique Ramière, de la Compañía de Jesús. Y por razón de dicha íntima convicción, también del deseable reconocimiento con carácter público y universal de dicha santidad por la Sede Apostólica. Y cómo, ya que desde una atención a los escritos del padre Ramón Orlandis, comenzando por el fundamental de *Pensamientos y ocurrencias*, dicho deseo se puede afirmar en el mismo padre Orlandis.

Nuestro propósito es argumentar brevemente ante esta asamblea este deseo, y presentarlo al final como una propuesta que Schola Cordis Iesu ratifica, en su caso, y hace suya. No entro en los modos ni en los medios, que es ahora mismo una cuestión secundaria. De cara a la argumentación breve y escueta, recurro por este orden, primero al testimonio del padre Ramón Orlandis; segundo, al homenaje que tributó la revista *Cristiandad* al padre Ramière en 1951; tercero, al reconocimiento directo que de la doctrina y de la obra del padre Ramière ha proclamado la vida de la Iglesia y el mismo Magisterio romano, lo que toca a la vida de fe, por la oración y la liturgia pública, a la esperanza cristiana y la exigencia de la caridad divina tal y como se nos da por la vida en el Espíritu Santo del fiel cristiano. Añadiremos una consideración acerca de dicha convicción en las tareas asumidas en Francia por el Apostolado de la Oración, que culminarían en la obra dedicada al padre Ramière, de entre la que destacan los escritos de los padres Paul Dudon y Charles Parra, de la

Compañía de Jesús. Terminaremos con la lectura de la propuesta.

1.º El padre Ramón Orlandis, inspirador y curador primero de Schola Cordis Iesu, manifiesta certeza teológica acerca de la santidad de vida, de doctrina y de obra del padre Ramière. Lo afirma:

Primero: al desarrollar la segunda etapa, de las tres con que presenta la progresión de la devoción al Sagrado Corazón, se refiere al padre Ramière, como «el santo Padre Ramière, como lo llama el Padre Gignac», «lleno de celo y de caridad verdadera», «sin duda dirigido y llevado por el Espíritu de Dios», provisto de «tal luz y profundidad de doctrina».

Segundo: implícitamente se obtiene por los temas referidos como cultivados por el mismo padre Ramière, de entre los que destacamos, «el Corazón de Jesús es el centro de toda vida cristiana y espiritual por ser fuente y origen de todas las gracias y dones que Dios hace al hombre, de todos los beneficios que le otorga en orden a su santificación y divinización; el Corazón de Jesús es principio único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social en el reinado de su Amor». De donde se infiere, que como el efecto lo es por su causa, y como ponen de relieve los mismos escritos y obras, el padre Ramière no comunicaba sino lo que previamente vivía: comunicación íntima e inmensa de caridad con quien es Él mismo la fuente de toda nuestra vida cristiana y nos da plenamente el Espíritu Santo.

Tercero: quien atienda al entero escrito del padre Orlandis, observará que los hechos posteriores, y más recientes a nosotros mismos han venido a confirmarlo. Así, si habla de santa Margarita y Paray, veremos a S.S. Juan Pablo II en Paray volver sobre la promesa del Sagrado Corazón y con motivo de la canonización de

Claudio la Colombière, retomará de cara a la misma Compañía de Jesús la memoria del *munus suavissimum*. Pero de entre los que pueden señalarse, en la misma Compañía, como fiel a dicho encargo se destaca igualmente el padre Ramière. Por otro lado, la misma Iglesia ha reconocido un anhelo de hace años al reconocer como doctora de la Iglesia a santa Teresita del Niño Jesús. Digamos, pues, que el padre Orlandis colocaba al padre Ramière entre santas, santidad que el presente Pontificado ha proyectado todavía más en su eclesialidad, y que vienen a resaltar lo oportuno de la canonización del padre Enrique Ramière.

2.º La revista *Cristiandad*, en su homenaje al padre Ramière, le reconoce bajo el título y condición de apóstol eminente.

Como apóstol del Corazón de Jesús, apóstol de las Esperanzas de la Iglesia, apóstol de la realeza de Cristo, apóstol precursor de las modernas enseñanzas pontificias, «que vio en la devoción hacia el Corazón del Hombre-Dios el medio providencial para vencer el naturalismo y despertar en los cristianos la conciencia de su filiación divina, por la presencia en sus almas del espíritu de Dios, de aquel vivificante espíritu que hace de la Iglesia un solo Cuerpo con Cristo, y da a todos los fieles el poder y el deber de realizar por la oración y el sacrificio un apostolado de eficacia infinita; creador de teología de la historia, mostró que el reinado de Cristo es el fin del universo y de la historia; concibió el ideal de la sociedad terrena ordenada bajo la soberanía de Jesucristo».

Él inmediatamente lo reconoce como apóstol de la vida sobrenatural y apóstol de la consagración personal, social, eclesial y del mundo al Amor encarnado.

Tal vida apostólica, manifiesta ciertamente asistencia particular del Espíritu Santo, al insertarse plenamente, no en carisma de orden singular al servicio del bien común de la Iglesia universal, sino todavía y más allá, en el mismo Corazón y Vida común y universal de la Iglesia.

3.º Es justamente en lo que acaba de afirmarse donde se encuentra de manera más cumplida la santidad de vida, doctrina y obra del padre Ramière. Porque aun siendo verdad que el padre Ramière, por su nombre, no ha sido mencionado nunca en acto magisterial alguno, lo que, no simplemente ha subrayado o resaltado como más o menos importante, sino indicado como nuclear y vital de fe, esperanza y caridad cristiana, y como exigencia del Evangelio mismo, es la misma devoción al Corazón de Carne del Mesías, Rey por naturaleza y

a título de adquisición, a quien es debida consagración y reparación; Lábaro en quien hay que colocar todas nuestras esperanzas y cuyas son todas las naciones y pueblos, a cuya Iglesia le han sido entregados todos los medios de salvación y la misión de extenderse por el entero mundo al fin de congregar a todas las ovejas bajo un solo Pastor, como Cuerpo del que Cristo es la Cabeza, y cuya vida, la plenitud del Espíritu Santo, comunica por gracia a cada uno de los fieles en intimidad de vida real con la Santa Trinidad.

León XIII señalaba como el acto más importante de su pontificado la Consagración del mundo al Sagrado Corazón, que solicitada ya por el padre Ramière ante Pío IX, obtuvo sólo la consagración de la Iglesia, con amplísimo respaldo del episcopado universal, y cuya lectura consecratoria encomendó el mismo beato Pío IX al padre Ramière. San Pío X elevaba a lema el instaurar todo en Cristo, y Benedicto XV trazó los caminos de la paz en Cristo; que, a su vez, recogía en síntesis Pío XI, *la paz de Cristo en el reino de Cristo*, y proclamaba la festividad litúrgica de Cristo Rey, vinculada en su expansión eclesial a los trabajos del Apostolado de la Oración, llamando a la



par a la exigencia de la reparación. Pío XII, haciéndose eco de la vida de la Iglesia en el Amor del Corazón de Cristo, profundizaba los caminos del espíritu en la *Summi Pontificatus*, para penetrar el misterio de la Iglesia en la *Mystici Corporis Christi*, y presentar en todo su esplendor la caridad divina en la *Haurietis Aquas*. El padre Sebastián Tromp, S.I., indicaría que de las cuatro obras principales que habían confluído en la doctrina acerca de la Iglesia, dos eran del padre Ramière, *El Apostolado de la Oración* y *El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano*. Doctrina que fue asumida en el Concilio de Juan y Pablo, en la *Lumen Gentium*, y que recordaba Pablo VI en la *Ecclesiam Suam*, como a su vez ha insistido Juan Pablo II. Y este mismo pontífice ha confirmado lo anterior al mostrarnos en su enseñanza magisterial y en su práctica pastoral que los caminos de la Iglesia lo son de misericordia del buen Dios, que Cristo es el centro del cosmos y de la historia que ha entrado en nuestra vidas por medio de María Virgen para que tengamos vida plena. Y que todo está ordenado a Él.

Ahora, como nos enseña el Evangelio, «por sus frutos los conoceréis». Y tales frutos de vida de fe, de esperanza y de caridad no revelan sino la misma vida de fe, de esperanza y de caridad; de vida santa del padre Ramière bajo la dirección y guía del Espíritu Santo. Y

quien tanto ha hecho amar al Corazón de Jesús no era sino quien lo amaba tiernamente y en intimidad de vida y fidelidad a la propia vocación sacerdotal y religiosa en la Compañía de Jesús como hijo fidelísimo de san Ignacio, de la autoridad pontificia y episcopal, y de la Iglesia. Amando a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo, se entregó en dar a los hombres la plenitud de vida que es Cristo-Jesús, invitando al entero Pueblo de Dios a unirse en ofrenda a la misma ofrenda de Jesucristo por la salvación de las almas y el triunfo de la Iglesia. El ofrecimiento de obras ha conformado la vida presente de la Iglesia como consagración personal y social, siendo asumida como síntesis de toda la tarea personal a la que nos invita el Concilio Vaticano II: la *consecratio mundi*. El mismo había cultivado la consagración montfortiana en esclavitud a María Santísima, y desde el acto definitorio de la Inmaculada Concepción por el beato Pío IX se propuso afirmar la esperanza del entero Pueblo de Dios en el Corazón del Rey-Mesías.

Es conveniente declarar, en conformidad con lo expuesto, que el sentido de esta propuesta, vendría a retomar afirmaciones y convicciones ya sostenidas, entre otros lugares, por los trabajos del Apostolado de la Oración en Francia, que, concluyendo en la obra colectiva dedicada al padre Ramière en 1934, se hacían eco de la santidad del padre Enrique Ramière (*Le Père Henri Ramière*, Toulouse). Así, el padre Paul Dudon, en el prólogo a la obra referida, escribe: «Ceux qui le virent tout vivant le retrouveront dans ces pages, nous l'espérons, avec la sympathie qui rayonne de lui, et sa prodigieuse activité... Dans le ciel, où il repose en Dieu de ses grands labours, le P. Ramière nous pardonnera le retard mis à célébrer sa mémoire... Aussi ce livre, que le *Messenger* dépose humblement comme un tardif hommage de justice sur la tombe du P. Ramière, est-il encore plus un cri de reconnaissance au Coeur de Jésus, qui a daigné se donner un apôtre si ardent et si fidèle». Y el padre Parra, por su parte, al final de su esbozo biográfico, «Nous pouvons bien, nous, aux strophes qui précèdent, en ajouter une pour remercier Dieu de nous avoir donné le Père Ramière: il est de la race de ces hommes qui donnent nettement l'impression de la présence et de la action

divines» (p. 36).

Schola Cordis Iesu, en su vocación y misión, ha nacido, como de una de sus fuentes, sin desvincularse de Paray, antes al contrario, y en la universalidad del mensaje de la infancia espiritual de la doctora de la Iglesia, santa Teresita del Niño Jesús, de esta vida santa de fe, esperanza y caridad del padre Ramière. El padre Orlandis, al

final de sus *Pensamientos y ocurrencias*, retomaba los trabajos del padre Ramière como indicativos del tipo de labor apostólica que habrían de asumir en Schola quienes a ello se sintieran llamados. Y Francisco Canals Vidal, en el número de *Cristiandad* dedicado a la memoria de tan venerable sacerdote y apóstol, se refería a nuestro padre Ramón Orlandis como «continuidador del padre Ramière».

Parece así oportuno y congruente con la vocación y misión de Schola Cordis Iesu, concebida por el padre Orlandis, que como acto de religión, como acto de piedad y de justicia, que Schola Cordis Iesu reconociendo y proclamando íntima y vitalmente la santidad del padre Ramière, tomándolo como intercesor y amigo fiel y tierno del Corazón de Jesús, haga suya la siguiente propuesta:

«La presente asamblea de Schola Cordis Iesu, oída la propuesta que a ella se presenta acerca de la convicción de la santidad de vida de fe, esperanza y caridad, y de la santidad de doctrina y obras del padre Enrique Ramière, sacerdote y religioso de la Compañía de Jesús, hace suya dicha convicción, y toma el acuerdo de elevar a la Sede Apostólica el que Ella se digne proclamar pública y universalmente que el padre Enrique Ramière, insigne apóstol del Corazón de Jesús, de las esperanzas de la Iglesia, de la realeza de Cristo y precursor de las modernas enseñanzas pontificias, goza ya de la visión de Dios con los santos del cielo, para gloria de la Trinidad Santa y del Divino Corazón y exaltación de la santa fe católica».



El culto de la Divina Misericordia en el mensaje de sor Faustina Kowalska

MARCIN KAZMIERCZAK

¿Quién fue sor Faustina?

PARA averiguar quién fue Faustina Kowalska hay que remontarse hasta los principios del siglo XX. Es entonces, en el año 1905, cuando en la aldea de Glogowiec, cerca de Lodz, en el territorio del antiguo reino de Polonia anexionado por tres ocupantes (Rusia, Prusia y Austria) en la parte perteneciente a Rusia nace Elena Kowalska. Es la tercera de los diez hijos que tienen Marianna y Estanislao Kowalski. Es una familia muy modesta que se mantiene a base de una pequeña granja agrícola y del trabajo de Estanislao que es carpintero. Es en el seno de la familia donde la pequeña Elena, futura sor Faustina, recibe la educación católica, explicada de una manera sencilla pero vivida con intensidad.

En el año 1917, a la edad de trece años, ingresa en la escuela primaria (recién construida en Glogowa) donde estudiará durante tres años, lo cual le permitirá, al menos, aprender a escribir, dato de suma importancia, puesto que, de lo contrario, no hubiera podido transmitir el mensaje de la Divina Misericordia por escrito. Con dieciséis años, no obstante, tendrá que abandonar la escuela y emprender el trabajo de ayuda doméstica para ayudar a sus padres. Ya a la edad de los siete años siente por primera vez la llamada a la vida religiosa. Sin embargo, por una serie de circunstancias tardará hasta el año 1925 en ser aceptada a la Congregación de la Madre de Dios de la Misericordia en Varsovia. Desde entonces hasta el año de su muerte, 1938, vivirá su vida religiosa con gran fidelidad a las reglas de la congregación dedicándose a la oración y —al ser lega— a labores muy sencillas: trabaja de jardinera, cocinera y portera en diversas casas de la congregación, en Varsovia, Vilna, Cracovia, Plock y otras ciudades.

Hasta su muerte, causada por la tuberculosis, nadie, excepto sus sucesivos directores espirituales y sus superiores no sospecha ni siquiera de la gran riqueza de la vida mística que en el silencio de su corazón vive esta monja humilde y trabajadora. Es sólo después de su muerte que se da a conocer el contenido de su *Diario espiritual* a algunos especialistas en teología, quienes, sin embargo, por aquel entonces no lo consideran digno de una atención especial. De este modo, la persona de sor Faustina cae en el olvido para muchos años, aunque, gracias a la acción popularizadora de uno de sus confesores, padre Miguel Sopocho de Vilna, el culto de la Divina Misericordia se va extendiendo en sus formas básicas inicialmente por las tierras polacas y, más adelante, a través de los emigrantes de la segunda

guerra mundial, por los Estados Unidos y los demás países del mundo. De este modo, el desarrollo inicial del culto tiene carácter popular, se desenvuelve «desde abajo», sin apoyo y reconocimiento de las autoridades eclesiales y en desconexión de la persona de sor Faustina, la cual sigue siendo muy poco conocida. Según afirma sor Beatriz Piekut¹ fue el interés del cardenal arzobispo de Cracovia y futuro obispo de Roma, Karol Wojtyla, el que llevó a la revisión de la posición oficial de las autoridades eclesiásticas acerca del culto y de la religiosa que fue escogida para divulgarlo. La solicitud llevada por Wojtyla al Vaticano en 1965 trae como resultado la apertura del proceso informativo sobre la vida de sor Faustina. En consecuencia, el mismo Karol Wojtyla pero ya en calidad de Papa lleva a cabo la beatificación (1993) y, a continuación, la canonización de sor Faustina (2000).

¿En qué consiste el culto a la Divina Misericordia?

LA fuente principal de nuestro conocimiento de la vida espiritual y del mensaje confiado a sor Faustina la constituye su *Diario espiritual* en el cual, siguiendo las órdenes de su confesor, padre Sopocho SI, fue anotando sus visiones y sus experiencias sobrenaturales desde el año 1934 hasta 1938, el año de su muerte. Este Diario comprende más de 600 páginas y está escrito con un estilo que a menudo está marcado por cierta exaltación mística y, por lo tanto, en sí, difícilmente se adecua a un análisis teológico. Por esas razones para explicar en términos breves la esencia del mensaje sobre la Divina Misericordia incluido en el *Diario* es aconsejable consultar la obra del padre Ignacy Rozycki, quien en los años setenta efectuó un profundo análisis teológico del *Diario* en su trabajo: *La Divina Misericordia. Líneas fundamentales de la devoción a la Divina Misericordia*.² En

1. Sor Beatriz Piekut (nacida en 1917) conoció personalmente a sor Faustina en la casa de Walendow (provincia de Varsovia) en el año 1936. A partir del año 1965 fue responsable de mano del cardenal Wojtyla por el proceso informativo acerca de sor Faustina y, a continuación, postuladora general de la causa de la santidad. Hoy tiene 85 años. Concedió la entrevista al autor de este artículo el día 3 de enero de 2003 en la casa de la Congregación de las Hermanas de la Madre de Dios de la Misericordia en Cracovia-Lagiewniki.

2. Editorial de la Congregación de las Hermanas de la Madre de Dios de la Misericordia, Cracovia, 1982.

este trabajo, que resultó altamente convincente a los ojos de los teólogos-censores de la Congregación de la Causa de los Santos, el padre Rozycki define el objeto del culto de la Divina Misericordia, las condiciones necesarias para ser devoto de este culto, así como las cinco formas de practicar el culto reveladas en el Diario.

El objeto del culto

SEGÚN el padre Rozycki la Divina Misericordia es amor, bondad, piedad y, al adorar la Divina Misericordia adoramos al mismo Dios. A la luz de la doctrina católica Dios es absolutamente simple, «no hay en Él partes», es decir, «todo lo que hay en Dios es Dios». Por consiguiente, Dios no sólo es sabio, sino que es «la Sabiduría»; no sólo es omnipotente sino que es «la Omnipotencia»; no sólo muestra su Providencia al mundo, sino que es la Providencia; no sólo nos ama, sino que es el Amor, la Misericordia, que son lo mismo que Dios y tienen derecho a la adoración religiosa por parte nuestra». ³ Además la Misericordia de Dios Uno y Trino, tiene atributos exclusivos de Dios; es *inconcebible, insondable, indecible e infinita*. Y aunque se trate de la misericordia de Dios en la Santísima Trinidad, *Jesucristo* es la persona privilegiada en esta devoción porque todas las formas nuevas del culto a la Divina Misericordia se relacionan con su persona. Este lugar particular de Jesucristo en la devoción a la Divina Misericordia se justifica a través de las palabras del Evangelio «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí». (Juan 14,6). Por lo tanto, es correcto aplicar al culto de la Divina Misericordia un otro nombre equivalente que es el de la devoción a Jesús Misericordioso.

Jesús expresa su Misericordia en una de las apariciones a sor Faustina el 15 de julio de 1937: «(...) *Tu miseria no es un obstáculo para mi misericordia. (...) Cuanto más grande es la miseria de un alma tanto más grande es el derecho que tiene a mi misericordia. Invita a todas las almas a confiar en el inconcebible abismo de mi misericordia, porque deseo salvarlas a todas. En la cruz, la Fuente de Mi Misericordia fue abierta de par en par por la lanza para todas las almas, no he excluido a ninguna*» (D. 1182).⁴

De esta manera, la Divina Misericordia se nos pre-

3. I. Rozycki, op. cit. p. 8.

4. F. Kowalska, *Diario. La Divina Misericordia en mi alma*, Editorial de los Padres Marianos de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María. 2ª ed., Stockbridge, Massachusetts, 1997. Trad. E. Bylicka. Todas las citas del *Diario* presentes en este artículo provienen de esta edición. El número entre paréntesis que sigue a la letra *D* indica el punto del *Diario*.

senta como accesible a todos los hombres, independientemente de su condición material o moral y, sobre todo, resulta más grande que el pecado humano. Ninguna de las terribles atrocidades cometidas por los individuos y por todas las naciones tiene la capacidad de frenar el continuo flujo del manantial de las gracias. La misericordia y el amor Divinos superan con creces el odio del enemigo de la naturaleza humana y el abismo del pecado del hombre.

La confianza como primera condición del culto

LA primera y la más importante condición y exigencia vinculada con este culto es la *confianza en Dios*. En ella consiste la esencia de la devoción. La confianza, según explica el padre Rozycki está relacionada con la fe, la esperanza, la humildad y la contrición. Al mismo tiempo, según afirma el teólogo, es la más difícil de todas las virtudes. Es la espera voluntaria, humilde, inalterable y animada por la fe, de la benevolencia de Dios.⁵ La confirmación de este papel vital de la confianza para la práctica del culto se encuentra en el *Diario*: «*Las gracias de mi Misericordia se toman con un solo recipiente y éste es la confianza. Cuanto más confíe un alma, tanto más recibirá*» (1578).⁶ Hablando de la confianza a la luz del *Diario* merece la pena destacar cierta dinámica en la relación mística entre el alma y Dios. Esta dinámica presente a lo largo del *Diario* consiste en el contraste entre la miseria del alma y la grandeza de la Divina Misericordia. La confianza en la infinita bondad de su Señor lleva a sor Faustina a escribir las frases siguientes:

«*Aunque tuviera en mi conciencia los pecados del mundo entero y los pecados de todas las almas condenadas, a pesar de todo esto, no dudaría de la bondad de Dios*» (D 1552).

Al margen de esta cita se impone la inevitable analogía entre esta exclamación de sor Faustina y el poema de Santa Teresa de Lisieux:

*Moi si j'avais commis tous les crimes possibles,
je garderais toujours la même confiance,
car je sais bien que cette multitude d'offences
n'est qu'une goutte d'eau
dans un brésier ardent.*⁷

5. Véase el comentario de E. Siepak, *De la vida cotidiana ha hecho una vida extraordinaria*, Cracovia, Congregación de las Hermanas de la Madre de Dios de la Divina Misericordia, 1995, pp. 57 ss.

6. De hecho, según los estudios del padre Rozycki, hay 43 pasajes del *Diario* en los cuales Jesús anima, invita y exige a sor Faustina y a toda la humanidad la actitud de confianza. La información según E. Siepak, *De la vida cotidiana...* op. cit., p. 62.

7. Si yo hubiera cometido todos los crímenes posibles/ Con-

Esta analogía constituye una prueba de que la espiritualidad de sor Faustina, se inscribe en una cadena de revelaciones y expresiones espirituales, a través de las cuales, el Señor vuelve a corroborar las mismas verdades de siempre; sobre todo la más importante verdad referente a su amor paterno, infinito e incondicional por el hombre real, tal como es, a pesar de su miseria, sus limitaciones, hasta su pecado y su infidelidad.

En otro pasaje sor Faustina vuelve a insistir sobre el mismo aspecto de la relación de su alma con su Amado:

«El conocimiento de mi miseria me permite conocer al mismo tiempo el abismo de Tu Misericordia. En mi vida interior con un ojo miro hacia el abismo de miseria y de bajeza que soy yo, y con el otro hacia el abismo de tu Misericordia, oh Dios» (D 56).

Al darse cuenta de este contraste el alma acepta la insistente invitación del Señor a acoger su perdón y su gracia y, de este modo, ir haciéndose partícipe de la naturaleza divina que Dios, en su generosidad y su amor oblativo, quiere compartir con el alma. En trueque, el alma consciente de su condición, entrega al Creador sus miserias, sus imperfecciones, sus pecados. El Señor se hace partícipe de estas cosas en el sentido de dejarse crucificar por ellas en el Gólgota hace dos mil años y, actualmente, en cada Eucaristía. De ahí la gran importancia que tiene para sor Faustina la vida sacramental y la Eucaristía en particular.⁸

La última nota del *Diario* de alguna manera resume esta dinámica y, al mismo tiempo, constituye un particular «testamento de confianza», fruto del continuo ejercicio en esta virtud a lo largo de la vida de la Santa. Poco antes de su muerte una vez más se dirige a Jesús:

«Y aunque soy una gran miseria, no Te tengo miedo, porque conozco bien Tu Misericordia. Nada me alejará de ti, oh Dios» (1803).

La misericordia para con el prójimo

LA contundente insistencia en la misericordia para con el prójimo constituye el segundo pilar de la espiritualidad basada en el culto a la Divina Misericordia. De este modo, el estilo de vida de los devotos de este culto adquiere una geometría cruciforme: su dimensión vertical es la relación con Dios marcada por la confianza que deriva de la apertura y la acogida

de la Divina Misericordia. Su dimensión horizontal reposa en la relación con los demás hombres marcada por el deseo de transmitirles la misericordia a través de una actitud marcada por la caridad. Por lo tanto, las dos dimensiones están estrictamente conectadas. Quien ha recibido el perdón, a su vez debe perdonar; quien ha sido consolado, debe llevar el consuelo a los demás; quien ha abierto su corazón a las infinitas gracias de la Misericordia Divina debe sentir el deseo de ser misericordioso para con los demás. En el *Diario* Jesús propone a sor Faustina tres maneras de practicar la misericordia: a través de los actos, a través de la palabra y a través de la oración.

El padre Rozycki considera fundamental la puesta en práctica de estas dos exigencias:

«Cada acto de veneración a la Divina Misericordia tiene que expresar la confianza y debe ir unido a la práctica de la misericordia para con el prójimo. Sólo en este caso el devoto podrá beneficiarse de las promesas que Jesús vinculó a esta devoción»⁹ (I. Rozycki P.).

A la luz de esta afirmación contundente, nos damos cuenta de que la práctica de las nuevas formas del culto a la Divina Misericordia exentas del fundamento de confianza y misericordia para con el prójimo podrían derivar en una espiritualidad superficial, caracterizada por un sentimentalismo religioso exento de un contenido sólido. O, en otras palabras, la manera más eficaz de practicar este culto consiste precisamente en ejercitarse en la virtud de la confianza acompañada por las obras de caridad.

En el *Diario* de Sor Faustina están descritas varias formas nuevas del culto a la Divina Misericordia, cuyo objetivo es ayudar a los creyentes a vivir más plenamente su relación con Dios Misericordioso. Cada una de estas formas de culto viene acompañada de unas promesas extraordinarias hechas por Jesús a ella misma. Sin embargo, para no extender demasiado este artículo la descripción de las cinco principales formas de culto y de las promesas que las acompañan será tema de otro artículo.

Juan Pablo II y la devoción de la Divina Misericordia

EL papel de Karol Wojtyła en la reapertura del proceso informativo sobre sor Faustina ha sido mencionado al inicio de este artículo. También hemos dicho que fue el mismo Karol Wojtyła, pero ya en tanto que Papa, quien efectuó la beatificación y la canonización de su compatriota. No obstante, su papel en la divulgación de este culto no se limita a estos acontecimientos. El culto de la Divina Misericordia, según

tinuaría teniendo la misma confianza/ pues sé seguro que esta multitud de ofensas/ no es sino un gota de agua/ en una llama ardiente.

8. Véase el *Diario* los puntos 105, 223, 355, 356, 814, 826, 1324, 1509, 1569, 1718 y otros.

9. I. Rozycki, op. cit. p. 19.

él mismo afirma, ha marcado de una manera particular todo su pontificado. En Collevaleza, Italia, tres años después de su elección se dirigió a la muchedumbre en los siguientes términos: «Dios, desde el inicio de mi pontificado, me encargó, especialmente, difundir Su Misericordia». Según asegura sor Beatriz Piekut fue también Juan Pablo II quien, en los años ochenta, incentivó la Congregación y al obispo de la diócesis de Cracovia, cardenal Francisco Macharski, a emprender la construcción de la magnífica basílica de la Divina Misericordia en Cracovia-Lagiewniki, junto al convento donde sor Faustina vivió los últimos años de su vida y donde hasta hoy yacen sus restos mortales. La construcción finalmente se llevó a cabo y a mediados del año 2002 la basílica acogía a los primeros peregrinos convirtiéndose con una velocidad vertiginosa en uno de los principales centros de peregrinación y del culto religioso en toda Polonia, comparable tan sólo con el santuario mariano de Czestochowa. En estos momentos hay también cada vez más visitantes que vienen del extranjero para aprovechar la oportunidad de contemplar delante del cuadro de Jesús Misericordioso, rezar junto a la tumba de santa Faustina y adquirir los materiales de estudio sobre el culto accesibles en todas las lenguas importantes, español incluido.

El impulso para este afán peregrino lo ha dado el mismo papa Juan Pablo II quien, el día 17 de agosto de 2002, acudió desde Roma a Lagiewniki para bendecir la recién construida basílica, poniendo énfasis una vez más en la dimensión universal de la espiritualidad que emanó desde allí. Durante la homilía dijo unas palabras de una gran trascendencia que resonaron en los corazones de sus compatriotas y de los devotos de la Divina Misericordia repartidos por el mundo entero:

*He venido aquí para celebrar el acto solemne de entregar el mundo entero a la Divina Misericordia. Es mi profundo deseo que el mensaje de la Divina Misericordia que fue transmitido aquí a través de sor Faustina, llegue a todos los habitantes de la tierra y llene sus corazones de esperanza. Y que, de esta manera, se cumpla la promesa de Jesucristo que de este lugar saldrá la chispa, la cual preparará el mundo para su última venida.*¹⁰

10. Estas frases del Santo Padre sin duda hacen referencia al siguiente punto del *Diario*: «*He amado a Polonia de modo especial y si obedece Mi voluntad, la enalteceré en poder y en santidad. De ella saldrá una chispa que preparará el mundo para Mi última venida*» (D. 1732)

Al acabar el acto solemne el Papa, como es costumbre, especialmente cuando comparece delante de sus paisanos, se permitió una reflexión de carácter personal, que indica la existencia de una misteriosa vinculación de su vida con el culto de la Divina Misericordia desde su juventud más tierna. «Durante la ocupación nazi —explica el papa anciano— como chico joven, de 20 años, muchas veces pasaba por este convento en mi camino hacia la cercana cantera Solvay.¹¹ Me acuerdo bien de este camino. Lo estaba recorriendo en unas botas de madera. ¿Quién hubiera podido imaginar que este muchacho con las botas de madera algún día estaría aquí consagrando la basílica de la Divina Misericordia en tanto que Papa?».

La divina-humana paradoja

AL acabar volvamos una vez más a insistir en este rasgo de la espiritualidad de sor Faustina que, según el parecer del autor de este artículo, es el más destacable, a saber, el intercambio amoroso de la *miseria humana* con la *Misericordia Divina* en el espíritu de una confianza filial. Cuando la enfermedad va debilitando inexorablemente el cuerpo de la joven religiosa, una vez más se da cuenta de su miseria física y, sobre todo, espiritual. Escribe en junio de 1938 las palabras que le ha dirigido Jesucristo: «*Soy para ti la Misericordia misma, por lo tanto, te pido que me ofrezcas tu miseria y esta impotencia tuya, y con esto alegrarás mi corazón*» (D. 1775). Esta confesión nos permite concluir que Jesús no sólo acepta la miseria humana sino que, en cierto modo, admite anhelarla.¹² Quizás se pueda decir que el Todopoderoso, en su inexplicable humildad, necesita que el hombre le entregue su miseria para poder obsequiarle a cambio con su infinita Misericordia. Si esto fuera cierto podríamos llegar a la conclusión siguiente: si bien es evidente para todo cristiano que la miseria humana tiene necesidad de la Misericordia Divina, en cambio, no deja de sorprender, chocar y asombrar el hecho de que la Misericordia de Dios «tenga necesidad» de la miseria humana.

11. Karol Wojtyla trabajó en la cantera Solvay como un simple obrero durante la ocupación nazi en Polonia.

12. Este amor por los pecadores queda patente en el Evangelio: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. Yo no he venido a llamar a justos sino a pecadores» (Mc 2,17) o «Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19,9), etc.

Los cristianos y la Constitución europea

ANSELMO A. NAVARRETE, OSB

ESTAMOS asistiendo a un intercambio de opiniones entre laicos y creyentes acerca de si en la Constitución europea, actualmente en fase de redacción, ha de figurar el nombre de Dios, o si se ha de incluir la alusión a la tradición cristiana de los pueblos del continente. Entre los creyentes que han expresado su opinión es general la idea de que sería suficientemente satisfactoria la inserción de uno u otro de estos referentes, habida cuenta de la evolución de las ideas religiosas en los últimos tiempos. Ahora bien, esa evolución no puede erradicar ciertas afirmaciones cristianas básicas acerca del orden propio de la sociedad humana que, por ello mismo, se hace preciso reafirmar.

Por otra parte, esta Constitución vendrá a ser la última palabra de Europa sobre sí misma después de una historia multiseular; por tanto, una ocasión para pronunciarse sobre su voluntad de permanecer en la órbita cristiana o de alejarse definitivamente de ella. Tal será el rasgo que la marque de manera más determinante, más allá de sus contenidos sobre la estructura orgánica y la filosofía política por las que opte. También por ello, este debate debe ser elevado a niveles de reflexión y compromiso más altos que los que normalmente se adoptan.

La soberanía de Dios

Una cosa es que, en el marco de la legalidad común, los cristianos renuncien a una situación de privilegio como grupo confesional. En cuanto miembros de un Estado laico, nacional o plurinacional (Europa), han de someterse a las leyes comunes, a la vez que postulan que éstas respeten activamente el libre ejercicio de la fe. Pero sería incoherente que las libertades y derechos que afirman corresponderles los entendieran referidos a ellos pero no también a Dios. Derechos que si, en su caso, son relativos, han de declarar absolutos para Dios a quien, en consecuencia con su fe, saben que pertenece la primacía única en todo el orden creado, del que forma parte el político. Y ello no sólo como un derecho: se trata de una exigencia natural y axiomática, derivada de la singularidad impar y suprema de Dios.

Sea o no acogida esa pretensión, por parte del cristiano no es renunciable la profesión explícita de esta autoridad soberana que corresponde al Dios único y verdadero. Ello pertenece al núcleo de su fe, pero es también la referencia más alta de todo hombre y de toda sociedad. La primera legitimidad cuya salvaguarda le incumbe es la que tiene por objeto a Dios en cuanto fundamento de toda construcción humana. Aunque esto sólo fuera evidente para el cristiano, cuando lo que está en

discusión es el reconocimiento o rechazo de esta supremacía en el ordenamiento de la colectividad social, el creyente es requerido para reivindicarla «a tiempo y a destiempo». No hacerlo así significaría que la eliminación pública de Dios deja indiferentes incluso a los que se dicen sus fieles. Lo cual representaría la justificación definitiva para llevar a cabo esa tentativa.

A partir de esta premisa, el pronunciamiento de los cristianos en relación con la construcción de la comunidad europea y con la presencia o exclusión de Dios en lo que será su Ley fundamental, parece que debe ir algo más allá de las requerimientos que habitualmente escuchamos: inclusión en ella de evocaciones históricas, fáciles de admitir porque no suponen ningún compromiso para el presente, o propuestas de corte humanista, en el campo político, social y cultural, más o menos equiparables a las de otras corrientes de pensamiento. La conciencia cristiana ha de actuar en nombre de lo irrenunciable. Es una responsabilidad que desafía todo el significado de su fe, y que le obliga a confesar de manera absoluta al Absoluto que está por encima de todas las realidades humanas. Al hacerlo así habla simultáneamente en nombre de Dios y en representación de la humanidad, lo cual representa un apremio decisivo a su testimonio acerca de Él en el mundo, en cualquier tiempo y circunstancia.

Por esta razón, el cristiano no puede contentarse con demandar que el nuevo marco jurídico reconozca su derecho de ciudadanía mediante las correspondientes libertades religiosas. Ante lo que se pone en juego con esta Constitución lo que se espera de él es la renovación pública de estas afirmaciones. El primer derecho que ha de invocar, a favor de todos, es la libertad de Dios entre los hombres, sea en la conciencia individual o en la vida colectiva. Libertad para estar entre ellos como quien es: Origen y Destino, Padre y Señor, Camino, Verdad y Vida, Justicia y Libertad de los hombres.

El orden político y Dios

POR la propia naturaleza de las cosas ninguna instancia humana, en cualquier escala que sea, está capacitada para excluir o poner límites a esa presencia de Dios, o para someter al principio de igualdad a quien está por encima de todos: a Aquel de quien procede todo derecho porque es Él mismo la Ley y el Orden fundantes, puesto que Él es quien «trae el derecho a todas las naciones»; Aquel a quien ha sido dado y de quien procede todo poder; al que es el primer Ciudadano del Mundo.

Dios no puede ser objeto, en el mejor de los casos,

de los criterios de tolerancia que señalan su puesto en el Olimpo común, donde la mentalidad secular recluye todo lo que tiene nombre divino. Esto lo deben recordar también los cristianos cuando admiten la concepción laica del Estado. Como los profetas del Antiguo Testamento y como el propio Yahvé, han de levantar la voz para advertir que el intento de colocar a Dios en el mismo altar de las deidades circunvecinas, en paridad de derechos con las restantes confesiones religiosas, constituye un sacrilegio, aunque la democracia considere esta acción como su derecho y obligación inalienables.

Se ha producido así una verdadera inversión que sacraliza la concepción democrática en cuyo nombre la soberanía de Cristo es sometida a la preponderancia del Estado. La democracia se considera investida de capacidad para hacer prevalecer sus principios sobre las leyes divinas, a las que no reconoce en su ámbito, lo que da por resultado la incompatibilidad de la democracia con Dios y la prevalencia de las opciones humanas sobre los derechos divinos. La democracia juzga que actúa en consecuencia consigo misma cuando pone a Dios al nivel de todos los ciudadanos de acuerdo con los principios constitucionales: la igualdad entre todos los individuos, ideas y religiones no permite ningún privilegio para Dios; «como si Dios no existiese», dicen los intérpretes del dogma democrático. Nos habían asegurado que ya no había absolutos, ni siquiera el de Dios, pero ahí está la Razón democrática; ella sí que es categóricamente incuestionable cuando asigna a Dios «el lugar que le corresponde». Europa había sido la segunda patria de Cristo, pero en ella se cumplen de nuevo sus propias palabras: «sólo en su tierra y en su casa desprecian a un profeta» (Mt 13,57).

De hecho, los creyentes cristianos deben saber señalar los límites de cualquier proyecto humano, entre ellos el de la organización política, cuando invocan la autonomía frente a Dios, o pretenden incluirlo entre los sujetos a los que quiere extender sus leyes igualitarias. La fe cristiana no puede aceptar la idolatría de lo relativo: culturas, ideologías, credos y sistemas políticos, mientras se relativiza la Realidad Suprema, ante la cual se repite la actitud de los judíos frente a Cristo: «no queremos que Éste reine sobre nosotros». Y ello por la misma razón que entonces: es necesario que Él muera, que Dios quede neutralizado, para que sobreviva el pueblo soberano, o más exactamente, para que el poder del Estado no tenga que reconocer ninguno otro superior a él, lo cual lo eleva a la condición de verdadero Estado absoluto, absolutista por tanto, aunque se pretenda democrático.

La exclusión de Dios no viene exigida por la naturaleza de la democracia, ni el reconocimiento de su soberanía es contradictorio con la separación de competencias y obediencias entre la esfera civil y la espiritual. Ciertamente que el ordenamiento propio de la vida política y el de la Iglesia constituyen planos formalmente diferenciados, que han de gestionarse con recíproca independencia institucional. Ahora bien, para el cristiano

no está dicho todo cuando ha reconocido esta autonomía de la administración estatal. Ha de añadir dos cosas: que Dios está «por encima de todo principado, poder y autoridad» (Ef 1,21; Col 2,10), y que, al igual que el individuo, tampoco ella genera por sí misma el régimen moral propio de los actos humanos, sean privados o públicos. Su origen y sus preceptos derivan del Dios Creador y Salvador, artífice y restaurador del orden humano. Aquí la subordinación no puede ser cuestionable, de manera que la autonomía de la jurisdicción civil tiene esta suprema limitación, que es más bien la oportunidad por excelencia dada a la rectitud, a la libertad y a la sabiduría del régimen político.

Es sólo la determinación arbitraria de los poderes temporales la que establece que Dios sea relegado de la colectividad estatal con el argumento de que el poder de la misma se rige por su propio fuero, o de que en ella deben tener acogida, en igual medida, todos los que no se reconocen en la misma fe. Con lo cual, en ella tienen cabida todos los hombres menos, al parecer, el «Hijo del Hombre», Aquel ante quien un representante de Roma hubo de reconocer: «este es el Hombre», para, seguidamente, condenarlo a muerte, porque la autoridad imperial y, en ocasiones, la sacerdotal no toleran competidores.

Este Hombre por excelencia, Cristo, no quiere para sí el reino de la tierra, pero sí que se reconozca el Reino de Dios, encarnado en las conciencias y en las instituciones humanas. Su señorío no estorba al que legítimamente ejerce los poderes humanos, cuya autoridad emana de la suya, pues Él es el «Príncipe de los reyes de la tierra» (Ap 1,5), Aquel que es «cabeza de todo principado y autoridad (Col 2,10), «ante quien se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos» (Flp 2,10), y «por quien reinan los reyes y los príncipes dan leyes justas» (Prov 8,15). Lo que no impide que Él mismo solicite el reconocimiento y obediencia explícitos hacia el poder establecido: «dad al Cesar lo que es del Cesar», como Pablo habría de reiterar: «todos se someterán a las autoridades constituidas» (Rom 13,1-7,17; cf Col 3,22-24; 1 Pe 2,13,18). Sumisión que, sin embargo, alcanza tanto a los súbditos como a los gobernantes: «Prestad atención los que domináis los pueblos y alardeáis de multitud de súbditos: el poder os viene del Señor y el mando del Altísimo... os lo digo a vosotros, soberanos, a ver si aprendéis a ser sabios» (Sab 6,2-11).¹

Va a suceder que la Unión Europea estará constituida por una comunidad de naciones que en el pasado y en el presente, y tanto al este como al oeste, han sido y son todavía pueblos de tradición mayoritariamente cristia-

1. Estas ideas no pertenecen a ningún fundamentalismo, a no ser que se considere tal la doctrina de la Escritura o del Concilio Vaticano II. Sobre el pensamiento de la primera acerca de la potestad universal y suprema de Dios y de Cristo pueden verse, entre otros textos: Ex 5,1-2; 6,29; Dt 1,17; 10,14, 17,20; Sal 65,8;66;71;95;109; Is 42,1-9; 49,1-7; Sab 9,7; Dan 4,22-23; Mt 11,27; 28,18; Jn 18,37; 19,19; Hch 10,42; Rm 15,12; 1 Cor 3,11; 15,25-27; Ef 1,10, 21-23; 3,15; Flp 2,9-10; Heb

na. La nueva Europa será histórica, sociológica y culturalmente una sociedad de rasgos cristianos, de los que cada palmo de su suelo e infinitos retazos de su espíritu están todavía saturados, si bien a veces semiocultos por la marea negra que se ha abatido sobre ellos. Una tradición sin duda debilitada, pero de arraigo muy superior a cualquier otra forma de ideología o cultura, que sólo se han aclimatado con fuerza en círculos minoritarios aunque, por ser dueños de la opinión pública, parezcan dominarlo todo.

Pero, además, esto ocurre cuando el pilar ideológico de los últimos siglos, la modernidad, se ha declarado a sí misma en quiebra, a la que ha seguido el desmoronamiento de uno de sus productos más genuinos: el marxismo. Bajo el mismo impulso, las luces de la Ilustración se han apagado, por más que muchos, incrédulos y hasta cristianos, finjan ignorarlo y pidan que sigan alumbrando los caminos de Europa. Por lo demás, el desplome de los sistemas ideológicos arrastra con ellos su núcleo común: el ateísmo fundamental que los ha nutrido. De él queda el agnosticismo, un neopaganismo difuso y un incipiente sincretismo religioso, que están siendo utilizados como elementos para anular el peso de la tradición cristiana, hacia la cual los presuntos demócratas reservan una irreductible intolerancia, tanto intelectual como política.

«Jesucristo es Señor»

Lo que ha de comprenderse en relación con la Constitución europea en proyecto es que, en lugar de reafirmar una concepción de Europa acorde con el Evangelio que ha nutrido durante tanto tiempo el espíritu de sus pueblos, puede significar el refrendo definitivo a la deserción en la fe, a la que se ha venido empujando a muchos de ellos, ahora formalizada finalmente en su Carta Magna. Por consiguiente, la actitud de los cristianos frente a ella no puede limitarse a la obtención de franquicias religiosas, de alusiones puramente formales a su herencia espiritual, o de una mención genérica del nombre de Dios en la que podrían reconocerse todos los credos; algo que, por otra parte,

1,2; 2,8; Jds 4; Ap 15,4). El Concilio, por su parte, contiene declaraciones como estas: «La clave, el centro y el fin de toda la historia humana se hallan en su Señor y Maestro... Bajo la luz de Cristo, imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación, el Concilio habla al hombre para esclarecer el misterio del hombre» (GS 10). «Cristo... manifiesta plenamente al hombre nuevo» (id. 22). «El Señor es el fin de la historia, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad» (id. 45). Jesús «apareció constituido para siempre como Señor, como Cristo y como Sacerdote... La Iglesia recibe la misión de anunciar el reino de Cristo y de Dios, de establecerlo en medio de las gentes» (LG 5); Cristo «fue constituido por Dios heredero universal (cf. Hbr 1,2) para que fuera Maestro, Rey y Sacerdote nuestro, Cabeza del universal del pueblo de los hijos de Dios» (LG 13).

apenas tendría repercusión en el contenido de la Constitución.

El cristiano es súbdito de la ciudad terrena pero es siempre, ante todo, ciudadano del Reino de Dios, de quien sabe que su potestad es participable pero no usurpable: «no cederé a otro mi gloria». Por eso, la supremacía de Cristo sobre la universalidad de lo humano ha de ser, para el creyente, objeto de una fe pero también de una proclamación inequívoca, con independencia del eco que pueda encontrar. Con la misma fuerza que anuncia a Jesús como único Salvador, le declara también único Señor en el cielo y en la tierra: «solo Tú Señor, solo Tú Altísimo», «Jesucristo es Señor» (Flp 2,11).

Esta fe es patrimonio de los cristianos: es la fe del Evangelio, de los Apóstoles, de los Mártires –también los de nuestro tiempo–, de la Iglesia. Ahora bien, reivindica para esta primacía el acatamiento de todos los hombres. Con ello los cristianos no piden nada para sí sino para Cristo, pero para Él piden todo lo que le corresponde. Como los de los primeros siglos, se someten al emperador –al Estado o a la democracia–, pero no sólo no le rinden culto, sino que proclaman que hay que obedecer a Dios antes que a los hombres cuando éstos intentan enajenar su soberanía.

Europa es la gran obra espiritual y cultural del cristianismo, sin duda afectada por todas las impurezas inherentes a las empresas que son también humanas. Pero sobre ellas emerge en este caso la fecundidad potencial de los elementos divinos que han sido puestos en acción, a los que esperan nuevas expansiones. La renuncia, por nuestra parte, a la culminación de esa misión o una merma en sus exigencias, representaría una prevaricación de los cristianos, tanto como una sustracción esencial a Europa, y a través de ella a la humanidad. Porque Dios no representa las señas de identidad de una fracción humana, en este caso europea, sino la posibilidad incondicional de que todo hombre y toda sociedad alcancen su imagen y su medida propias.

Por lo demás, el estatuto europeo que incluyera la omisión de Dios y de su Ley resultaría una Constitución escrita sobre el agua. Renunciar a Dios significaría para Europa cancelar su identidad más consistente, por lo que esta Constitución no señalará su nacimiento, sino su ocaso: «los pueblos planean un fracaso» (Sal 2,1) porque, como fue dicho por el mismo Jesús: «toda planta que no haya plantado mi Padre celestial será arrancada» (Mt 15,13), ya que «con Dios no se juega» (Gal 6,7). Dicen algunos que lo importante es que esos contenidos respondan a principios cristianos, aunque no se haga referencia explícita a ellos. De hecho, no pocos de esos principios tendrán que contar con una cierta inspiración de esa índole, como ha sucedido a veces en las Constituciones nacionales modernas, debido a la influencia ambiental y a los postulados de carácter natural y racional que han debido incluir. Pero difícilmente se van a admitir propuestas cristianas allí donde puede no figurar siquiera el nombre de Cristo. Además, donde Dios es deliberadamente relegado, la justicia, la libertad y la

filantropía, que serán una vez más la divisa de la Constitución, sólo resultarán un simulacro de sí mismas: «si el Señor no construye la ciudad en vano se fatigan los que la edifican» (Sal 126,1).

No será tampoco una victoria de la democracia, sino la derrota de la Razón: el supuesto de que el Estado democrático puede o debe exceptuar a Dios de su sistema, porque Dios es renunciable pero no ninguno de los dogmas en cuyo nombre no hay espacio para Él, resulta un despropósito inenarrable: Dios es declarado máximo obstáculo para la cohesión de la sociedad humana y para la realización en ella del hombre. Al mismo tiempo, se ignora que Dios es un postulado tanto de la conciencia como de la razón para la generalidad de los hombres. Se repite de nuevo lo que san Pablo llama el tropiezo de los judíos al rechazar a Cristo: «chocaron con esa piedra de la que está escrito: pongo en Sión una piedra de tropiezo, una roca de escándalo» (Rm 9, 32-33). Entonces el pretexto fue la justificación del hombre ante Dios por las obras de la ley; ahora es la «sacralidad» del sistema racional y democrático, en el que se cifra la «justificación» de la nueva sociedad. En ambos casos el obstáculo se llama Cristo.

Y aquí parecen pertinentes algunos interrogantes: ¿cómo explicar, en primer término, que se considere obligado imponer a los extranjeros residentes en Europa la asimilación de la cultura y las leyes de los países receptores, al mismo tiempo que en su Constitución se pretende omitir la mención del que es el símbolo superior de esa cultura -el nombre de Dios- para no 'herir sensibilidades'? Resulta, pues, que Dios es el único que no tiene derecho a molestar.

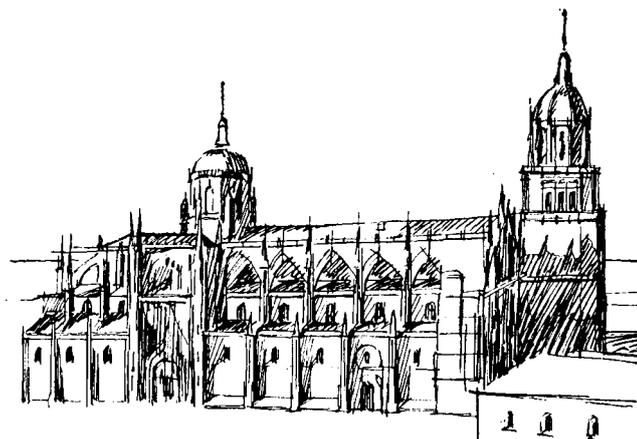
Por otra parte, los planteamientos reseñados suscitan, en la conciencia cristiana, importantes problemas en torno a algunas derivaciones del sistema democrático: ¿Qué clase de obcecación hace que la teoría democrática se muestre incapaz de situar, en el plano que le corresponde, a Aquel en quien la libertad y la igualdad, la razón, el derecho y el imperio, tienen su fuente y su garantía? ¿Qué género de lógica es el que permite que el

principio «gobierno para todos» conduzca al desafuero de que en la Estado moderno haya sitio para todos menos para Dios? ¿Es Dios un estorbo para que las leyes puedan administrar justicia para el conjunto de los ciudadanos, sean o no creyentes? ¿La igualdad entre todos ellos es incompatible con el reconocimiento público de Dios y con que Dios sea también objeto de justicia y derecho por parte de la sociedad y de sus leyes? Asimismo, ¿pueden los cristianos acatar una democracia cuyo precio parece ser esa expulsión de Dios de la colectividad social, o pueden considerarse ciudadanos europeos bajo una Constitución en que dicha exclusión llegue a tener carta de naturaleza?

Finalmente, ¿quién va a ocupar el lugar del Dios ausente? ¿El Hombre, la Razón, la Ciencia, el Poder, el Becerro de Oro? ¿O la Sombra simiesca que agita todos estos fetiches?

El problema de Europa no es el de sus instituciones, ni siquiera el de las bases culturales, humanistas o morales que le han dado carácter, sino el que está detrás de toda construcción humana: el Fundamento y el Modelo sobre el que se ha de establecer el diseño del Hombre y de su entorno, en este caso del Hombre y de la Casa europeos. Es aquí donde los cristianos debemos repetir a Europa las palabras de las que huye: que Cristo es el epicentro del mundo, que «nadie puede poner otro fundamento que el que ha sido puesto: Cristo Jesús» (1Cor 3,11).

La función de los cristianos en esta hora de Europa no es la de mendigar que nos permitan la entrada; menos aún la de resignarnos a que bajo nuestros ojos se lleve a cabo, en ella, la segunda *kénosis* de Cristo. Por el contrario, lo que nos espera es el esfuerzo para reponer a Cristo en el centro del pensamiento y de la atención de los europeos; para devolver el gozo, el honor y el orgullo de la fe en Él; para dejar sin consistencia los argumentos que eliminan el factor cristiano en la edificación de una Europa renacida; finalmente, para prepararle una nueva Pascua, una nueva resurrección, que sería la de Europa.



El misterio del hombre

Parábola de la frontera

EDUARD VIVAS I LLORENS, Pbro.

LA expresión «misterio del hombre» no es nueva. Denota que nos faltan elementos de conocimiento para llegar al fondo de nuestra propia naturaleza, como si siempre se nos escapase algo y quedasen zonas en la sombra sin su adecuada comprensión. Por el presente artículo deseo con sencillez aportar el resultado de mi personal experiencia, sin ánimo de imponer un criterio ni polemizar con nadie, sino simplemente ofrecer una reflexión que creo puede tener derivaciones en los campos de la teología, de la metafísica e incluso de la psicología.

Llevo cuarenta y dos años cumplidos de párroco en la localidad fronteriza de La Jonquera. Vivo en la Frontera. Es la de mayor tránsito de España. El concepto general de frontera consiste en el límite del territorio nacional de un estado, separándolo del vecino. La realidad de la vida me ha demostrado empero que, más que dividir, une; es punto de referencia y de múltiples relaciones humanas de la más diversa índole. Ciertamente que aquí las guerras han dejado su huella, comenzando por el paso de Aníbal con sus elefantes cuando declaró la guerra a Roma, capitaneando un ejército que creía invencible. La contrapartida fueron los monumentales «Trofeos de Pompeyo». Aquí la Galia Narbonense limitaba con la Hispania tarraconense. Podríamos continuar con los episodios del exilio hasta la segunda guerra mundial y la ocupación alemana. Pero más que por las leyes y los temas bélicos, aquí los lazos de unión humana se manifiestan en la cultura a través de los siglos; en el comercio, en la industria, en el turismo, en las familias e incluso en la misma vida de la Iglesia. Una frontera es un punto de paso y de encuentro, en el límite que marca la división territorial. La experiencia personal ya madura, me lo ha mostrado de muchas maneras.

Leyendo el Evangelio se aprecia la didáctica incomparable de Jesucristo: el estilo incomparable de las parábolas. De cualquier tema conocido y muy concreto, por el principio de analogía, se elevaba a la consideración de las grandes verdades del Reino de los Cielos. Su sentido lo declaraba con frecuencia al auditorio y siempre a los apóstoles, dando a entender que a los pequeñuelos se les revela el sentido pleno de su verdad. Luego la sencillez de la infancia espiritual se convierte en requisito previo para profundizar las verdades sobrenaturales. Basta ahora aplicar este principio bíblico a una realidad tan concreta como es una frontera, conocida universalmente. Resumiendo, quedémosnos en estos dos conceptos clave: límite entre estados y lugar de relaciones humanas.

Al inicio del Credo que se recita todos los domingos y días festivos en la Misa, rezamos: «*Creemos en Dios Padre Todopoderoso... creador de todas las cosas visibles e invisibles*». Con frecuencia no paramos mientes en su significado, pues la rutina nos sumerge en una especie de sopor mental, que impide toda elevación contemplativa. Si abrimos la Biblia nos encontramos que su primer versículo literalmente dice: «*En un principio ELOHYM creó el cielo y la tierra*». Si consideramos brevemente el texto, se entiende por «cielo» el conjunto de todos los espíritus creados, por ende invisibles; es decir, los ángeles. Y el concepto «tierra» abarca el cosmos, todo lo visible.

Compenetrando lo enunciado en el Credo y lo establecido en el Génesis en un concepto común, podemos afirmar que los seres invisibles integran el universo espiritual; y el conjunto de los seres visibles, el universo material. Y «YAHWEH-ELOHYM» tal como el Génesis designa a Dios en el segundo relato de la Creación, es el único Creador y Señor. Luego en él se dan cita relacionándose mutuamente los dos universos: uno espiritual e invisible y el otro material y visible. Luego por su manera de SER, el hombre constituye la «*frontera de ambos*», por estar formado de cuerpo material con vida biológica perfectamente visible y espíritu inmortal e invisible, en una unidad de ser personal. Cuando llegué a formular este concepto, detuve mi pensamiento, entré en el silencio interior y di gracias a Dios por tanta luz recibida de modo tan sencillo, al alcance de cualquier persona de buena voluntad.

Lo primero que mi mente ve claro es que el Verbo Encarnado y glorificado, constituye «per se» la clave esencial que relaciona los dos universos, por ser el «Primer Predestinado» en el seno de la Trinidad, por quien fueron hechas todas las cosas», «Luz y Vida de los hombres», tal como leemos en el prólogo del Evangelio de san Juan.

En segundo lugar, cada universo tiene su «historia en Cristo» por la cual se explica su entidad y su evolución. El hombre «por don de creación y de la gracia» esta constituido en *frontera de ambos universos*; por ende en Cristo, tanto el espiritual como el material deben relacionarse armónicamente en cada ser humano; y es la «conciencia» la que acusa sensiblemente tal relación en el curso de la vida.

En tercer lugar, el anuncio del Reino de los Cielos fue la misión primordial de Jesucristo, confiándola luego a su Iglesia en orden a la participación de la vida divina por parte de la humanidad, a fin de que cada

hombre lograrse su glorificación. El conflicto entre los dos universos, el espiritual e invisible y el material y visible, que por ser el Hombre «frontera» de ambos afecta a cada persona, ha de tener una explicación en la historia y en la propia vida individual con relación a Jesucristo, el Verbo Encarnado, afectando globalmente a la humanidad.

Así como la frontera en la cual vivo ha habido de todo y la historia da razón de los hechos, de modo análogo en y por Jesucristo, el «Primer Predestinado» es posible explicar nuestra «propia predestinación», a una con la historia de cada universo creado, el invisible y el visible con su mutua relación, que constituye de el motivo de nuestra Redención, pues según frase lapidaria del mismo Jesucristo, el Reino de los Cielos sufre violencia. En el enigma de esta frontera se da la relación antagónica entre el bien y el mal, que describo a grandes rasgos.

* * *

DIOS ES UN ESPÍRITU SIMPLE DE LUZ INFINITA, QUE VIVE DE AMOR POR SÍ MISMO

ANALIZANDO con nuestra mente la vida eterna del Ser divino por nombre Yahweh, vemos que por introspección del ser, su «Yo» se toma subjetivamente a Sí mismo como objeto de su íntimo conocimiento, formando un «Tu» perfecto, igual al «Yo» en su seno, amándose ambos con un mutuo y exhaustivo Amor. Tal es su santidad compartida en Trinidad de Personas: Padre, su Verbo-Hijo y el Espíritu Santo, el Amor recíproco de ambos. En la misma intensidad que la vive, anhela compartirla; es decir, su propia inmanencia origina su trascendencia, creando hijos para santificarlos y glorificarlos. Tal comunicabilidad tiene su origen en el Padre, se realiza por el Verbo Encarnado y se consuma gracias al Espíritu Santo. En consecuencia Dios crea seres espirituales, capaces de compartir su santidad y a tal fin se ordena desde un principio el mundo creado.

En consecuencia, con la creación de los ángeles se formó, el inicialmente para nosotros, universo invisible. Al ser creados y por ende limitados, su número resulta inconmensurable. Por naturaleza su inteligencia es intuitiva y su voluntad capaz de determinarse en un instante. Al recibir la existencia y tener conciencia de su propio «ser», el primer impulso de su conciencia fue corresponder al Creador, consagrándole su existencia. Pero Lucifer, el mejor dotado, se enorgulleció y tuvo envidia del «Primer Predestinado», pretendiendo para sí la Soberanía que por derecho divino corresponde a Jesucristo, pronunciado el «non serviam» y captando para su causa a un número considerable de ángeles. Se produjo entonces una gran batalla en el cielo y San Miguel, cuyo nombre etimológicamente significa «¿Quién cómo Dios?», defendió la causa de Yahweh.

La segunda consecuencia fue que el grupo de los ángeles rebeldes, renegando de «Dios Luz-Amor» se involucraron en un estado de «tinieblas exteriores» imperando ellas el odio y subsistiendo sin poder participar de la «Vida de Divina», ni de la gloria, formando su «infierno». Por contra, los fieles a Yahweh, quedaron constituidos por el principio de inhabitación en «templos vivos suyos» e inmediatamente en estado glorioso, constituyendo tres jerarquías con tronos, querubines y serafines; potestades, virtudes y dominaciones; principados, arcángeles y ángeles.

La tercera consecuencia, que propiamente deberíamos considerarla en primer lugar, es que Yahweh respetó la libertad de los demonios, espíritus creados buenos; aniquilar a los ángeles perversos, representaría obrar contra su perfección al otorgarles la existencia, pues los creó perfectos en su ser y respetó además sus facultades, cuyo uso se corrompió radicalmente. Asumió por ende la situación de violencia en el Reino de los Cielos por ellos provocada, que comportó nuestra Redención. La perversión de los ángeles, seres espirituales creados a semejanza de Dios, por principio originó la maldad del ser, cuya acción desencadenó el llamado por San Pablo «misterio de la iniquidad», que no cesa: es implacable y contumaz.

Luego la realidad del Universo Espiritual e invisible, el del espíritu, con la creación del hombre, trascendió al Material. Siendo por ende el hombre por naturaleza de su «ser», un espíritu que informa un cuerpo integrando una unidad personal, participando de uno y otro universo, representa su «frontera ontológica». Por principio a través del hombre debía manifestarse la gloria de Dios en la Creación visible; pero dada su condición fronteriza, en su conciencia se desarrolla el antagonismo entre la gracia de Dios y la violencia del poder del maligno, afectando a cada ser humano. La psicología lo alcanza sólo en su mera superficialidad. Se trata del desequilibrio interno de cada persona producido por el pecado original y de la tensión real entre el bien y el mal, a una con la divina voluntad de salvarnos por amor. La Redención de la humanidad y de cada hombre por Jesucristo, tiene unas dimensiones incalculables, que sólo una vez en estado de gloria comprenderemos. Si cada uno de nosotros es por constitución un punto de frontera entre los dos universos, sólo Jesucristo es la clave de tal «relación» y por ende, el único Salvador.

La creación del Universo Material, tuvo su origen según la ciencia actual con el Big-Bang y su expansión gracias a la energía, formando el reino mineral en sus estados sólido, líquido y gaseoso. Cuando el conjunto hubo evolucionado suficientemente, el Creador hizo aparecer con un nuevo acto de su Omnipotencia la vida, con capacidad biológica de reproducirse genéticamente formando los reinos vegetal y animal sucesivamente. Desde el punto de vista de la fe y por ende de la eternidad, es evidente que en el curso de la formación del mundo surgieron el espacio y el tiempo, sin que se correspondan en valores equivalentes; más

bien subsisten. Tanto el espacio como el tiempo son mensurables; la eternidad no: Yahweh es el único Ser permanente, el Increado. Ambos universos sólo en Él tienen razón de ser y de explicarse a la luz de la razón.

Viendo en un museo una colección de cráneos dispuestos por orden de antigüedad, su director dijo literalmente: «La evolución es patente; luego aquello de Adán y Eva, nada de nada» Lo afirmaba rotundamente, sin tener en cuenta que el espíritu no se puede convertir en fósil y la Biblia nos es científica, sino que nos revela la existencia de los Padres de la humanidad, creada a imagen y semejanza de Dios, por ende seres espirituales en un cuerpo animal. Por creación constituye la «frontera» de los dos universos, dando origen a una nueva historia. Es preciso detenernos en ella brevemente comentando su inicio según el Génesis.

El despertar de Adán recién creado a la nueva realidad del mundo, tenía que ser por naturaleza un momento místico por excelencia, en el cual relacionase cuanto le rodeaba con el Creador, a quien conoció por razón de su misma existencia como ser espiritual por la luz natural de su mente pura, a pesar de que su cuerpo fuese tomado del polvo de la tierra (adamasch es la palabra bíblica), y tuviese incluso una determinada pre-existencia. Mi mente piensa por analogía en el incomparable «Canto al Sol de San Francisco de Asís», que de muchas maneras vemos enarrado en la Biblia cuando leemos que el mundo expresa el poder y la grandeza del Creador. Bajo este punto de vista, el primer capítulo del Génesis relata la elevación mística de Adán, Padre de la humanidad en el momento inicial de su existencia. Así entendido tiene un nuevo sabor conceptual más afín a la fe.

Dios creó un espíritu a semejanza de un ángel y lo infundió en el cuerpo de Adán, previamente tomado de la tierra. En aquel instante, el Ser divino «Luz y Amor» le iluminó amándole, sintiéndose él a la par «muy amado, a modo de hijo predilecto». Y le llamó Elohim, es decir el Creador y Señor, el Soberano por excelencia.

El Génesis describe el momento de su despertar como si estuviese junto a las aguas y percibiera la impresión que el Espíritu de Elohim las movía. No importa el momento de la hora solar; pero la luz natural fue lo primero que descubrió; luego sobrevino el crepúsculo del «día primero». Y así sucesivamente. Al despertar a la mañana siguiente notó la diferencia entre el día y la noche; después tuvo la sensación de espacio, separación de las aguas terrestres de las pluviales y conoció el terreno que le circundaba; y fue observando las hierbas, las plantas los animales los peces y las aves; y en el firmamento el sol, la luna y las estrellas, relacionándolos con el día y la noche. Notó que todo lo había hecho Helohym bien, con anterioridad a su propia existencia y le constituía «señor» del paraíso terrenal. Mas en él no halló un ser semejante a sí mismo. Luego posiblemente una hembra de su misma

condición animal, debió acostarse como por instinto a su regazo y estando Adán dormido profundamente formó Eva. Adán despertó y encontró por don de Elohim a quien deseaba, expresando el latido sensible de su corazón, como si le hubiese sacado una costilla, considerándola hueso de sus huesos, carne de su carne. Desde entonces, para Adán después de Helohym era, Eva.

El «Arbol de la Vida» representaba el «don y la gracia de Dios», es decir, la vida sobrenatural según la parábola evangélica de la vid y los sarmientos; y el de la «ciencia del bien y del mal», implicaba el desarrollo del conocimiento humano por vía de razón y experiencia. Ciencia del bien, por fidelidad a la gracia; ciencia del mal, por su infidelidad. Esta sería por tentación diabólica el origen de su perversión. Hasta aquí nuestros Primeros Padres, en cuanto seres humanos eran cada cual «frontera metafísica de los dos universos»: moraban a la vez en el material e inmersos en el espiritual.

Subrepticamente el ángel perverso con su astuta malignidad, se interfirió en esta relación. Sedujo a Eva sembrando en su corazón el orgullo: «Seréis como Elohim, concedores del bien y del mal». Tal tipo de sabiduría le apeteció sobremanera y sedujo a Adán, el cual cayó también en la tentación, quedando voluntariamente atrapados en la red del pecado y subyugados por el maligno en un estado antagónico al creado por Elohim. Situados ambos en «la frontera» de ambos universos, quedaron presos en el lado de pecado; y la inmortalidad, que por un principio de causa-efecto del espíritu sobre el cuerpo debía terminar en glorificación, se perdió; y supeditados en cuanto padres de la Humanidad a la ley de la muerte, al predominio del cuerpo sujeto de instintos animales sobre la mente, con el espíritu en la tiniebla del pecado original, la inteligencia obnubilada, la voluntad débil y la memoria perturbada que afectó a toda su descendencia.

Pero el pecado original en el Hombre no representó la corrupción total de la naturaleza humana como en el ángel; la libertad humana dejó un resquicio de acción a Yahweh-Elohim para obrar con amor y justicia, para salvar a la Humanidad. Y así, en lo más profundo del Hombre, «frontera de los dos universos, el Espiritual y el Material», comenzó la historia de la Salvación, obra de Yahweh-Uno y Trino realizada visiblemente por el Nuevo Adán, el Verbo Encarnado, Jesucristo, y la otra Mujer, María Inmaculada, su Madre, e impulsada por el Espíritu Santo, que al fin ha de consumarse en estado de gloria cuando se cumplan aquellas palabras del Apocalipsis: «Hago nuevas todas las cosas». Esta parábola, como todas las del Evangelio, sirve para declarar una gran verdad revelada, muy real, en gran parte hoy incomprendida y que a todos nos afecta. Reconociéndola por nuestra parte, la correspondencia a la gracia divina implica el ascetismo necesario para detestar el pecado y perseverar en la fidelidad a Dios por amor.

El Padre Pío de Pietrelcina y el santo Rosario

P. BERARDO MARÍA

DESDE muy pequeñito el beato Padre Pío experimenta un amor muy grande por la Santísima Virgen María, su «mammusia», como cariñosamente la llamaba, que significa en dialecto «mamita». Su primer peregrinaje siendo un niño de ocho años fue a la Virgen de Pompeya, la Virgen del Rosario, cerca de Nápoles.

En su casa de Pietrelcina, como en todas las familias italianas de la época, el Rosario era la oración familiar. Se encontraban alrededor del fuego todas las noches antes de ir a dormir rezando el Rosario. Pero cuando la Virgen se apareció en Fátima como la Virgen del Rosario y recomendó el Rosario como oración potente para obtener todo bien y alejar todo mal, el Padre Pío hizo del Rosario su oración incesante e incansable de día a día. Decía el beato Padre Pío: «¿Si la Virgen Santa lo ha siempre calurosamente recomendado donde quiera que ha aparecido, no nos parece que deba ser por un motivo especial?».

Cuanto más crecía su clientela mundial, como la llamo el papa Pablo VI, de sus hijos espirituales, más él aumentaba las coronas del Rosario. Era su secreto. Con esta cadena que lo unía al Corazón de Jesús a través del Corazón Inmaculado de María, él alejaba los males y obtenía las gracias para sus hijos. Llegó a recitar, en el curso de un día un número incalculable de Rosarios. Su oración asidua lo hizo un «Hombre hecho Rosario» o, como podría ser llamado, el «Santo del Rosario».

Una vez le oyeron decir: «Quisiera que los días tuvieran 48 horas para poder redoblar los Rosarios». Todo los dones y prodigios para las almas los obtenía a través del Santo Rosario.

Un día sus hijos espirituales le pidieron que les dejara su herencia espiritual. El Padre Pío respondió inmediatamente sin pensar siquiera: «El Rosario». Y poco antes de la muerte a su amigo y hermano fray Modestino le dijo: «¡Amen a la Virgen y háganla amar. Reciten siempre el Rosario!». El Padre Pío vivió su

vida del altar al confesionario. Siempre con el rosario en la mano, unido al Corazón Inmaculado de María, quien lo formó imagen encarnada de la misericordia del Corazón Eucarístico de Jesús para el siglo xx. Este siglo de tantos pecados y desafíos a los derechos de Dios como nuestro creador y de ataques horribles a la dignidad del Hombre.

Nos narra el padre Stefano Manelli, uno de sus hijos espirituales y gran conocedor de su espiritualidad, una historia de cuando aún era un seminarista capuchino:

«El Padre Pío oraba mucho, incluso fuera de las horas de oración comunitaria. Encontrarlo en el coro (lugar donde rezan los religiosos en las iglesias), o en su cuarto haciendo oración, era una cosa normal. Le gustaba mucho ya entonces la oración del Santo Rosario. En sus propósitos espirituales escribió: «Rezar cada día quince rosarios».

Llegó a comprometerse en una competencia (maravilloso y santo deporte) con un compañero, fray Anastasio, a ver quien rezaba un mayor número de rosarios. Una noche sintió un ruido y alguien que se movía en el cuarto cerca del suyo. Se despertó y pensó que los ruidos eran causados por fray Anastasio que estaba todavía despierto para hacer rosarios, siempre en competencia (santa competencia) con este hermano capuchino.

Un cierto momento, desde la ventana, llamó a fray Anastasio y cual fue su sorpresa cuando de la ventana no se asomó su compañero sino un enorme perro negro con los ojos de fuego. Fray Pío se quedó como piedra, y el horrible perro, con un salto formidable, desapareció. Fray Pío apenas pudo llegar a la cama casi desmayado. Al día siguiente supo que a su hermano fray Anastasio lo habían cambiado de cuarto la noche anterior.

Su batalla contra Satanás, el mundo y la carne las libró en modo eficaz a través de la recitación del Santo Rosario.



¡Amén, Jesús!

JOSÉ IGNACIO MUNILLA (Foro Loiola)

CIENTAMENTE, la película *Amén*, de Costa-Gavras, no va a pasar a la historia por su calidad cinematográfica, sino por su ataque frontal al Papa Pacelli. Además de acusar a Pío XII de haber mantenido un silencio cobarde ante el holocausto judío, su figura es presentada de una forma patética, con los ribetes propios de un angelicalismo bobalicón.

Conviene recordar que Costa-Gravas no ha hecho sino llevar a la pantalla la obra teatral *El Vicario*, estrenada en 1963 por el alemán Rolf Hochhuth, con la que empezó en Occidente la leyenda negra contra el papa Pío XII. En los países del otro lado del telón de acero, esta campaña ya había comenzado en los años cincuenta; y alcanzó su momento álgido con el estreno de *El Vicario*, elemento fundamental de la propaganda antirreligiosa de los sistemas comunistas. En Checoslovaquia, por ejemplo, el gobierno obligó a los teatros de todas las ciudades a incluirla en sus carteleras con el objetivo de desacreditar a la Iglesia católica. Rolf Hochhuth, que en su infancia había militado en las juventudes hitlerianas, y que sorprendentemente había llegado a ser un converso de la ideología marxista, fue el instrumento de los regímenes comunistas para trasladar a Occidente su campaña contra Pío XII. La mejor forma de combatir a quien era considerado como la bestia negra del comunismo, era presentarle como «filo-nazi».

Pero los hechos históricos hablan por sí mismos: si las acusaciones contra Pío XII fuesen ciertas, ¿cómo es posible que desde el fin de la segunda guerra mundial en 1945, hasta la representación de esta obra, en un período de 18 años, ningún contemporáneo de aquellos acontecimientos hubiese hecho reproche alguno a Pío XII; sino que, por el contrario, el mundo judío se hubiese prodigado en agradecimientos hacia el llamado «Papa de los judíos»? ¿Cómo se concilian esas acusaciones con el hecho de que el Congreso Mundial Judío donase a Pío XII al finalizar la guerra, más de un millón de dólares al cambio actual «para demostrar la gratitud del pueblo judío por todo lo que había hecho en su favor»? ¿Cómo entender que el rabino de Nueva York, David Dalin, declarase que «durante el siglo xx, el pueblo judío no tuvo un amigo más grande que Pío XII»? ¿Cómo se explica que el rabino mayor de Roma, Israel Zolli, se convirtiese al catolicismo en 1944, y que se bautizase con el nombre de «Eugenio», en honor y agradecimiento al Papa, Eugenio Pacelli, por lo que había hecho por su pueblo? ¿Y qué decir del hecho de que el estado de Israel considerase ofensiva la obra de Rolf Hochhuth, hasta el punto de que canceló el 25 de septiembre de 1963 el estreno de la representación de la versión hebrea de *El Vicario* en el teatro nacional israelí? ¿Está claro que los promotores del infundio contra Pío XII fueron los países comunistas, y no los judíos!

La acusación de que Pío XII guardó un silencio cómplice no se sostiene. Ni el mundo lo percibió así: «Pío XII es casi el único gobernante que queda en el continente europeo que se atreve a levantar la voz» (editorial del *New York Times*, 25-XII-1941). Ni tampoco el

mundo judío: «Durante diez años de terror nazi, cuando nuestra gente atravesó los horrores del martirio, el Papa alzó su voz para condenar a los perseguidores y se conmisericordó con sus víctimas» (Golda Meir, ministro de Asuntos Exteriores israelí, comunicado a la muerte de Pío XII).

De hecho, ya en su primera encíclica, *Summi Pontificatus*, Pío XII cuestionó de raíz la filosofía nazi, al remarcar la unidad de la raza humana. ¿Un lenguaje demasiado abstracto? Las SS no parece que lo entendieran así, ya que prohibieron la publicación de la encíclica; y los Aliados tampoco, ya que lanzaron 88.000 copias por paracaídas en Alemania, al modo de propaganda subversiva. En el famoso discurso de Navidad de 1942, que es tergiversado y ridiculizado en la película, el Papa se pronunció en contra de los regímenes totalitarios y denunció la muerte de miles de personas, por razón de nacionalidad o de raza.

Si el Papa se centró en el plano doctrinal y moral, sin adentrarse en la denuncia política, fue porque tenía clara conciencia de que una mención expresa a Alemania y a los judíos hubiese agravado la persecución de católicos y hebreos en los territorios ocupados. No puede perderse de vista que a diferencia de otros gobiernos, la Santa Sede no hablaba «desde fuera», como podían haberlo hecho los gobiernos aliados (¡y, por cierto, sorprende que nadie cuestione su silencio, mucho más incomprensible!). El caso holandés había sido clarificador: cuando la jerarquía católica de Amsterdam se quejó públicamente en 1942 del trato que se daba a los judíos, la respuesta alemana fue limpiar Amsterdam de judíos, incluidos los conversos al cristianismo, enviándolos a los campos de concentración y más tarde al exterminio.

En realidad, la estrategia de Pío XII fue similar a la de la Cruz Roja Internacional (con sede también en una Suiza neutral). Renunciaron a las denuncias públicas, por considerarlas ineficaces y hasta contraproducentes, para centrarse en la acción: Y el hecho es que Pío XII ordenó (y no sólo permitió, como parece sugerir la película) el refugio de los judíos perseguidos en las instituciones católicas. Según datos proporcionados por el diplomático israelí Pinchas Lapide, se estiman en 860.000 los judíos salvados de la muerte por la Iglesia Católica.

Mientras veía la película desde mi butaca, una pareja sentada a mi derecha hacía comentarios sobre el comportamiento del Papa, con un tono indignado, con la reacción propia de quien asiste a una lección de historia. La Iglesia Católica se enfrenta a un grave problema cuando la realidad se ve filtrada por el espectáculo ideologizado. ¿Qué explicación cabe dar a la proliferación de películas anticatólicas: *El Cuerpo*, *Estigmata*, *La sonrisa de mi madre*, *Priest*, *Amén*, etc...? ¿Por qué no se producen películas en las que se cuestionen otras iglesias o religiones? Yo tengo mi explicación personal, pero mejor lo dejaremos para otro artículo... ¡Nosotros seguiremos condenando el belicismo USA y exigiendo el respeto, no sólo de los derechos del pueblo judío, sino también del palestino! ¿Amén? Más bien, ¡Amén, Jesús!

Un recuerdo inolvidable del padre Emilio Anel, S.I.

Los de Schola que viajamos a Veruela un verano en que el padre Orlandis pasó allí unas semanas, pudimos conocerle y admirar su trato respetuoso y cariñoso hacia el padre Orlandis. Al padre Emilio Anel le volví a ver después de algunos años en Roma, cuando viajé allí en noviembre de 1989 para recibir el nombramiento de socio de la Academia Pontificia Romana de Santo Tomás.

Estando en la sala de visitas de Borgo Santo Spiritu, 5, sede de la curia generalicia de la Compañía, me rogó que le acompañara dejando a mi esposa esperando en la sala. Tardé bastante en volver. En todo aquello nos trató con grandes atenciones y muy cariñosamente.

En su aposento me habló de temas muy importantes: él era el vicepostulador de la Compañía de Jesús ante la Congregación para las Causas de los Santos. Me confesó que el peso del trabajo tenía que llevarlo él por las múltiples ocupaciones del que tenía el cargo de postulador. El padre Anel llevaría personalmente poco tiempo después la causa de beatificación de san Claudio la Colombière. También trabajó personalmente en la del indio Juan Diego, el vidente a quien se le apareció la Virgen en Guadalupe.

Tenía en su despacho, ocupando un gran espacio en estanterías, todos los expedientes de los jesuitas mártires españoles de la persecución iniciada en 1936. Habían sido introducidas las causas en los años 39-40 y habían quedado detenidas durante años por voluntad de Paulo VI.

Me comentó: los que hemos examinado estos expedientes hemos podido hablar de estas cosas. Me nombró a un monseñor que había estudiado con él el tema, cuyo apellido no recuerdo. Se trataba de un consultor de aquella Congregación. El padre Anel me dijo: afirma monseñor... que entre estos jesuitas encuentra dos que podría procederse a beatificarlos y canonizarlos aun en el caso de que no pudiese probarse históricamente con suficiente documentación el hecho de su martirio por la fe. Es decir, subirían a los altares no como mártires sino como confesores. Me dijo los dos nombres, de los que he olvidado uno, pero no podré olvidar nunca el nombre del otro jesuita mártir que podría ser elevado a los altares también como confesor: se trataba del padre Juan Rovira, el profesor de Escritura, sobrino del padre Orlandis y muy afín a su pensamiento, entre cuyos escritos allí presentes figuraba su tratado *De Regno Christi in terris consummato*, que había sido copiado mecanográficamente por el padre Bibiloni y enviado a Roma en la década de los cuarenta.

Como que un proceso de beatificación en concepto de confesor exige muy en primer término, con el examen de la vida, también el de la ortodoxia de sus escri-

tos, el padre Emilio Anel, muy conocedor de mi relación con el padre Orlandis y de todo lo referente a su tarea en Schola Cordis Iesu, aprovechó aquel momento para darme la gran alegría de transmitirme una autorizada opinión sobre la plena ortodoxia de aquella teología de la historia sobre la consumación del Reino de Cristo en la tierra, tal como se sostiene en aquel tratado todavía inédito.

Fue para mí un profundo consuelo el gesto intencionadamente significativo del padre Anel. Desde hacía años conocía el testimonio favorable al padre Rovira del propio padre Orlandis y del padre Francisco de Paula Solà, que escribiría en *Cristiandad* (abril-junio de 1990) refiriéndose a aquel «eminente profesor de Sagrada Escritura» que fue el padre Juan Rovira: «el Señor premió al defensor de su reinado social en la tierra con la gracia del martirio. El padre Rovira está ahora con los mártires del Apocalipsis que tanto apreciaba, clamando justicia a Dios (Ap 6,10)».

El recuerdo de la intencionada alusión del padre Emilio Anel me trae a la memoria otros recuerdos también imborrables. El padre Solà, que insistía, en fuero externo y en fuero interno, en la recomendación decidida de la escatología del padre Rovira, me comentó que había llegado a su conocimiento por el padre Francisco Segarra, el insigne jesuita que fue durante mucho tiempo instructor de «tercera probación», esto es, el encargado de dar a conocer el Instituto de la Compañía a los que ya ordenados sacerdotes se preparaban para la última profesión. Fue el propio padre Segarra el que entregó personalmente al joven padre Solà el libro del padre Rovira, cuya lectura le recomendó.

El padre Orlandis y el padre Solà tenían sobre este punto no sólo una comunidad de criterio teológico sino también una comunicación confidencial y amistosa que en mí mantendría vivo y presente el magisterio del padre Orlandis hasta la muerte del padre Francisco de Paula Solà (1993).

He guardado siempre con profundo agradecimiento el recuerdo de las palabras del padre Emilio Anel en aquella ocasión, como un testimonio precioso y estímulo a perseverar en la actitud insistentemente aconsejada por el padre Francisco de Paula Solà: servir a la Iglesia manteniendo viva en Schola Cordis Iesu, y para servicio de la Iglesia, el mensaje de esperanza en el designio divino de la consumación del Reino de Cristo en la tierra, tantas veces proclamado en el Magisterio pontificio e incluso, según declaró Pío XI expresamente, institucionalizado en la festividad litúrgica de Jesucristo Rey del Universo.

FRANCISCO CANALS VIDAL



Pequeñas lecciones de historia

Francisco de Sales y Vicente de Paúl

GERARDO MANRESA

HABÍA sido capellán de galeotes, a las órdenes del general Gondi y el sufrimiento de los condenados a galeras le inquietaba de tal forma que, habiendo oído de un condenado la injusticia que cometió un juez con él, se cambió por el preso; Vicente de Paúl se puso sus cadenas y su vestido con el número 61.782 y pasó tres meses en galeras hasta que fue reconocido por un capitán de marina que lo había visto en París en casa de los Gondi.

Vicente de Paúl era un sacerdote que cuando veía una necesidad, tanto espiritual como material, se desvivía hasta satisfacerla. En París se le llamaba «el encantador de tigres» porque llevaba a Jesús a las personas más brutas y descreídas. Fue párroco en un pueblo de la diócesis de Lyon, Châtillon, donde en 1617 fundó las Conferencias. Reunió en casa de una verdulera a algunas mujeres y chicas jóvenes que se propusieron socorrer con más regularidad y de forma más razonable a los más necesitados, pues los donantes siempre acostumbaban a dar los mismos alimentos a las mismas familias necesitadas. De esta forma la distribución sería más correcta y más práctica.

Vuelto a París, una de sus primeras visitas fue a la Conserjería, donde se encerraba a los condenados a galeras. El carcelero no quiso entrar con él en el calabozo por el asco que le producía, pero sobre todo por el miedo a aquellos asesinos; en cambio Vicente estuvo reunido con ellos e incluso dio la extremaunción a un tísico que había vomitado sobre su sotana. Aquella tarde una luz entró en aquel antro y el rastro que dejó fue celestial. Saliendo del presidio de la Conserjería obligó al conde Gondi a que fuera a ver al obispo de París, cardenal de Retz, para que se preocupara de los presos, de manera que no tuvieran que soportar una situación tan cruel y mísera.

Nunca se cansaba de hacer el bien, pero todo lo encontraba insuficiente. Era una época en que la mayor parte del clero, podríamos decir que «no cumplía con su deber» y entre los que lo hacían existía la tentación, hoy día tan extendida, de dejar a un lado cosas más importantes.

Era un día de adviento de 1618 cuando en el Oratorio del señor Bérulle, Vicente de Paúl, que tenía entonces 38 años, se encontró con el obispo de Ginebra, Francisco de Sales. Vicente le descubrió las penas de su alma:

–Estoy lleno de temor y angustia porque hago con mucha negligencia el trabajo de Dios. Soy obrero inútil en su viña.

El obispo, que ya había oído hablar de su labor le contestó:

–¡Encantador de tigres! ¡Gracias tendría que dar a

Dios por los prodigios de caridad que realiza por sus manos!

–No se burle usted de mí, que no es nada lo que yo hago.

–Pues bien, alégrese usted de esta nada. Esté usted satisfecho con lo que Dios realiza por medio de usted. No es usted más que una herramienta en sus manos. Por lo que el maestro hace con su martillo, tiene que confiar en él. El martillo no tiene derecho a ordenar a su maestro lo que tiene que hacer con él. No haga usted cálculos, no pese usted, no lleve usted su cuenta. Abandónese por entero en las manos de Dios y haga su trabajo con corazón alegre y sin ningún miedo.

Vicente aún no estaba convencido y continuó preguntándole:

–Pero, Monseñor, ¿cómo puedo estar alegre, cuando en todo momento siento de manera tan acuciante mi propio trabajo?

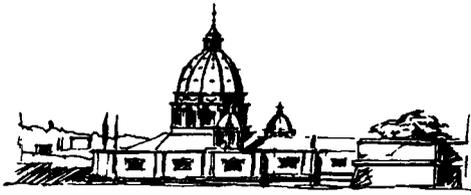
–Si sus acciones y sus esfuerzos responden enteramente al querer de Dios y si se somete a Él con toda humildad, lo que usted llama fracaso no debe llenarle de tristeza. El descontento con nosotros mismos proviene en el fondo de nuestro egoísmo. Quien es niño, por la humildad, no se extraña de ningún modo cuando cae. No caerá muy bajo. El Padre celestial mira sonriendo a su hijo que todavía es débil y le cuesta trabajo mantenerse sobre sus piernas. ¡Adelante, hijo mío! Si el niño cae, lo reconforta y le tiende la mano. Sea usted niño, Vicente de Paúl, y jamás perderá la alegría.

Empezando ya a comprender, Vicente le dice:

–Tengo que fracasar a la fuerza, porque me estoy esforzando en vaciar la mar con una mano débil. Mi impotencia es la que me precipita día tras día en el temor y en la tristeza.

–Si usted se abandona por entero a la voluntad de Dios, dejará de deplorar su propia debilidad. Es Él quien actúa en usted, ya consiga mucho o poco o nada. Renuncie usted a medir lo que hace; la medida es Dios y Él sabe los límites que le pone. Abandónese en todas las cosas a su Sabiduría y a su bondad, y triunfará usted sobre la tristeza por la que el enemigo de Dios quería paralizar sus manos y podrá repetir con corazón alegre las palabras de san Pablo: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta*.

Cuando Vicente abandonó el Oratorio se le habían desvanecido todas las tentaciones sobre su capacidad de trabajo y su labor de caridad se multiplicó más que antes, porque... si se entregan al Señor los dos peces y los cinco panes, Él se encarga de multiplicarlos y nosotros quedamos reconfortados en Él y conservamos nuestra alegría espiritual.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

1 de enero de 2003: Fiesta de Santa María Madre de Dios y XXXVI Jornada Mundial de la Paz.

EN un mundo dominado por una perversa mentalidad de guerra, de terrorismo, de abuso, de sangre y en el que la gente se va acostumbrando a la idea de una guerra inevitable y parece que se ha convertido en un dato normal el desierto de muerte que día tras día está transformando la Tierra en la que nació el Niño, «Príncipe de la paz», el Papa quiso recordar el día de Año Nuevo que «sólo Dios puede tocar el ánimo humano en lo profundo; sólo su paz puede dar esperanza a la humanidad. Es necesario que Él vuelva su rostro sobre nosotros, que nos bendiga, nos proteja y nos regale su paz». Y por ello, «es más oportuno que nunca iniciar el nuevo año pidiéndole a Él este precioso don por intercesión de María, Madre del “Príncipe de la paz”».

También recordó Juan Pablo II las actuales palabras del beato Juan XXIII en la encíclica *Pacem in terris* en el cuarenta aniversario de su publicación (1963): el orden social «encuentra su fuente en el Dios verdadero, personal y trascendente. Él es la primera verdad, el bien soberano, y como tal la fuente más profunda a partir de la cual la sociedad humana, si se constituye adecuada, creativa y correctamente según la dignidad humana, encuentra su genuina vitalidad».

2003: Año Santo en Valencia y Caravaca

CON ocasión del centenario del martirio de san Vicente Ferrer, patrón de la ciudad levantina, la Santa Sede ha declarado el año 2003 como Año Santo en la archidiócesis de Valencia. El diácono san Vicente es uno de los mártires de mayor renombre de la antigua España cristiana. Nacido en Zaragoza, fue martirizado bajo Diocleciano en 304 en Valencia por las muchas conversiones que obtenía con su predicación. Sometido a crueles tormentos (la rueda, la parrilla y los azotes) y encerrado en un calabozo sembrado de cascotes, su cadáver fue echado al campo para que lo devoraran las aves de rapiña pero fue defendido por un cuervo. El prefecto mandó echar el cuerpo al mar con una piedra de molino al cuello, de donde fue milagrosamente devuelto.

Se podrá obtener indulgencia en la Catedral de Valencia, donde es venerada como reliquia un brazo del patrón de Valencia; la parroquia valenciana de San Vicente Mártir, donde fue abandonado su cuerpo tras el martirio; la parroquia de Cristo Rey, también en Va-

lencia, donde fue inicialmente sepultado; las dos capillas conocidas como «las cárceles de San Vicente», en la calle del mismo nombre y en la plaza de la Almoína; y la iglesia de los Santos Juanes de Cullera, en representación de la localidad en cuya playa, según la tradición, el mar devolvió el cuerpo del santo.

También se celebrará este año el Año Jubilar de la Vera Cruz de Caravaca, en la localidad de Caravaca de la Cruz (Murcia). La Cruz de Caravaca fue muy pronto reconocida oficialmente por la Iglesia y la difusión de la devoción a la Vera Cruz de Caravaca se produjo de manera especial durante el reinado de los Reyes Católicos, Carlos I y Felipe II. En 1736 se concede a dicha Cruz el culto de latría. La reliquia ha permanecido en la localidad de Caravaca de la Cruz desde 1232. Según relata la tradición, el saíd almohade de Valencia, Abu-Ceit, conquistó Caravaca entre 1230 y 1231. Atraída su curiosidad hacia la santa Misa por el testimonio del sacerdote Ginés Pérez Chirinos, dispuso lo necesario para presenciar dicho acto litúrgico. Mandó traer los ornamentos necesarios desde tierras cristianas, y comenzó a celebrarse la liturgia. Sin embargo, al poco tiempo el sacerdote se detuvo y dijo que no podía continuar por faltar en el altar el símbolo de un crucifijo, sin el cual no podía officiar la Santa Misa. En ese momento, por la ventana del salón, dos ángeles trajeron un «lignum crucis» –un trozo de la verdadera cruz en donde fue crucificado Cristo–, que depositaron sobre el altar, y así pudo continuar la misa. Ante la maravillosa aparición, el saíd Abu-Ceit y toda su corte se convirtió. Después se comprobó que la cruz era del patriarca Roberto de Jerusalén.

Todos los que peregrinen a Caravaca durante los próximos doce meses tendrán la posibilidad de ganar el Jubileo.

Primera Biblia católica traducida al coreano

LA Conferencia Episcopal Coreana ha anunciado la publicación de la primera Biblia en idioma coreano. Los trabajos de traducción comenzaron el año 1989 y acabaron a finales del año pasado, aunque la publicación del texto sagrado no se prevé hasta el año 2005, en que concluirá el estudio de la traducción realizada y la Conferencia Episcopal Coreana aprobará definitivamente la nueva Biblia.

De esta manera, la cada vez más numerosa comunidad católica de Corea, cerca de un 7% de la población del país, contará con una edición propia de la Biblia, en sustitución de la discutida versión ecuménica

que hasta ahora venían utilizando. Dicha versión, publicada en 1977, no era fiel a los idiomas bíblicos originales y utilizaba figuras lingüísticas habituales entre los coreanos pero poco representativas del sentido del Texto Sagrado.

Condena de las tesis de Juan José Tamayo Acosta

LA Conferencia Episcopal Española, a través de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, ha declarado «incompatibles con la fe católica» las teorías contenidas en el libro *Dios y Jesús* de Juan José Tamayo.

Según la citada Comisión, «el autor realiza su estudio según unos presupuestos metodológicos insuficientes: rechazo frontal de la Tradición de la Iglesia en sus definiciones cristológicas, selección arbitraria –no justificada– de pasajes del Nuevo Testamento con el abandono expreso de otros e interpretación de los mismos según criterios confusos que no se explicitan. La aportación del autor no es sino una versión renovada del antiguo error arriano: negación de la divinidad de

Jesucristo, presentación de Jesús como un mero hombre, negación del carácter histórico y real de la resurrección, y de ésta como dato fundamental de la fe cristiana».

Además, «ante la repetida comparecencia de Don Juan José Tamayo Acosta en los medios de comunicación, mediante artículos periodísticos, entrevistas y publicaciones, la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, considera necesario informar de que en la actualidad, el citado autor carece de misión canónica para enseñar teología y no ejerce la docencia en ningún centro superior de la Iglesia. Advertimos cómo el autor, en los últimos años, ha seguido en sus publicaciones teológicas y manifestaciones públicas una trayectoria que le aparta de la comunión eclesial, lo cual es incompatible con la condición de teólogo católico.

»Por último, es motivo también de preocupación la «Asociación de Teólogos y Teólogas Juan XXIII», de la que Don Juan José Tamayo Acosta es secretario. Recordamos que esta Asociación carece de aprobación canónica y no es, por tanto, una asociación de la Iglesia católica».

HABLAN LAS RELIGIOSAS QUE SALVARON A LOS JUDÍOS POR ORDEN DEL PAPA PÍO XII

«Fue Pío XII quien nos ordenó abrir las puertas a todos los perseguidos. Sin la orden del Papa, habría sido imposible salvar a tanta gente». Estas palabras pertenecen a la hermana María Corsetti, que recibió ayer de la embajada israelí en Roma la medalla de los «Justos de las naciones», la más alta condecoración judía, por haber contribuido a la salvación de numerosos judíos durante la ocupación nazi de Roma.

Ya el 17 de enero de 1944, todavía en plena ocupación nazi, el secretario de Estado, cardenal Luigi Maglione, envió a la Madre Superiora una carta del Santo Padre, quien se complacía en agradecer a las estimadas Hermanas de San José de Chambéry la obra de misericordia que ejercitaban con tanta comprensión cristiana.

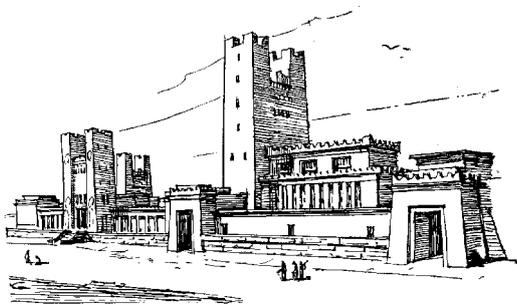
Sor María relata cómo todo empezó en septiembre de 1943, cuando entre tantas dificultades, llegaron a la portería hombres, mujeres y niños judíos que buscaban refugio en el instituto religioso. Entre las mujeres judías recuerda con afecto a Lia Levi (hoy una figura representativa de la comunidad judía de Roma), la señora Ravenna, esposa de un rabino, la señora Calderoni y tantas otras. Con ingenio y discreción se acomodaba a todos del mejor modo posible. De hecho, para evitar sospechas, los niños recibían los documentos necesarios para pasar como alumnos que recibían sus clases normales.

Las monjas se encontraban en peligro constante, ya que la Villa Coen, hoy sede del Colegio Mexicano, era la sede del comando de las SS. El convento se encontraba en el número 260 de la calle del Casaletto, y la Villa Coen, en el número 314 de la misma calle. Además, los alemanes a menudo acudían al convento para

pedir usar la cocina, una sala con piano para sus fiestas, o pedían vajilla y vasos para sus reuniones. Un capitán, de nombre Segismundo, iba muchas veces a la iglesia para tocar el armonio. Una vez tomó en brazos a Rosannina, una niña judía, por la que temíamos ya que todavía no estaba en edad escolar.

«Para evitar que descubriesen la identidad de nuestros huéspedes –explica sor María– cada vez que se acercaban los alemanes, la hermana Anastasia Palombi, la eficaz portera, avisaba a todos con los consabidos gestos. Luego se escuchaba un temeroso «rápido, rápido». Las mujeres se transformaban en hermanas enfermas en cama o en empleadas de la cocina. Muchas se ponían un delantal y una pañoleta haciendo como que trabajaban en el huerto. Estas escenas de terror colectivo se repetían también cuando la hermana Ana María nos advertía de las patrullas que andaban buscando a judíos y desertores. Ella nos comunicaba por teléfono «los hermanos de sor Guillermina (alemana) se encuentran cerca»».

Una vez acabada la guerra, algunos de nuestros huéspedes judíos han seguido viniendo para visitarnos. El 15 de noviembre de 1996, Roberto Calderoni, uno de los niños refugiados de entonces, se presentó con dos representantes de la comunidad judía de Roma, quienes nos entregaron un hermosísimo testimonio en recuerdo de la hospitalidad de aquellos días lejanos. En este certificado está escrito: «Quien salva una vida es como si hubiese salvado el mundo entero», firmado por «la Comisión Judía de Roma a las Hermanas de San José del Casaletto, recordando a quienes con riesgo de la propia vida se prodigaron en salvar a los judíos de las atrocidades nazifascistas».(Ag. Zenit).



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Actualidad del lenguaje corrompido

AHORA conocemos la ley secreta de este vocabulario y sabemos que hoy en día la guerra más terrible sólo puede declararse en nombre de la paz, la opresión más terrible sólo en nombre de la libertad y la inhumanidad más abyecta sólo en nombre de la humanidad». Palabras que escribiera el filósofo Carl Schmitt en el año 1935 y que encajan con asombrosa perfección en la situación en que vive la humanidad en estos inicios de siglo.

La limpieza étnica en el Ulster

LA apertura de archivos es uno de los fenómenos más interesantes de los últimos años. La desaparición de la Unión Soviética abrió las puertas a multitud de archivos que, entre otras cosas, probaron el genocidio soviético en el Gulag y la intervención, más bien oscura, de los comunistas en nuestra guerra civil. A su vez, los archivos vaticanos, también puestos a disposición de los historiadores, han puesto de manifiesto la heroicidad con que el Vaticano se comportó durante el difícil periodo de la segunda guerra mundial.

Ahora le toca el turno a Gran Bretaña, que siguiendo su ley de desclasificación de documentos transcurridos 30 años ha provocado una auténtica conmoción. Sabemos ahora con total certeza gracias a estos documentos hechos públicos que el gobierno británico del conservador Edward Heath planificó en 1972 expulsar *manu militari* a centenares de miles de católicos de Irlanda del Norte y crear una región autónoma exclusivamente protestante. Una limpieza étnica de primera magnitud aprobada por uno de los políticos ingleses más europeísta y mejor considerado en el continente.

Esta propuesta sin precedentes se hallaba en un plan secreto del Ministerio de Defensa entregado al gobierno el 23 de julio de 1972, 48 horas después de una serie de atentados del grupo terrorista IRA que causaron 11 muertos en Belfast y más de 200 heridos. Con ese plan, el gobierno *tory* pensaba poner fin al conflicto entre los republicanos católicos partidarios de la independencia y los protestantes apoyados por Londres, en uno de sus periodos más violentos, con más de 400 muertos en 1972. La primera fase del plan preveía el envío masivo de militares al Ulster (Irlanda del Norte), zona en la que Londres había retomado la admi-

nistración directa tras 51 años de autonomía y gobierno protestante unionista.

Si el Ejército no conseguía controlar la situación, el plan proponía una solución política consistente en partir Irlanda del Norte en dos zonas, una protestante y otra católica. Más de 300.000 católicos norirlandeses hubieran sido desplazados forzosamente a una zona cedida posteriormente a la República de Irlanda y unos 200.000 protestantes habrían tenido que salir de la región abandonada por Gran Bretaña.

Los documentos recogen la opinión de varios ministros británicos que describían la necesidad de crear una «comunidad abiertamente sectaria» para los protestantes. Los artífices del plan sabían que la población católica opondría «una gran resistencia» al desplazamiento, por lo que aconsejaban el uso «completamente despiadado» de la fuerza. Toda una revelación de las intenciones y del modo de obrar que la «civilizada y antipapista» Gran Bretaña ha tenido a lo largo de los siglos respecto de su vecina, la «atrasada y obstinadamente católica» Irlanda.

Corea del Norte, un estado orwelliano

Y ya que abrimos nuestras páginas a resonancias orwellianas, no estará de más dirigir nuestra mirada hacia un país que, aprovechando la situación que se vive en Irak, ha reforzado su posición en el concierto internacional. Nos referimos, claro está, a Corea del Norte, en este caso no hay duda alguna, país poseedor de armas de destrucción masiva y reducto del comunismo más puro. Recientemente, un periodista hacía un retrato de algunos de los lugares más emblemáticos de Pyongyang, su capital. Definía las avenidas centrales como «grandes vías desérticas en la capital de Corea del Norte: todos emplean los pasos subterráneos» y el edificio del Palacio de los Escolares se nos presentaba como «500 salas con poca actividad en las que niños de expresión triste son adiestrados en el amor al Gran Líder». La visita acababa con el Monumento a la «idea juche», una «delirante torre de 170 metros de alto en honor de la idea juche», una especie de doctrina de la autosuficiencia que es presentada como una innovación de los máximos dirigentes del país, los Kim, padre e hijo. Por desgracia no se trata de ficción, sino de la realidad de la utopía comunista que, para disgusto de la versión oficial de la historia, nuestro país dejó pasar de largo.

Los centenarios son quienes crecen más

No nos referimos a las conmemoraciones, sino a los que superan los cien años de vida. Los últimos datos demográficos provenientes de Estados Unidos indican que la franja de población con mayor crecimiento es la que supera el siglo: por ejemplo, según el censo de 1990, vivían en Nueva York 1.455 personas de más de cien años, mientras que en 2000 esta cifra ha aumentado hasta 1.787, lo que supone un crecimiento del 23%. Las estimaciones señalan que los 50.000 norteamericanos que en la actualidad superan los cien años se convertirán en cerca de 1 millón en 2050. Todo un síntoma de la vitalidad de la civilización occidental.

La mayor tragedia de la historia

Al hablar de la composición de la población estadounidense no podemos pasar por alto un lúgubre aniversario: el pasado 20 de enero se cumplían 30 años desde el veredicto del Tribunal Supremo de los Estados Unidos en el caso Roe versus Wade, estableciendo el derecho constitucional a realizar abortos. Desde entonces han sido asesinados impunemente en el seno de sus madres entre 1,3 y 1,5 millones de nonatos al año. El número de fallecidos en tan siniestra guerra supera ya los 40 millones, diez veces más que todos los caídos en todas las guerras emprendidas por los Estados Unidos. Estamos pues ante

unos hechos que, por sus dimensiones y consecuencias, y por el silencio con que han sido aceptados, muestran bien a las claras el tipo de sociedad que ha creado el hombre moderno.

Polonia y Malta se resisten a que la Unión Europea les imponga el aborto

Resulta mucho más clarificador un hecho indiscutible que mil declaraciones de intenciones. Esta sencilla regla es de aplicación al proceso de construcción europeo: mientras se debate enconadamente acerca de las raíces cristianas de Europa, el Parlamento Europeo ha aprobado una resolución en la que se pide a los candidatos que adapten sus legislaciones para reconocer el supuesto derecho al aborto. La autora de la iniciativa ha sido la parlamentaria belga Anne Van Lancker, miembro del grupo socialista.

Por el momento dos países entre los que están actualmente negociando su ingreso en la UE, Polonia y Malta, se han pronunciado en el sentido de reclamar la no imposición de la despenalización del aborto a través de una cláusula especial. En Polonia, la autorizada voz del cardenal Jozef Glemp se ha alzado para rechazar todo intento de imponer el aborto en su país. Por encima de discusiones y buenas intenciones, lo cierto es que la Unión Europea se está mostrando como un poderoso elemento secularizador en su inexorable promoción de la cultura de la muerte.

LA IGLESIA, EL PAPA PÍO XII Y EL HOLOCAUSTO

La gran calumnia contra Pío XII está de moda porque representa el odio del mundo contra la Iglesia Católica, y ha sido tantas veces repetida que es ya aceptada por muchos como una verdad irrefutable. Con estas mentiras, los enemigos de la Iglesia quieren desprestigiar a Pío XII y de este modo desprestigiar el papado. Esperan poder así apagar la voz de la Iglesia y crear una Iglesia sin autoridad que puedan manipular con encuestas y los valores del mundo. La Iglesia, ellos saben bien, es el baluarte contra la cultura de la muerte. Es asombroso ver la complicidad en esta patraña entre casi todos los medios, en las universidades, entre los profesionales...

Se ha dicho también que el Vaticano se niega a abrir sus archivos. Esto también es totalmente falso. Pablo VI mandó abrir los archivos en 1963, año en que surgió la polémica sobre Pío XII. Los archivos han estado disponibles a los historiadores. Se han publicado 11 volúmenes con el material de los archivos referentes a la era del Holocausto.

Eugenio Pacelli, futuro Pío XII, contribuyó a preparar la encíclica *Mit brennender Sorge* (1937), en la que Pío XI condenó el nazismo. La encíclica, prohibida en Alemania, fue introducida en el país de modo

clandestino y leída a los fieles en las iglesias católicas.

En su presentación de la encíclica, el futuro Pío XII comparó a Hitler con el diablo y advirtió proféticamente su temor de que los nazis lanzaran una «guerra de exterminación»

El *New York Times* en su editorial de Navidad de 1941, elogió al Papa Pío XII por «ponerse plenamente contra el hitlerismo» y por «no dejar duda de que los objetivos de los nazis son irreconciliables con su propio concepto de la paz cristiana».

Varios historiadores judíos, como Joseph Lichten, de B'nai B'rith, han documentado los esfuerzos del Vaticano en favor de los hebreos perseguidos. Según el mismo Lichten, en septiembre de 1943, Pío XII ofreció bienes del Vaticano como rescate de judíos apresados por los nazis. También recuerda que, durante la ocupación alemana de Italia, la Iglesia, siguiendo instrucciones del Papa, escondió y alimentó a miles de judíos en la Ciudad del Vaticano y en Castelgandolfo, así como en templos y conventos. Lichten dijo en 1958 que «la oposición [de Pío XII] al nazismo y sus esfuerzos para ayudar a los judíos en Europa eran bien conocidos al mundo que sufre» (Ag. Zenit)

ORIENTACIONES

Desinformación. Método, aspectos y soluciones
Gabriel Galdón López
Pamplona, EUNSA, 1994, 255 pp.

Es el problema del periodismo actual un problema exclusivamente moral? Frente a la respuesta afirmativa que nosotros daríamos casi inmediatamente, se presenta este libro, que, sin dudar de la rectitud moral necesaria en el informador para ejercer esta tarea, investiga más allá de lo inmediato y nos descubre un problema radical en lo que el autor llama el periodismo objetivista, es decir, el periodismo fundamentado sobre presupuestos positivistas, que incapacitan a los posibles intentos de reforma en este campo para conseguir buenos resultados. Tanto el periodismo interpretativo como el periodismo de creación han fracasado rotundamente en su intento de idear un camino alternativo, libre de las insuficiencias de método del periodismo actual.

Así pues, nos seguimos encontrando en esta profesión, una y otra vez, con problemas como una visión parcial y superficial de la realidad, con una acumulación de hechos sin sentido, redundantes, homogéneos, trivializados y fragmentarios, con una idolatría de la actualidad, con una visión artificial y esperpéntica de la realidad, con omisiones esenciales de distinta índole, con la sacralización de la opinión y con la verificación constante que a través de los medios informativos ejerce el poder. Como nos dice Galdón, del ejercicio positivista del periodismo resulta la desmoralización y progresiva deshumanización del periodista —que desaparece en la estructura de las enormes empresas en las que trabaja, convirtiéndose progresivamente en un cínico—, y la manipulación constante de una sociedad que desconoce dicha manipulación.

Pero este libro no se contenta con un completo y detallado análisis crítico de este tipo de periodismo, sino que hace una propuesta de periodismo natural fundamentada en el pensamiento humanístico cristiano, que sorprende por su perfecto encaje en la antropología tomista. Se trataría, por decirlo de modo sintético, de un periodismo que partiese de la posibilidad de conocer la realidad aun con las limitaciones propias del conocimiento humano y que, a partir de ahí, tratase de encontrar su perfección mediante la transmisión de la verdad al resto de los ciudadanos, que podrían así perfeccionarse también en su libertad. Se trataría de huir del sagrado apotema del periodismo actual, según el cual «los hechos son sagrados y las opiniones son libres», y, frente a esto, hacer un intento de explicar los hechos y argumentar las opiniones en pro de la verdad,

BIBLIOGRÁFICAS

JORGE MARTÍNEZ LUCENA

sabiendo que, en el caso del periodista, la afirmación de que «la verdad nos hará libres» adquiere una dimensión política.

Se trata, en fin, de un libro esperanzador, que siembra catolicismo en las ciencias de la información con un rigor académico que nos anima, pero que nos aleja del espejismo de una tarea reformadora fácil, que nos mueve a recomendarlo a todo aquel que trabaje en este ámbito, a todo aquel que quiera estudiar o esté estudiando Periodismo, y a cualquier persona con la curiosidad suficiente como para querer entender la desinformación a la que se ve expuesto constantemente.

Cuentos de Arco Largo

G. K. Chesterton

Valdemar (Col. El Club Diógenes), 2002.

Traducción: José Luis Moreno-Ruíz

De nuevo el mundo al revés. El mundo es un inmenso manicomio donde sólo los más locos gozan del sentido común necesario para darse cuenta de ello. Como en tantas novelas de Chesterton, éste es el tema del presente libro.

La *Liga del Arco Largo* —«tirar con el Arco Largo» es una expresión inglesa que significa algo así como «largar trolas»— no es más que una asociación espontánea de chalados que luchan contra la rutina y el absurdo de la modernidad y su materialismo, iglesia institucionalizada.

En cada uno de los cuentos, unidos por una trama novelesca, se intenta demostrar la supremacía de la tradición inglesa sobre el racionalismo y la burocracia que éste genera. A través de cada una de las vidas de estos simpáticos locos, lo único que se está reclamando es que no se intente transformar al hombre en algo que no es, que no se intente desnaturalizar el mundo de modo que se haga inhabitable para los humanos y su imaginación, siempre en busca de conseguir imposibles. Personajes como el Coronel Crane, que se pasea varios días con una col en la cabeza, desconcertando a la gente de su barrio, con el único fin de poder comerse su sombrero; como Mr. Owen Hood, un abogado de cabellera encendida, que le pega fuego al Támesis; como el héroe romántico que es el Capitán Pierce, que consigue, mucho antes que Pink Floyd, y sin consumir ningún tipo de psicotrópico, que los cerdos vuelen; como el reverendo White, que se pasea en elefante por los confines de Inglaterra; como el millonario ameri-

cano Enoch Oates, que perfecciona su riqueza regalando *tres acres de tierra y una vaca* al campesino inglés –siguiendo los postulados del *distributismo*, ideario político que proclamó G. K. Chesterton junto a su hermano Cecil–, además de confeccionando bolsos de seda de cerdo; como el profesor Green, joven promesa de la astrofísica moderna, que decide quitarse sus perpetuas gafas azules de científico moderno para poder mirar la realidad en toda su belleza y demostrar que hay una vaca que salta por encima de la luna; el comandante Blair, genio de la técnica militar, que consagra su vida a construir castillos en el aire, que además vuelan... No son más que personas corrientes que se asocian para reivindicar el sentido común en un mundo que ha perdido la cabeza porque sólo ha utilizado la cabeza, olvidando el corazón, para transformar el mundo.

Para Chesterton, el corazón es el motor que resulta omnipresente a lo largo de todos los relatos. La amistad, el amor y el deseo de formar una familia, son las paradas de la lógica chestertoniana, ya que sólo es posible la verdadera reconstrucción social desde la recuperación de la familia como útero espiritual del hombre, y sólo es posible la aparición de una sociedad justa a partir del cultivo de la propia intimidad en la amistad y en el hogar.

Sinceramente recomendamos de nuevo la lectura de

este genio inglés. Se trata de una experiencia difícil de igualar en diversión. El mundo se hace mágico a su alrededor. Toda vida puede convertirse en una odisea si sabemos entender lo que se nos pone delante, aunque parezca que lo entendemos con la mirada del loco. El autor nos demuestra, de nuevo, que no se trata de buscar nuevas teorías, de ensayar farallones de vanguardias, de ser crítico ante todo sin adherirse a ninguna doctrina. Como él mismo decía: «sólo hay dos clases de persona: las que aceptan los dogmas y lo saben, y las que aceptan los dogmas y no lo saben. La única ventaja que tengo (...) es que yo pertenezco a la primera clase.»

El secreto de Chesterton es que la realidad, en sí misma, guarda un secreto, y que, por tanto, no es necesario inventárselo, dejando la realidad a un lado como algo pesado, prosaico y aburrido. Recordando el *Cántico* de Guillén, podríamos decir: «La realidad me inventa, / Soy su leyenda. ¡Salve!», y tras la comprensión de esa arcana revelación, en medio de un mundo que afirma todo lo contrario, la vida se transforma en una aventura en la que las fuerzas nunca se agotan, pues son repuestas en ese infinito abrevadero que es la esperanza. Como el libro nos dice: solo así lo imposible es posible; sólo así es posible lanzar la flecha que es la vida más allá: tirando con el Arco Largo.

HEROES OLVIDADOS DE LA SALVACION DE JUDIOS DEL HOLOCAUSTO

El libro *La banalidad del bien* recoge el increíble testimonio de Giorgio Pierlasca

Gracias a Steven Spielberg, la labor de un empresario alemán católico que salvó a cientos de judíos en la Alemania nazi ha resucitado la memoria de una época que muchos quisieran olvidar. Pero si Oskar Schindler ha pasado a los anales de la historia, justamente debería ofrecer un merecido homenaje a otros muchos olvidados, que arriesgaron su vida en la misma empresa, con un arrojo y una valentía dignos de convertirse en leyenda.

La historia del llamado «Holocausto» está llena de sombras, pero también de grandes luces. Junto a Schindler, resplandecen otros nombres con luz propia: los de un grupo de diplomáticos voluntarios que, en la lejana Budapest, lucharon denodadamente por salvar a miles de judíos de la deportación y de la muerte.

Se trata del primer secretario de la embajada sueca, Raúl Wallemborg (que desapareció misteriosamente con la llegada de los rusos, y sobre el que los soviéticos nunca dieron explicaciones); del nuncio apostólico Angelo Rotta; del vicecónsul de Suiza Karl Lutz, del encargado de negocios español Ángel Sanz-Briz; del encargado de negocios portugués conde de Pongrac; del delgado de la Cruz Roja sueca Valdemar Langlet; y un audaz impostor italiano, Giorgio Perlasca, tratante de ganado y fingido diplomático español, que durante los 45 angustiosos días que duró la rendición

de Hungría protegió a miles de personas en las casas de la Legación Española. Precisamente, este quijotesco personaje, que arriesgó su propia vida sin atender más que a su conciencia, es el centro de la historia que narra en el libro *La banalidad del bien* (Editorial Herder). «La ocasión hace del hombre un ladrón... de mí hizo otra cosa», afirmó siempre Perlasca, sin gloriarse jamás personalmente de su acción, con esa típica sabiduría, mezclada con la mesura y sentido del humor propios de los grandes.

El autor reconstruye lo que constituyó la acción heroica de los diplomáticos de las potencias neutrales para salvar a gran parte de la comunidad hebrea de Budapest. Asimismo, testifica la labor que el gobierno de España realizó a favor de los judíos, en Hungría y en otros lugares, mediante la concesión de salvoconductos españoles a judíos, con la excusa de la ley, dictada en 1924 por Miguel Primo de Rivera, por la que se concedía a los judíos sefardíes el derecho de ciudadanía española. No había más que unos 200 sefardíes en Hungría... pero la Legación Española salvó a más de 5 mil, amén de colocar banderas españolas en otras casas y hospitales para protegerlos. Otros datos que se ofrecen en el libro son altamente reveladores: unos 28 mil judíos cruzaron los Pirineos durante la guerra, acogidos por las autoridades españolas. Según los historiadores, España salvó en total entre 30 mil y 60 mil víctimas del Holocausto. (Ag. Zenit)



emos leído

ALDOBRANDO VALS

Occidente se autodestruye

Desde Italia, donde Oriana Fallaci inició una polémica en torno al significado de Occidente, nos llega el eco del impacto provocado por las tesis de Francesco Alberoni. En un artículo publicado en el Corriere della sera, los pueblos occidentales éramos equiparados a los romanos paganos que vivieron el proceso de decadencia y caída del Imperio romano. Según Alberoni, compartimos con ellos «el culto al cuerpo y al placer, la promiscuidad, la homosexualidad; mientras desaparecía la familia, se hundían los nacimientos. La gente, perdida la fe en la religión tradicional, se refugiaba en cultos esotéricos y orgiásticos. Y mientras, se abría camino una nueva religión que adoraba a un Dios muerto sobre la cruz, cuyos seguidores vivían una moralidad férrea. También hoy ocurre algo parecido: vivimos en un Occidente multiétnico, promiscuo, posmoderno, donde todo está permitido y todos exigen nuevas permisividades. Donde la gente evita el trabajo manual, fatigoso, donde nadie quiere luchar y morir por ningún ideal». Retrato tremendo, que nos augura un futuro desasosegante, pero que no considera que, al igual que hace dos milenios, la Historia está en manos de Dios. Esa religión que se abrió paso entonces sigue hoy viva pues recibe su vitalidad, no de mano humana, sino del Altísimo. Sí, la tragedia del Occidente apóstata ya se ha cobrado innumerables vidas y dolor, pero una lectura atenta de las Escrituras y del Magisterio reconfortan y nos llenan de esperanza; no de optimismo iluso, sino de esperanza sobrenatural.

Abolición de la pena de muerte y pérdida del sentido del pecado

Hablar hoy de pena de muerte y no declararse virulentamente contrario a la misma significa, en las más de las ocasiones, quedar excluido del debate público. Y sin embargo el Magisterio ha reconocido en múltiples ocasiones (como en el reciente Catecismo de la Iglesia) su justo fundamento en determinadas ocasiones de extrema gravedad. James Hitchcock, editor de la revista norteamericana Touchstone, acaba de abordar algunas cuestiones relacionadas con esta materia en su conferencia «Pena capital y cambio cultural en la vida americana», dictada en el «Faith and Reason Institute». Nos parece de gran interés su reflexión, de la que entresacamos algunos párrafos, por cuanto aporta algo de luz a la aparente contradicción de una sociedad cada vez más sensible ante la pena capital y, al mismo tiempo, completamente insensible a fenómenos tales como la extensión del aborto, la eutanasia, la reproducción artificial, la clonación o incluso el infanticidio selectivo prenatal:

«Irónicamente, la inquietud liberal por la libertad y dignidad del criminal necesariamente se convierte en la negación de que el criminal, de hecho, posea tal libertad y en consecuencia invalida cualquier objeción de privarlo de una libertad que realmente no posee. Así pues, la criminología liberal, en buena lógica, establece que los criminales no sean tratados de forma diferente a como se trata a los lunáticos, los imbeciles y otros juzgados incompetentes.

Ya C. S. Lewis advertía de que un enfoque terapéutico de la criminalidad, aunque pretendidamente más humano que el castigo directo, encarna un enorme peligro, pues permite

que el terapeuta tome efectivamente el control incluso de la vida íntima del criminal en nombre del propio bien de este último».

Y más adelante Hitchcock señala «que el rechazo más fuerte a la pena de muerte proviene de países que podemos llamar “post-cristianos” y que, aunque la argumentación se presente a menudo bajo lenguaje teológico, deriva principalmente de las ideas que conforman el secularismo moderno. Como ha dicho el cardenal Dulles:

“A pesar de que este cambio pueda contemplarse como un progreso moral, es probable que se deba a la evaporación del sentido de pecado, culpa y justicia retributiva, esenciales para la religión bíblica y la fe católica. La abolición de la pena de muerte en los antiguos países católicos le debe más al humanismo secularista que a una penetración más profunda en los Evangelios”.

En el fondo, el moderno liberalismo sencillamente no puede admitir la creencia en la realidad del mal desde el momento en que todos sus esfuerzos se basan en la creencia, no siempre explícita, en el progreso, a través del cual una buena educación y unos cuantos ajustes sociales podrán eliminar todas las patologías. Mientras que un cristianismo ortodoxo no requiere de la pena de muerte, la oposición a la pena capital a menudo implica la negación de ciertas creencias morales cristianas, tal y como expuso Pío XII entre muchos otros. Como indicó C. S. Lewis, la pena de muerte, y de hecho cualquier tipo de castigo, descansa en la asunción de que los seres humanos en situaciones particulares merecen ser tratados de diferente modo, mientras que la teoría «humanitaria», un término que Lewis consideraba completamente inadecuado, busca siempre minimizar cualquier concepto de responsabili-

dad moral y en consecuencia no trata a los criminales como seres verdaderamente morales y libres».

La reacción de los católicos frente a las películas injuriosas

La aparición en las pantallas de nuestros cines de películas injuriosas y manipuladoras en contra de la Iglesia se está convirtiendo en una rutina. Son películas que falsean descaradamente la realidad y que rezuman resentimiento, auténticas armas arrojadas que la modernidad secularista lanza contra la Esposa de Cristo. No ahorran en medios para provocar el escándalo y hacer daño. Un día es la labor educativa de las religiosas, otro el papel de la Iglesia ante el nazismo, mañana cualquier otro tema. Lo único relevante es desacreditar a la Iglesia y, puesto que no encuentran motivos sólidos, los

inventan con el mayor descaro. Mario Palmaro, desde las páginas de la revista italiana Il Timone, analiza con rigor y sentido del humor a un tiempo las reacciones de los católicos ante estos ataques:

«Frente a las agresiones provenientes del mundo del cine, los católicos demuestran una actitud bastante curiosa, que encaja en alguna de las siguientes tipologías:

–**Los indiferentes:** es como si el ultraje infringido a la Iglesia fuera algo ajeno e impalpable. El católico medio, incluso aquellos «comprometidos» y que colaboran con sus parroquias, prefiere mirar hacia otro lado porque «hay cosas más importantes que hacer».

–**Los equidistantes:** Nostálgicos del 68. Sí, dicen, la película es insultante, pero contiene también elementos de verdad. Hagamos un cinefórum en la parroquia y abramos un debate.

–**Los reactivos:** son considerados peligrosos integristas y, como tales, aislados. Reciben a menudo la admiración de los no católicos honestos que no salen de su asombro ante el silencio de las categorías anteriores.

–**Los astutos:** mejor callar para no hacer publicidad a la película. Pero la regla no vale si la película insulta, pongamos por caso, a los judíos o a los extracomunitarios. Entonces se considera necesario promover recogidas de firmas, manifestaciones y celebraciones conjuntas de reparación.

–**Los autoflagelantes:** categoría cada vez más nutrida. Parten de un presupuesto «jacobino»: si el director ha filmado una película así, seguramente algo malo habrá hecho la Iglesia. Por lo tanto, pidamos perdón y estemos callados pues somos culpables».

TESTIMONIOS DE GRATITUD HACIA PÍO XII

Después de la guerra, organizaciones y personalidades judías reconocieron varias veces oficialmente la sabiduría de la diplomacia del Papa Pío XII.

El Congreso Judío Mundial agradeció en 1945 la intervención del Papa, con un generoso donativo al Vaticano.

En el mismo año, el gran rabino de Jerusalén, Isaac Herzog, envió a Pío XII una bendición especial «por sus esfuerzos para salvar vidas judías durante la ocupación nazi de Italia».

Israel Zolli, gran rabino de Roma, quién como nadie pudo apreciar los esfuerzos caritativos del Papa por los judíos, al terminar la guerra se hizo católico y tomó en el bautismo el nombre de pila del Papa, Eugenio, en señal de gratitud. El escribió un libro sobre su conversión ofreciendo numerosos testimonios sobre la actuación de Pío XII.

El jueves 7 de septiembre de 1945 Giuseppe Nathan, comisario de la Unión de Comunidades Judías Italianas, declaró: «Ante todo, dirigimos un reverente homenaje de gratitud al Sumo Pontífice y a los religiosos y religiosas que, siguiendo las directrices del Santo Padre, vieron en los perseguidos a hermanos, y con valentía y abnegación nos prestaron su ayuda, inteligente y concreta, sin preocuparse por los gravísimos peligros a los que se exponían» (*L'Osservatore Romano*, 8 de septiembre de 1945).

El 21 de septiembre del mismo año, Pío XII recibió en audiencia al doctor A. Leo Kubowitzki, secre-

tario general del Congreso judío internacional, que acudió para presentar «al Santo Padre, en nombre de la Unión de las Comunidades Judías, su más viva gratitud por los esfuerzos de la Iglesia católica en favor de la población judía en toda Europa durante la guerra» (*L'Osservatore Romano*, 23 de septiembre de 1945).

En 1958, al morir el Papa Pío XII, Golda Meir (ministro de Asuntos Exteriores de Israel) envió un elocuente mensaje: «Compartimos el dolor de la humanidad (...). Cuando el terrible martirio se abatió sobre nuestro pueblo, la voz del Papa se elevó en favor de sus víctimas. La vida de nuestro tiempo se enriqueció con una voz que habló claramente sobre las grandes verdades morales por encima del tumulto del conflicto diario. Lloramos la muerte de un gran servidor de la paz».

El bien de los judíos requería que el Papa se abstuviera de hacer declaraciones contra los Nazis durante la ocupación alemana. La ayuda se tenía que efectuar por otros medios. También la Cruz Roja Internacional y el Consejo Ecuménico de las Iglesias coincidieron con la Santa Sede en que era mejor guardar silencio para no poner en peligro los esfuerzos en favor de los judíos. Pero nadie ataca a la Cruz Roja por su «silencio» ante el Holocausto.

El diplomático Israelí Pinchas Lapide calculó que Pío XII fue personalmente responsable por salvar al menos 700,000 judíos. (Ag. Zenit)



De otras fuentes

La gran mentira

Reflexiones sobre los modernos ataques a Pío XII, por RALPH McINERNEY («Catholic Dossier», enero-febrero de 2001, pp. 5-7, trad. de Joaquín Zaragoza Rojas)

«He dicho que Pío XII da la impresión de ser un hombre esperando con paciencia su martirio. Ya ha escapado de él a duras penas. En su coronación se le oyó al embajador de Alemania: «Muy emocionante, muy bonita, pero será la última» y el momento llegó durante la guerra, bajo la ocupación alemana, cuando se esperaba el fin. Se dijo que Hitler había proferido la amenaza de arrasar el Vaticano hasta los cimientos, y desde luego es cierto que el administrador recibió un día órdenes de «el de ahí arriba» para elaborar un plan para convocar instantáneamente a los embajadores de las grandes potencias en San Pedro, de forma que el Papa, si fuera necesario, pudiese hacer un anuncio de extrema importancia. Pero la amenaza de muerte o exilio pasó: la orden fue anulada. Ahora el peligro amenaza otra vez...»

Esto escribía Graham Greene en 1951, en un ensayo sobre Pío XII. El peligro que él vio y que se acercaba amenazador procedía de detrás del Telón de Acero; el peligro que había pasado era el de la Alemania nazi.

Greene escribía en un tiempo en que el heroísmo de Pío XII durante la guerra era universalmente alabado. Los esfuerzos del cuerpo diplomático del Vaticano en los distintos países ocupados por los alemanes, en los cuales el siniestro Eichmann buscaba sus presas, habían recibido los parabienes de todos los hombres libres, y sobre todo de los habitantes

del nuevo estado de Israel. Había arboledas plantadas en honor del Papa y de muchos de sus nuncios, en especial del cardenal Roncalli quien, siendo nuncio en Estambul, había sido el brazo derecho de Pío XII en el rescate de los judíos. Pío XII escapó al martirio en vida, pero tras su muerte ha sido víctima del martirio del vilipendio, la difamación y la increíble falsificación.

La campaña para denigrar a Pío XII ha tenido un éxito que llega más allá de los sueños de la mendacidad. Los esfuerzos de Stalin para minar la autoridad papal no tuvieron más éxito que los de Hitler. De hecho, en vida del Papa, no hubo serios cuestionamientos de sus esfuerzos durante la guerra y en especial de antes de la guerra, cuando era Secretario de Estado del Vaticano en tiempos de Pío XI. Por ese motivo, hay y hubo pocas críticas acerca del modo en que Pío condujo los diversos asuntos de la Iglesia distintos de las actividades públicas y diplomáticas que interesan al historiador laico. En su encíclica de 1950, *Humani generis* Pío XII había tratado sumariamente el renacer del modernismo en la denominada *Nouvelle theologie* («nueva teología»). Entregó a su sucesor Juan XXIII (Roncalli) una Iglesia en la que todo estaba en su sitio, de manera que cuando Juan convocó el concilio ecuménico que sería conocido como Vaticano II, dijo que quería un concilio pastoral, puesto que no había disputas ni dificultades doctrinales. Cuando Pío XII murió en 1958, el coro de admiración se incrementó. Todos los líderes mundiales —con la excepción de los soviéticos y de aquellos que se hallaban bajo la bota rusa— elevaron hasta los cielos a Pío XII. Pocos años después, todo eso cambió.

La causa principal del cambio fue la obra de Ralf Hoehnuth *El vicario*.

En ella, el papa de la guerra es retratado como indiferente al destino de los judíos bajo Hitler y hasta colaborando con los nazis en el Holocausto. Una obra así sólo podía salir de una Alemania que había visto al arte de la propaganda mentirosa alcanzar cotas insuperadas de perfección con Goebbels y Hitler. La técnica era lanzar una mentira tan descomunal que cualquier intento de refutarla sería visto al menos como una parcial admisión de la culpa. Rolf Hoehnuth había crecido bajo el régimen nazi. Entró en las Juventudes Hitlerianas a la edad de diez años. Más tarde describiría su experiencia como algo similar a los Boy Scouts, pero por supuesto esto no era del todo exacto. Como muchos alemanes, como su familia, Rolf creía en la propaganda del régimen, y esperaba un Reich de mil años. Más aplastante que la derrota de 1945, más deprimente que la montaña de escombros a que Alemania se había visto reducida, era el aborrecimiento hacia su país. Sin duda como muchos otros alemanes, el joven Rolf creyó en la Solución Final, el esfuerzo de Hitler por exterminar a los judíos de Europa. Una nación derrotada era también un paria moral.

Las alabanzas a Pío XII tras su muerte incrementaron el sordo resentimiento de Rolf. Rolf era protestante, y le irritaba sobremanera que un Papa recibiera tal canonización laica. Con este humor, Rolf encontró inesperadamente un libro, escrito por un católico, que detallaba los esfuerzos de Pío XII por salvar a los judíos. En él, el autor pronunciaba el vacuo juicio de que el Papa «podía haber hecho más». Rolf se apoderó de él, y lo convirtió en el retrato de un Papa en connivencia con los nazis, negándose a pronunciar la palabra que lo habría detenido todo, de hecho más culpable que alemanes

como Rolf Hochnuth. El antiguo miembro de las Juventudes había hallado la válvula de escape para liberar su propia carga de culpa. Y la de su país.

Que la obra era un evidente disparate histórico es cosa que ha sido demostrada una y otra vez a lo largo de las décadas transcurridas desde la aparición de *El vicario*. Pero la mentira es tan gigantesca que las refutaciones más bien parecen indicaciones nimias de un sentimiento de culpa. Además, la obra hizo posible la aparición de ataques contra Pío XII que vinieron no ya de detrás del Telón de Acero sino de escritores judíos. ¿Por qué atacarían los judíos a un hombre que había hecho tanto por ellos durante los años de Hitler? En respuesta a estos sorprendentes ecos de Hochnuth en la obra de historiadores judíos, Pinchas Lapide, que había participado como soldado judío en el ejército británico en la liberación de un campo en Italia, contrató haciendo una estimación sistemática de lo que el Papa y sus nuncios habían hecho de veras durante los años terribles de la Segunda Guerra Mundial. Concluyó que el número de judíos a los que Pío XII salvó de una muerte cierta a manos de los nazis podía alcanzar el millón, pero que podía fijarse con seguridad en torno a 860.000 vidas

Teniendo en cuenta que unos dos millones de judíos en total fueron rescatados de las garras de Hitler, la hazaña de Pío resulta clara. También está claro que ninguna otra persona o grupo llegó siquiera a acercarse a la hazaña de Pío XII y sus nuncios. Pero ¿zanjó la cuestión el libro de Lapide? ¡Ay!, no lo logró. El estruendo de las críticas contra el Papa Pío prosigue, incluso aumenta. ¿Por qué? Los autores judíos pueden estar motivados por algo similar a lo que motivó a Rolf Hochnuth. Hubo muchos heroicos esfuerzos por parte judía en el rescate de sus correligionarios de los territorios ocupados durante la Segunda Guerra Mundial, pero dicho esfuerzo se vio comprometido por la lucha entre judíos sionistas y no sionistas, con el resultado de que, como admiten los historiadores judíos, por parte de los judíos de otros

lugares se hizo menos de lo que se podría haber hecho por los judíos europeos. Pío XII era un héroe en Israel al final de la guerra, y siguió siéndolo en el momento de su muerte. Hoy en día ya no hay judíos en las primeras filas de sus admiradores.

Además del motivo ya indicado – culpar al Papa por su éxito a causa de lo inadecuado del esfuerzo judío – se encuentra la actitud del Vaticano hacia el estado de Israel. Los Papas no han firmado la agenda israelí, particularmente en el asunto del destino de Jerusalén, y esto causa resquemor. Lapide, que formó parte del gobierno israelí, se unió a los otros judíos en las críticas. Por estas y por otras razones ha llegado a ser opinión comúnmente admitida entre los judíos que Pío XII simpatizaba con los nazis e hizo poco o nada por rescatar a judíos de las garras de la Gestapo. Hochhuth, el digno sucesor de Josef Goebbels, diseñó una mentira sobre Pío XII que a lo largo de los años ha ido agrandándose como una bola de nieve desde que él la echó a rodar.

El punto más bajo en este asesinato de un personaje lo alcanzan aquellos autores que continúan denominándose católicos a pesar de su rechazo de dogmas centrales de la fe. Disfrazados de católicos avergonzados, se unen al asalto de Pío XII. Los infames esfuerzos de Gary Wills y James Carroll en este nuevo capítulo del anticatolicismo han sido saludados por los viejos enemigos de la Iglesia con la misma alegría que una vez manifestaron los lectores de Maria Monk. Estos supuestos católicos recuerdan mucho a aquellos judíos ignorantes que se unieron al partido nazi. Ha ido haciéndose cada vez más claro que para estos Judas el blanco no es en realidad Pío XII. Más bien es la Iglesia y sus enseñanzas, las cuales estos escritores se niegan a aceptar, e intentan oponerse a ella denigrando a la Iglesia como institución. No sorprende en absoluto que tales críticos estén obsesionados con el sexo.

La gran cruz de estos «católicos» es la encíclica del papa Pablo VI *Humanae vitae*, de 1968. Que la Iglesia no quisiera dar su aprobación

a la revolución sexual de los años 60 supuso una gran conmoción para muchos católicos que habían malinterpretado la intención del Vaticano II. Durante más de un cuarto de siglo han tratado de presentar la insistencia de Pablo VI sobre la naturaleza del acto marital como una traición del Vaticano II. Pero estos nuevos conciliaristas ni tienen apoyo en el Concilio. Ni en la larga tradición de la enseñanza de la Iglesia. Ni tampoco en la moral común. En estos tiempos en que Occidente se ve arrastrado por una oleada de sexualidad incontrolada que ha supuesto el debilitamiento de la familia, del lazo marital y de la relación natural entre padres e hijos –por no hablar de la enfermedad y la miseria física que han acompañado al sexo «sin culpa»– ¡la Iglesia se ve atacada por no querer hacerse ciudadana de Sodoma y Gomorra! No sólo es cierto que la verdad libera, también lo es que la falsedad esclaviza. Ahora los matones vilipendiadores se lanzan contra Juan Pablo II, que es el archienemigo de aquellos «católicos» que presumen de hablar en nombre del Concilio.

Los historiadores buenos y malos, con prejuicios o sin ellos, harán sus juicios sobre el Papa. Haciendo eso se guiarán por el criterio con que acometan su tarea, criterio de la mayor o menor relevancia del papel que ese Papa haya desempeñado en la Iglesia. Esto da lugar a variaciones en las historias que se escriben, e indica, como sugirió el cardenal Newman, que todas las historias son parciales. Los ataques contra Pío XII no pueden explicarse por estas honorables variaciones en los informes históricos. Hay algo diabólico en esta campaña por mostrar a la Iglesia de Cristo como una enemiga de la humanidad, como un obstáculo para el progreso y la felicidad. Diabólico, pero no nuevo. Desde el relato del Génesis, y a lo largo de toda la Biblia, Satán es retratado como un mentiroso. No hay verdad en él. Bajo su bandera marchan aquellos que muestran el bien como el mal, la verdad como la falsedad, y a Pío XII, el mejor amigo que jamás haya tenido el pueblo judío, como su enemigo.

El Rosario en familia y el Congreso Eucarístico de Barcelona

La revista CRISTIANDAD tenía hace cincuenta años dos secciones fijas que representaban respectivamente, lo que ahora llamamos, la «Actualidad política» y la «Actualidad religiosa», que trataban dichas cuestiones quincenalmente, según la periodicidad de la revista. Aquellas eran secciones fijas muy extensas y de sustancioso interés, –sostenidas con edificante tenacidad por dos asiduos colaboradores bien conocidos, aunque anónimos en sus firmas. Releer ahora aquellas secciones es bien ilustrativo de la permanencia de algunos de tales temas. CRISTIANDAD se siente impulsada a seguir estas secciones de noticias, con la actual periodicidad mensual con que inauguramos este año, deseando que nuestros lectores tengan información fidedigna de ambas cuestiones.

En la presente ocasión hemos escogido dos breves noticias religiosas de entonces, entre las muchas que comentaba la revista, por su relación con hechos, que también han sido noticia de la presente actualidad. Nos referimos al Rosario como oración familiar por excelencia, recomendada por los obispos españoles en aquel año y al Congreso Eucarístico de Barcelona recientemente celebrado. Ambas noticias han tenido ahora su presencia.

Como se recordará, este año de 2003 ha sido declarado por el Papa Juan Pablo II, «año del Rosario». Decía el Papa actual que deseaba ser recordado como «el Papa de la familia» y ciertamente será recordado sobre todo como el Papa que se

ha atrevido a ampliar el Rosario, la oración familiar por excelencia, para que exprese con mayor plenitud la totalidad de los misterios de Cristo a la luz especial de la devoción a su Madre santísima. Entonces como ahora renovamos la eficacia insustituible del rezo del rosario en familia que nos invita a meditar los misterios más esenciales de nuestra fe bajo la mirada de María.

Por otra parte, acabamos de celebrar el cincuentenario del XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona, cuya memoria no se ha podido borrar –aunque se ha intentado– ni en la descristianizada Barcelona actual. Tal fue su impacto religioso y aún social. El tema de aquel Congreso fue precisamente la paz en el mundo, cuestión de perenne y acuciante actualidad. Y decía el cardenal Griffins que se había hecho más por la paz en el mundo en aquel Congreso Eucarístico que en muchas discusiones puramente humanas. Esta es una lección inolvidable, precisamente en nuestro mundo actual. La paz es sin duda un bien exclusivamente reservado a Dios, que se alcanza con la oración, como decía el Papa Pío XII en su radiomensaje del año 1952 y que nuestra revista reproducía también íntegramente. Precisamente era la paz el objeto de la editorial del nuevo año de CRISTIANDAD para aquel 1953.

Es por esta razón que hemos elegido estas dos noticias de entonces como perenne actualización de los dos recientes hechos religiosos.

El Rosario en familia, consigna para la Acción Católica española en 1953-1954

La Conferencia de Metropolitanos de España, actuando como Junta Suprema de Acción Católica, ha resuelto señalar como consigna, para las campañas de Acción Católica en el bienio 1953-1954, el «Rosario en familia».

La consigna se hace eco, por una parte, de las insistentes exhortaciones con que fomenta el Romano Pontífice esta insigne y popularísima devoción mariana, y obedece, por otra, al deseo de ofrecer un remedio

eficaz para dos males funestísimos, que afligen al mundo actual: el paganismo y materialismo, que todo lo invaden. Son cada vez menos los que oran, en tanto que son cada vez más los que profanan la santidad de la familia, base primaria de la sociedad y fundamento del bienestar espiritual y temporal de los pueblos.

El documento en que se da la consigna, a que nos referimos, señala que el remedio más seguro para combatir ambos males y sanear el ambiente social es vol-

ver a reunir, como antaño, en torno a la Madre de Dios, a los miembros de cada hogar, para santificarlos con el rezo filial del rosario, alimentar las almas con la meditación de sus misterios y obtener para todos la protección de la Mediadora de todas las gracias.

El mensaje de Fátima, mensaje de penitencia, repa-

ración, renovación cristiana y filial confianza en el Corazón Inmaculado de María, está íntimamente vinculado con la devoción del rosario, que los Metropolitanos, en representación de todo el Episcopado Español, piden que se propague en toda España, principalmente bajo su forma más simpática y eficaz de acto colectivo del hogar.

Mensaje del cardenal Griffins a los oyentes españoles de la BBC

Con motivo de las fiestas de Navidad, el cardenal arzobispo de Westminster, monseñor Griffins, ha dirigido un mensaje por medio de la emisora de la B.B.C., de Londres, a los oyentes españoles de la misma. Entresacamos de dicho mensaje los siguientes párrafos:

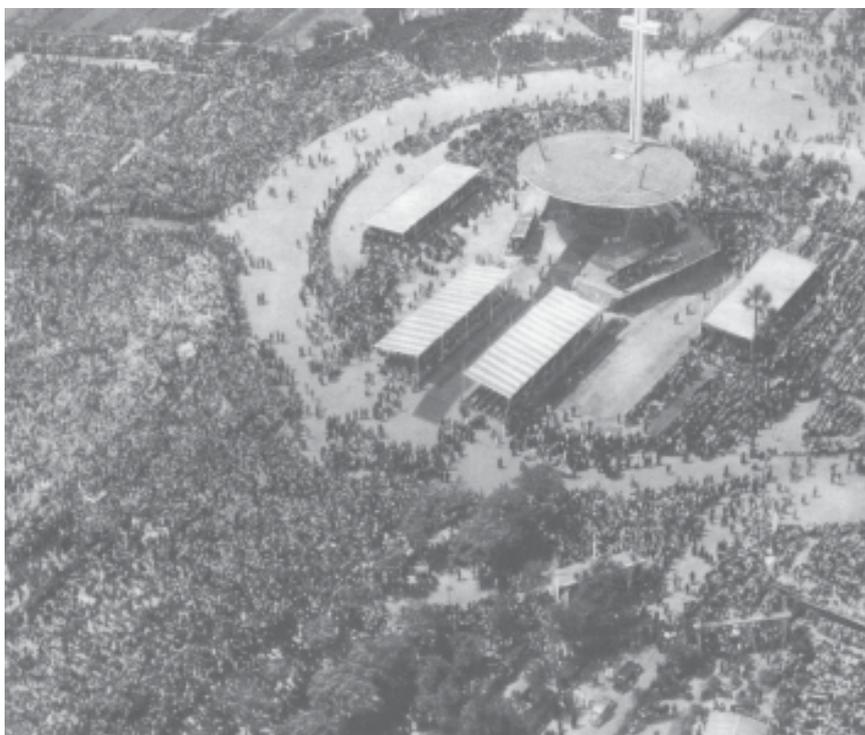
«Este año, que va alcanzando su fin, quedará siempre en mí inseparablemente unido a España y al glorioso Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona. Jamás olvidaré la devoción y fervor religioso que el pueblo español mostró en aquellos días. Permanecerán siempre los recuerdos de las grandes ceremonias de aquella última semana de mayo y de la procesión final del Santísimo Sacramento el domingo de Pentecostés. El magnífico espectáculo de la Avenida del

Generalísimo, llena de sacerdotes con sus casullas y sus sobrepellices, la vista impresionante de aquellos grupos de peregrinos procedentes de todo el mundo, la bendición final del Santo Sacramento y las palabras transmitidas por el Santo Padre. Todo ello vivirá en nuestras mentes y servirá de inspiración al mundo».

El Cardenal señaló que en aquellos días se avanzó en Barcelona en el camino de la paz entre los pueblos, más de lo que se consiguiera con discusiones y luchas enconadas.

Terminó su alocución el cardenal Griffins, implorando al Divino Niño otorgue al mundo el cumplimiento de su deseo de paz.

HIMMANU-HEL



Vista aérea de la plaza Pío XII durante la Misa pontifical celebrada el último día del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona.

CONTRAPORTADA

La conducta de los católicos en la vida política

Nota doctrinal de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política.
(24 de noviembre de 2002, Solemnidad de N. S. Jesúscristo Rey del universo)

[...]

Se puede verificar hoy un cierto relativismo cultural, que se hace evidente en la teorización y defensa del pluralismo ético, que determina la decadencia y disolución de la razón y los principios de la ley moral natural. Desafortunadamente, como consecuencia de esta tendencia, no es extraño hallar en declaraciones públicas afirmaciones según las cuales tal pluralismo ético es la condición de posibilidad de la democracia. Ocurre así que, por una parte, los ciudadanos reivindican la más completa autonomía para sus propias preferencias morales, mientras que, por otra parte, los legisladores creen que respetan esa libertad formulando leyes que prescinden de los principios de la ética natural, limitándose a la condescendencia con ciertas orientaciones culturales o morales transitorias, como si todas las posibles concepciones de la vida tuvieran igual valor. Al mismo tiempo, invocando engañosamente la tolerancia, se pide a una buena parte de los ciudadanos –incluidos los católicos– que renuncien a contribuir a la vida social y política de sus propios países, según la concepción de la persona y del bien común que consideran humanamente verdadera y justa, a través de los medios lícitos que el orden jurídico democrático pone a disposición de todos los miembros de la comunidad política. La historia del siglo xx es prueba suficiente de que la razón está de la parte de aquellos ciudadanos que consideran falsa la tesis relativista, según la cual no existe una norma moral, arraigada en la naturaleza misma del ser humano, a cuyo juicio debe someterse toda concepción del hombre, del bien común y del Estado.

Esta concepción relativista del pluralismo no tiene nada que ver con la legítima libertad de los ciudadanos católicos de elegir, entre las opiniones políticas compatibles con la fe y la ley moral natural, aquella que, según el propio criterio, se conforma mejor a las exigencias del bien común. La libertad política no está ni puede estar basada en la idea relativista según la cual todas las concepciones sobre el bien del hombre son igualmente verdaderas y tienen el mismo valor, sino sobre el hecho de que las actividades políticas apuntan caso por caso hacia la realización extremadamente concreta del verdadero bien humano y social en un contexto histórico, geográfico, económico, tecnológico y cultural bien determinado. La pluralidad de las orientaciones y soluciones, que deben ser en todo caso moralmente aceptables, surge precisamente de la concreción de los hechos particulares y de la diversidad de las circunstancias. No es tarea de la Iglesia formular soluciones concretas –y menos todavía soluciones únicas– para cuestiones temporales, que Dios ha dejado al juicio libre y responsable de cada uno. Sin embargo, la Iglesia tiene el derecho y el deber de pronunciar juicios morales sobre realidades temporales cuando lo exija la fe o la ley moral. Si el cristiano debe «reconocer la legítima pluralidad de opiniones temporales», también está llamado a disentir de una concepción del pluralismo en clave de relativismo moral, nociva para la misma vida democrática, pues ésta tiene necesidad de fundamentos verdaderos y sólidos, esto es, de principios éticos que, por su naturaleza y papel fundacional de la vida social, no son «negociables».